

012732
Casa Editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el medium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia

copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO SEXTO

2.ª EDICIÓN

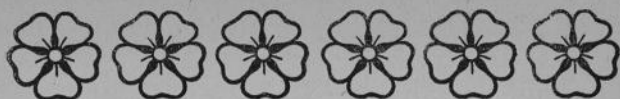


BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva

Rambla de Cataluña, 118

1905



LXXVIII

POR fin salí de aquellos lugares bien acompañada y mucho mejor impresionada; llegué á mi Convento y al verme sola en mi celda, caí de rodillas y lloré amargamente, me parecía un sueño horrible, una espantosa pesadilla todo lo que me había pasado. Miré después mi mesa y la encontré vacía, no había ni papel, ni tintero, ni pluma.—¡Todo me lo han quitado! (murmuré con desaliento), y han hecho bien; ya no puedo escribir; ví que faltaban todos mis recuerdos más queridos, porque en mi mesa todos los objetos que había eran páginas de mi historia, y al perderlos parecía que me arrancaban una parte de mi corazón; de pronto, se me ocurrió mirar los múltiples cajones de mi mesa, y allí encontré cuidadosamente colocados mi tintero, mis papeles, mi pluma predilecta, mis flores secas, mis pie-

dras de variados matices, y otros adornos que me servían para sujetar y mantener en buen orden los muchos legajos que obstruían mi mesa, que aunque era muy grande, toda estaba ocupada por libros, cuadernos de anotaciones, y multitud de hojas sueltas que servían de libro de memorias, donde apuntaba avisos y recetas de las medicinas que mejor efecto producían en los enfermos que me rodeaban. Mi mesa era el retrato fiel de mi vida, en ella se veían mezclados los pensamientos más grandes y las más sencillas vulgaridades; por eso cuando encontré todo lo que constituía el movimiento y entretenimiento de mi vida, sentí una alegría inmensa, y hablé á mi pluma diciéndole: Tú no puedes separarte de mí, tú irás conmigo siempre, porque dirigida por mí, dejarás en el papel mis pensamientos, ayudada por esa *savia negra*, que se llama tinta, ¡pluma mía!, ¡cuánto te quiero! y besé á mi pluma con la mayor ternura; después miré á las *flores del cielo*, y las encontré mudas y sin aroma, nada les dije, porque me preocupaba mi nueva Comunidad y traté de reunirme con ella cuanto antes. Encontré las mismas caras, revelando en ellas la escasez de su inteligencia; no les había sucedido como á las

monjas anteriores, que á poco de estar en mi Convento cambió por completo la expresión de su rostro: éstas permanecían en el más lamentable estado de idiotismo, con los ojos bajos, sin decir esta boca es mía. De las cinco monjas que habían quedado de la anterior Comunidad, una de ellas me dijo con desparpajo:—Durante vuestra ausencia yo he seguido vuestros consejos, gobernar sin abusar, gobernar sin herir ni lastimar, y he quedado muy contenta de todas, esperando que vos haréis lo demás, porque entre nosotras hay mujeres que valen más de lo que parece.

»¡Qué bien me parecieron las palabras de mi compañera! Inmediatamente la nombré segunda Superiora, no sin preguntar antes á la Comunidad si estaban contentas de tal nombramiento, que yo no quería seres que obedecieran ciegamente, sino personas que pensarán y emitirán libremente su parecer. Todas las monjas me miraron muy complacidas diciéndome con sus ojos y con sus labios, que había hecho la mejor elección.

»Animada por tan buen resultado, proseguí diciendo:—Habladme todas, estamos en familia, yo no quiero figuras mudas, quiero inteligencias que vibren y que den forma á sus pensamientos; y entonces ha-

blé con todas ellas una por una, y me contaron horrores de otros conventos donde habían estado, ¡qué perversión del sentimiento! ¡qué atrofiamiento de la inteligencia! ¡cuánta miseria moral! ¡pobres mujeres! habían sido engañadas villanamente. Yo les dije entonces:—Aquí, bajo mis órdenes se ama á Dios, pero se le ama trabajando, haciendo el bien por el bien mismo, amparando al menesteroso, y cuidándole en sus horas de angustia.

»Entre las monjas nuevas había una jovencita lánguida, tímida, pudorosa, que huía de acercarse á mí, pero yo me acerqué á ella y la dije:

»—Hija mía: tú sueñas en un cielo que no está aquí, ese cielo se gana trabajando, luchando en bien de los pobres y todos los que necesitan de un cirineo para ayudarles á llevar su cruz.

»—¡Ay madre! demasiado sé que no es la tierra el paraíso de las almas; pero además de ese triste convencimiento, tengo miedo, mucho miedo: me persigue un capellán y ha jurado que será suya aunque me esconda en el centro de la tierra, que para él no habrá lugar sagrado.

»—¡Mucho decir es eso! y ya veremos si se atreve á entrar en mi celda, donde dormiréis desde esta noche.

»—¡Gracias, madre mía! sólo así estaré tranquila y contenta con mi promesa; se reunió á mis compañeras, y yo me retiré á mi estancia para dar las órdenes necesarias y arreglar todo lo más preciso para recibir dignamente á la pobre monja asustada.

»Al día siguiente y en los sucesivos, ya más tranquila me ocupé de los pobres acogidos en el nuevo Asilo; muchos de ellos habían pasado la peste, y habían quedado horriblos ¡qué mujeres tan repulsivas! hasta los niños ¡pobrecitos! parecían pequeños monstruos, con la cara hinchada y ennegrecida, y los ojos tan muertos, tan sin expresión, que todos aquellos infelices parecían idiotas sin serlo, porque la mayoría de aquellos desgraciados no se expresaban del todo mal. Yo al verlos tan feos, decía con amargura: ¡Dios mío! ¿y no habrá remedio para borrar estas huellas del mal? ¿qué será de estos niños? ¿qué será de estas jóvenes? ¿quién los querrá cuando lleguen á mayor edad? quedarse tan horriblos es peor mil veces que la muerte: la fealdad es una de las cruces que más pesan en la tierra, servir de hazme reir al vulgo es muy doloroso, y estos desgraciados son verdaderamente monstruos de fealdad.

»Una mañana al levantarme saludé al Sol, y miré á un niño que paseaba por un patio, parecía idiota y no lo era, no; pero estaba tan feo el pobrecito que no se le podía mirar sin sentir espanto; miré á las *flores del cielo*, y me dijo una de ellas:

»—Mucho te preocupas por esos infelices.

»—Y tanto que me preocupo, ¡están tan feos!

»—Pues escucha á una de mis compañeras. Miré al ramo con más atención y ví erguirse á una flor á medio abrir; sus pétalos verdosos y azulados estaban sostenidos por un tronco grueso y espinoso, entreabrió más sus hojas y me dijo:

»—Con las flores de mi especie, se pueden hacer prodigiosos milagros, preparando agua, que durante algunos días sirva de leche á mis compañeras en especie, las que se desprenderán de sus hojas, y ablandándose su tronco, éste se despojará de sus espinas, y si tú quieres hacer la prueba, ya te diré cómo has de emplear esa agua milagrosa.

»—Ya lo creo que quiero hacer la prueba, ¿y dónde encontraré flores de tu especie? porque no he visto ninguna flor que á tí se asemeje.

»—Estás en lo cierto, yo te diré dónde

las encontrarás; y entonces me indicó dónde tenía que ir. No era empresa tan fácil, porque tenía que andar mucho, y aunque fuera en caballería, el camino era peligrosísimo entre abismos y montañas, y en el fondo de un torrente donde la planta humana no había hollado sus florecillas, allí encontraría las flores milagrosas para hacer con ellas el agua de la salud.

»Me puse muy contenta, contentísima, con aquella revelación, y tanta fue mi alegría, que no pude menos de decir: ¡Dios mío!... ¿si será vanidad lo que siento? y yo no quiero ser vanidosa, no quiero que me llamen *la santa*, porque yo bien se que no lo soy. ¡Amor de mis amores! no te veo, ¡pero tus flores me hablan de tí! y durante aquella noche, no se si soñando despierta ó dormida, ví muchísimas flores, y todas me hablaban y me decían: Yo sirvo para curar este mal, y yo este otro, y yo aquel dolor, y todas, todas interceptaban mis pasos para decirme que eran útiles á la humanidad.

»Entré en una senda muy pedregosa, perdí mis zapatos entre las zarzas, me ví los pies chorreando sangre, pero no me desanimé y anduve, anduve hasta encontrar las flores que buscaba; pero ¡ay! guardando las flores había dos hombres muy feos

que al verme dijeron; ¿A qué viene esta mujer? en los dominios de la ignorancia no queremos á nadie; cara pagará su osadía, atémosla. Ante aquella amenaza me desperté y me miré los pies que me dolían como si estuviera pisando espinas.

»Al día siguiente me enteré minuciosamente del número de apestados que habían quedado desfigurados, y acompañada de algunos servidores de mi familia y de varios trabajadores entendidos emprendí el camino, que lo encontré muy largo y muy accidentado. Senderos obstruídos por piedras enormes que se desprendían de las montañas, murallas de zarzas espinosas que defendían la entrada del torrente, mis acompañantes quisieron disuadirme de que bajara al fondo del torrente, cuyo lecho estaba seco, que ellos bajarían y cogerían las flores, pero yo decía entre mí:—¿Y si no las cogen bien? hecho el ánimo de hacer una cosa, se debe llevar hasta el fin; insistí en querer bajar y tuvimos que estar por aquellos vericuetos algunos días con sus noches, hasta encontrar la pendiente menos abrupta para deslizarse por ella y llegar al fondo. Llevábamos cuerdas que nos sirvieron de mucho, á mí y á otros nos ataron por la cintura, y bien distribuídas nuestras fuerzas, los unos se quedaron arriba soste-

niéndonos, y los otros descendimos con mil apuros, pero llegamos al fondo del torrente; ya en terreno firme, miré al cielo y me horroricé, parecía que allá arriba se juntaban las cumbres de las montañas, y murmuré con espanto:—¡Si luego no pudiéramos subir! ¡quedar aquí enterrados en vida!.. ¡qué muerte tan horrible!.. pero no, no; Dios no premia así las buenas intenciones, y comencé á buscar las flores, y como me tranquilicé ya encontré aquel lugar deliciosísimo; brotaba el agua entre rocas, pero brotaba y se perdía de continuo dejando seco el lecho del torrente donde brotaban muchas florecillas. Ya iba perdiendo la esperanza de encontrar las flores milagrosas, cuando entre dos rocas muy salientes, ví que había una pequeña planicie cubierta de verde musgo; y entre el musgo se levantaban centenares de flores iguales á la *flor del cielo* con sus corolas medio cerradas, su tronco espinoso, muy espinoso, y sus pétalos verdosos y azulados; al verlas lancé un grito que el eco repitió á larga distancia; mis compañeros se quedaron maravillados ante aquel pequeño prado, y siguiendo mis indicaciones, se cortaron todas las flores que yo las iba echando en un saco; cuando las tuve todas en mi poder, confieso ingenuamente que me creía la reina

de un cielo dando vida á mis protegidos, ¡benditas flores!

»Si penoso fué el bajar, más penoso fué el subir, pero salimos bien de todo, reinando entre mis acompañantes tan franca alegría, tan viva satisfacción, me miraban con tanto cariño, que llegué al Convento contentísima. Me faltó tiempo para decirle á la *flor del cielo*:—Que me dijera nuevamente el método que había de seguir para hacer el agua de la salud; quiso que escribiera sus instrucciones para mayor seguridad y me dijo después:

»—¿Y nada me dices?

»—Tienes razón; ¡qué ingrata soy!

»—No, no eres ingrata, eres olvidadiza, distraída y poco pensadora.—¿No has comprendido que fuerzas superiores te han ayudado en tu bajada y en tu subida? ¿No te has fijado que las cuerdas que llevabais y todos los demás medios de defensa, hubieran sido inútiles para descender y ascender á tanta altura, si otras *cuerdas* y otros *brazos* no os hubieran sostenido sobre el abismo?

»—Tienes razón, flor querida; ¡cuántas gracias debo dar á Dios!

»—No basta dar gracias, hay que pensar en el bien que se recibe y del modo y forma que se recibe, para emplear nuevos

medios de precaución y defensa. Se os apoya, para que sepáis buscar nuevos apoyos; se os alienta, para que emprendáis nuevas empresas; se os facilitan *facilidades* para que los estudiéis, para que las comprendáis, para que las analicéis, no para que las adoréis, sin conocer ni apreciar su valor.

»—Comprendí, que la *flor del cielo*, me había dado una lección y juré aprovecharme de ella, é inmediatamente me ocupé de dirigir todos los trabajos necesarios para hacer el agua milagrosa. No dejé un momento de vista á las monjas empleadas en tales operaciones y se hizo el líquido que parecía un bálsamo, ¡qué tesoro tan precioso para mí era el agua de la vida! de la cual sólo se necesitaban algunas gotas que se mezclaban con una cantidad de agua que yo medía escrupulosamente, no encargando aquel trabajo á nadie, para que se hiciera exactamente lo que me había dicho la *flor del cielo*; de aquel líquido se tomaban pequeñas cucharadas á horas fijas, y se lavaba suavemente el rostro, humedeciéndole nada más: no se desperdiciaba ni una gota. Yo hice la prueba en un niño, y de negruzco y de horrible, se fué volviendo lentamente á su estado normal; que era un niño blanco y sonrosado; el niño, cuando yo humedecía su carita, me decía con ter-

nura: ¡Sois un ángel, madre mía! ¡sólo los ángeles pueden hacer tanto bien!

»El resultado fué maravilloso; llamé á muchos desgraciados y de lejanos lugares vinieron para curarse con el agua milagrosa, y todos al hablar de mí decían: ¡es una santa! su agua da la salud. Cuántas veces llegó á mis oídos *¡el agua de la santa!* Mi amigo el sacerdote me visitaba con frecuencia y me decía con inmensa satisfacción:

»—¡Sois una santa! ¡una santa!

»—¿Creéis que soy santa, sintiendo como siento?

»—Sí, sois santa, y yo os abrazaría mil y mil veces.

»—¿De veras?

»—Es que no creáis, yo no abrazaría vuestro cuerpo, me llevaría vuestra alma y unida con la mía volaríamos juntos. Ahora contadme todo lo referente á la composición de esa agua milagrosa. ¡Qué contenta me puse! hablar con él, contarle mis impresiones, mis dudas, mis recelos, mis temores, mis esperanzas y mis triunfos, era mi gloria, ¡le quería tanto! ¡era tan entendido! ¡era tan sabio! Todo se lo conté, y él dijo muy emocionado:—Quiero besar á esa flor.

»—No me beses, porque no soy flor,

miramos los dos el jarrón donde estaban las *flores del cielo* y sólo vimos tierra; tierra que después se agitó suavemente y apareció el ramo más lozano que nunca.

»Mi amigo quedó maravillado y me dijo:—Sois un arcano, nunca llegaré hasta vos.

»—Sí que llegaréis, ¡sois sabio! ¡sois bueno!

»—No, hermana mía; vos seréis la eterna sensitiva arrancando los secretos de la naturaleza, yo el cantor filósofo que diré á la humanidad las grandezas de Dios; volveré á veros; ¡bendita seáis!

»Vino á verme mi médico atraído por el clamoreo general del *agua de la santa*, la examinó y me dijo:—Decidme la verdad; mas... bien mirado, no me la podréis decir; ¡quién sabe de dónde habrá venido esta agua!...

»—¿Pensáis quizá que es obra de un ángel ó de un demonio? escuchadme: y le conté todo lo ocurrido; el hombre se hizo cruces porque no conocía tales flores; y eso que era un buen botánico, y me aseguró que él también iría donde yo fuí.

»Cuando me quedé sola, me dijo la *flor del cielo*:

»—Cómo has engañado al médico.

»—¡Yo!...

»—Sí, tú, porque ahora si va no las encontrará; esas flores sólo brotan en los días del año que tú fuiste, se abren al amanecer y al llegar la noche se desprenden de sus hojas rápidamente, y el tronco se retuerce arrojando sus espinas que vuelven á la tierra y renacen al año siguiente.

»Volvió mi amigo el sacerdote con la mayoría de los jueces que me juzgaron últimamente; todos querían ver el *agua milagrosa*, y yo les dije:—Esa agua es el producto del trabajo, no del milagro, el milagro se hace solo, sin intervención humana, pero en esta agua hemos intervenido muchas personas que todas han trabajado para conseguir el fin que se deseaba; si hay aquí algún milagro, será el de la perseverancia en buscar la causa que había de producir tan buenos efectos.

»—Bien, dijo uno de ellos, pero, quién os ha dicho que existía esa flor?

»—Esta flor; y les enseñé el jarrón que contenía las *flores del cielo* colocado sobre una pequeña cornisa que adornaba la ventana del centro de mi celda.

»Mi amigo el sacerdote me miró alarmado, diciéndome su mirada: ¡imprudente! ¿qué has hecho?.. pero yo lo miré tranquilamente y seguí hablando con mis jueces; uno de ellos, muy pequeño de estatura,

quiso subir sobre una silla para ver las flores más de cerca; se subió, miró con ansia el jarrón y vió que no tenía ni una sola flor; se bajó de la silla y brotó el ramo de nuevo con sus más bellos colores; todos me miraron asombrados, pero como yo estaba bien lejos de la ventana se tuvieron que convencer que aquel juego de cubiletes no era obra mía, y mi amigo, aprovechando la ocasión de aquella sorpresa general, dijo con acento sentencioso:

»—Esta hermana es un arcano que está protegida por Dios, no hay que dudarlo, porque sólo Dios produce el bien de sus hijos. Roguemos á Dios que nos la conserve largo tiempo para bien de nosotros y de toda la humanidad».





LXXIX

CUANDO se marcharon aquellos sacerdotes, me quedé entonces sola y tranquila, á pesar de comprender que había obrado con sobrada ligereza hablando á mis enemigos de las *flores del cielo*, ligereza que mi amigo el sacerdote reprobó por completo; pues yo le ví contrariado y tratando de llevarse á sus compañeros antes y con tiempo, temeroso sin duda de las argucias de ellos y de mi sencillez harto perjudicial para mí, mas era yo tan apasionada de la verdad, que no sabía mentir, la mentira quemaba mi alma y abatía mi cuerpo; por eso me quedé tan satisfecha de haber dicho la verdad sin abrigar el menor recelo, antes al contrario, estaba contenta de mí misma, y cuando mi conciencia me hablaba á mi favor, hacía prodigios de actividad; estaba en todas partes, atendía á la Comunidad, á los pobres albergados en el Convento, en la planta baja, y á los que ya ocupaban algu-

nas salas del Asilo que no estaba concluído del todo, y eso que el arquitecto secundando mis deseos imprimía á las obras la mayor actividad posible. Yo lo admiraba y no podía menos de decirle algunas veces:

»—Si no fuera religiosa, os abrazaría.

»—Yo también, señora, yo también haría lo mismo; ¡os debo tanto!.. la salud de mis hijos y de mi esposa, la tranquilidad de mi casa, el bienestar y progreso de mi familia; yo antes vivía en el infierno, y ahora vivo en el cielo, porque mi casa es un cielo; la única pena que tengo, es que vos no sois tan dichosa como yo quisiera, ¡os amo tanto!..

»Las palabras del arquitecto me daban nuevos ánimos para hacer buenas obras, y sólo pensaba en buscar los medios para que los pobres no carecieran de trabajo; el arquitecto por su parte aguzaba su ingenio para cooperar con sus consejos al feliz éxito de mi humanitaria empresa, y me dijo un día muy entusiasmado:

»—Hay que encauzar las aguas desparramadas por las vegas y otras que están contenidas en lagunas pestilentes, y de estas lagunas salen todas las pestes y calamidades que ya hemos sufrido; yo tengo un plan muy bueno, resultarán las obras un poco caras, porque hay que hacer grandes

excavaciones hasta encontrar el punto donde el agua brota, pero descubierto el oculto manantial, beneficiaremos los campos, sanearemos el ambiente y dotaremos á esta ciudad de una fuente monumental que yo bautizaré con vuestro nombre.

»—Respecto al nombre ya hablaremos; la cuestión es hacer una mejora tan importante; habéis tenido una idea muy feliz.

»—Es muy cierto, señora, el agua es la vida de los pùeblos y hace falta mucha agua, es decir, el agua ya la tenemos, lo que se necesita es saberla aprovechar.

»Las obras del Asilo me encantaban, porque todas sus dependencias eran anchurosas, ventiladas, claras, alegres, higiénicas, allí los pobres volvían de muerte á vida, tanto me entusiasmé un día contemplando aquel *puerto de salvación*, que me encerré en mi celda, y allí escribí una poesía preciosa titulada *La casa de mis pobres*. Mis pobres eran mi vida, yo también era una pobre, sí, una pobre de entendimiento; después de escribir me acosté y dormí tranquilamente.

»Al día siguiente me levanté muy contenta, y á media mañana me anunciaron que una senora quería verme.

»No se por qué me estremecí, y pregunté con recelo:

»—¿Quién es?

»—No ha dado su nombre, viene cubierta con un velo negro y me parece que ha de ser muy fea.

»—Tal vez sea una víctima de la peste, que pase.

»Entró la mujer tapada, es decir, apareció en el dintel de la puerta y me dijo con voz insegura:

»—¿Puedo pasar?

»—Siempre la puerta de mi celda está abierta como están mis sentimientos, entrad. Entró la mujer y se dejó caer en un sillón; sin levantarse el velo, pero ya la había yo reconocido por el eco de su voz, y al conocerla... temblé, era mi acusadora, era María, la hermosa niña que arrebaté de la miseria y quizá de la perdición, y la que más tarde se convirtió en mujer hermosa sin corazón, perdiendo después su belleza no quedando en su rostro el menor vestigio de su espléndida hermosura. Cuando se hubo sentado cobró aliento y me dijo: —¿Me habéis conocido?

»—Sí, infeliz.

»—¡Perdonadme! (y se arrojó á mis pies).

»—Perdón, de qué?

»—De mi acusación.

»—No infeliz, el mal tú te lo hiciste; ¿qué quieres?

»—¡¡Piedad!! y se levantó el velo, ¡qué horrible estaba! entonces la miré y me dije á mí misma: quizás yo tuve la culpa porque la abandoné á sus propias fuerzas, le faltó el calor de mi tierna solicitud, y... ¡quién sabe si la responsabilidad de sus actos caerá sobre mí! la infeliz fué vencida por la tentación, la dejé sola y...

»María alarmada por mi silencio me dijo con desesperación:—¿Qué, dudáis en curarme?

»—No, infeliz, no dudaba, pensaba en otras cosas muy distintas, y has de entender que si sólo quedara una gota de esa agua milagrosa, esa gota sería para tí; sólo quisiera saber el por qué de tu odio hacia mí.

»—No he venido á confesarme, vengo á curarme nada más, con mi amistad no contéis, no quiero ser hipócrita, os pido perdón por el mal que os he causado y nada más.

»—Yo no debo perdonarte, otros son los que deben hacerlo.

»—¿Y queréis ser tan buena y no queréis perdonar?

»(Entonces, me pareció oír una voz que me decía: Yo siempre te he perdonado, perdona tú también), al oír aquel consejo, es-

treché en mis brazos á María, la besé en la frente y la dije: Te perdono con todo mi corazón; María, se conmovió y me pidió humildemente el remedio prodigioso, le di la botellita con el agua de la vida y le expliqué minuciosamente la manera de usarla. María temblaba como una hoja combatida por el viento, y salió de mi estancia como si estuviera ebria, ¡infeliz! de tanta desventura ¿quién sería responsable? y mi conciencia me contestó; pero me tapé los oídos para no oír. Después me pregunté temblando:—¿La he perdonado con espontaneidad? No; la perdoné porque oí una voz que me decía: *Yo siempre te he perdonado*. Yo no era tan buena, no, no lo era, y me llamaban ¡la santa!... ¡qué ciega ha sido siempre la humanidad!

»Me fijé después en la monja que dormía en mi celda, la que á pesar de mis desvelos, se mostraba cada vez más recelosa conmigo, esquivaba mis miradas, y hacía todo lo posible por huir de mi presencia. Una mañana, la obligué á que me siguiera al huerto, la hice sentar bajo un emparrado y allí la dije con dulzura:

»—No encuentro en tí confianza, no me cuentas tus penas, te miro y no me miras, te hablo y no me contestas; ¿qué hay en tí? y la miré tan fijamente que se arrojó en

mis brazos y lloró amargamente; dejé que la infeliz se desahogara y la dije:

»—Habla sin temor, habla, comprendo que además del miedo al sacerdote, tienes otros temores.

»—Sí que los tengo, el sacerdote de quien os he hablado ha estado aquí, me vió y no me habló, yo me estremecí y me escondí.

»—¿Quién es ese sacerdote? aquí sólo viene uno, mas, ahora recuerdo que últimamente vinieron varios atraídos por la novedad del agua milagrosa, veamos si es alguno de éstos; y le fuí descubriendo uno por uno la figura de todos los que vinieron, dejando á mi amigo para el último, y cuando comencé mi descripción, me dijo ella:—No prosigáis, ese, ese es mi perseguidor. Al oírla temblé de espanto, la miré fijamente, cogí sus manos entre las mías, y la pobre joven asustada dijo:

»—¡Ay, madre! vuestras manos que man, parecen de fuego.

»—Sí, hija mía; hay fuego en todas partes, que la tierra fuego era; y dime: ¿estás segura que ese sacerdote fué el que te dijo que donde estuvieras te encontraría?

»—Segurísima; y la pobre joven me miró fijamente. ¡Ay! ¡decía la verdad! no había más que ver sus ojos abiertos, muy abiertos; límpidos, serenos, irradiando en

ellos la pureza de su alma; eran ojos de santa.

»Sin saber lo que me hacía, me separé de ella bruscamente, me encerré en mi celda, y allí, no lloré, no; allí grité, me desesperé, lancé las maldiciones más horribles, pedí misericordia, supliqué, pedí cuentas á Dios, no sé lo que hice, ¡qué se yo!... al fin, caí en mi lecho como una masa inerte y al día siguiente me desperté de tan mal humor que dije con febril impaciencia: ¿Aun estoy aquí? y oí una voz que me dijo:—No abuses de tu dolor; no quisiste el fuego del cuerpo, y tienes en su lugar el fuego del alma; fuego por fuego, elegistes el que quema más.

»¡Dios mío! ¡Dios mío! y si viene ese hombre ¿qué le diré? le diré que es inmoral, muy inmoral; pero... ¿tengo derecho á reconvenirle? bien me decía él que nuestros amores no eran de la tierra. Ya lo creo; él persigue á una pobre niña, ¡estan bella! pero él es un sacerdote y yo no debo tolerar tanta inmoralidad, no, no la toleraré; y con ánimo decidido me reuní con la Comunidad, todas me preguntaron si estaba enferma, y la monja perseguida me hizo ir con ella al huerto y me dijo:

»—¡Ay madre! quisiera morir.

»—¿Por qué?

»—Porque no quiero ser la desgracia de nadie.

»—¿De quién eres tú la desgracia?

»—De vos, madre, de vos; todo lo he comprendido.

»Me quedé espantada con la declaración de mi compañera, la llevé apresuradamente á mi celda y allí la dije:

»—Hija mía, tú no eres mi desgracia, lo es mi expiación, la fatalidad que como losa de plomo pesa sobre mi destino; abrázame, hija mía, tú no eres mi desdicha ni mi desesperación, sólo te pido que no atentes contra tu existencia, porque leo en tus ojos las más funestas intenciones. Yo seré tu madre, ¿entiendes? tu madre.

»—Sí, madre mía, sed vos mi madre y así estaré tranquila, esta celda será mi casa paterna, aquí seremos madre é hija luchando y venciendo.

»—Sí, hija mía, puedo estar orgullosa de llamarte mi hija, y dije entre mí: Pero, ¿yo seré digna de ser su madre?..

»Me quedé sola y traté de tranquilizarme, pero no lo podía conseguir; temblaba que llegase el día que él quisiera hacer uso de sus derechos y por cualquier pretexto separar á la joven de mi lado; tenía en la iglesia poder para todo. ¡para todo! pero yo

me opondría, sí, me opondría, y jugaría el todo por el todo.

»Cuando menos lo esperaba, se presentó mi amigo el sacerdote disculpándose de su tardanza y yo le dije:

«—No importa que hayáis tardado, porque llegáis como siempre muy á tiempo, y espero que vos me ayudaréis en una empresa que me he propuesto llevar á cabo, y que sin vos no podría realizar, pero como en vos tengo un hermano, más que un hermano, un padre cariñoso, confío alcanzar la soñada victoria.

»El me miró queriendo leer en mis ojos lo que no decían mis labios, y yo proseguí diciendo:—Existe en esta Comunidad una monja jovencita, bella como un ángel, casta como una sensitiva; este ángel me ha confesado, que estando en otro Convento, un sacerdote la vió y se enamoró locamente de ella, tanto, que le juró que donde quiera que fuera él la encontraría y de grado ó por fuerza sería suya; la tengo aquí, en mi celda, porque la pobre niña no se cree segura en ninguna parte; y yo cuento con vuestra protección para ella, confío en vos, como en mí misma, seremos dos para salvar á un ángel de las garras del león.

»El me miró muy á hondo, sus ojos despedían fuego y me dijo con cierto desagra-

do:—El lance es muy original, revela gran osadía.

»—Y tanta.

»—¿Y os ha dicho dónde lo ha visto?

»—Sí, lo ha visto aquí.

»—¿Y os dijo como era? ¿os describió su figura?

»—No. El respiró entonces como quien salta un abismo, y me dijo con más serenidad:

»—Procuraré saber quién es ese sacerdote.

»—¿Verdad que vendréis á decirme que ese sacerdote os ha jurado no pensar más en esa pobre niña consagrada á Dios? El me miró fijamente (¡qué hermoso estaba entonces!) y me dijo:—Yo os prometo que ese sacerdote cumplirá con su deber.

»—Falta hace que los sacerdotes cumplan con sus deberes.

»—¿No me acompañáis como de costumbre? dijo al levantarse.

»—No, estoy muy cansada.

»—Lo siento.

»—No lo sintáis, os dejo más en libertad, los verdaderos amigos no deben ser exigentes.

»Se marchó y al quedarme sola, grité desesperada: ¿cumplirá su palabra? sí, es noble, es bueno; no, no, ese amor es im-

posible. Yo le quiero á él ¡Dios mío! y si él no me quiere ¡si sólo me admira! ¿por qué he de querer un imposible? Este fuego me quema; ¡qué horrible es querer y no ser querido! es como abrir un mundo y destruirlo en el instante de admirar sus bellezas.

»¡Qué días aquellos! no atendía á nada ni á nadie, abandoné á los pobres al cuidado de la Comunidad, me negué á recibir á todos los que vinieron á visitarme, no comía, no dormía, no sosegaba, hasta que un día me dijo la monja perseguida:

»—Madre, esto no puede continuar, queréis combatir, lo que no es posible vencer, me ha bastado una noche para saberlo todo; os habéis levantado, os habéis acercado á mi lecho, me habéis abrazado amorosamente, me habéis dicho ¡hija mía! me habéis besado en la frente y luego habéis gritado: ¡Huye! ¡huye que quiero estrangular-te! y creed, madre mía, queréis á ese sacerdote tanto como yo le odio, porque es un miserable.

»—Calla, no blasfemes.

»—No, madre, no callaré, es un miserable todo aquel que quiere arrebatarse por la fuerza lo que no le dan de buen grado.

»¡Ay! las palabras de ella ¡cuánto me hi-

rieron! porque yo también era tan miserable como él.

»— Madre, prosiguió diciendo: yo me iré de aquí, y si ese sacerdote se apodera de mí, yo me mataré, y desde el otro mundo le perseguiré eternamente con mi odio, no quiero veros sufrir.

»Las palabras de la monja me reanimaron, traté de hacerle olvidar mi sueño, y la dije:—No te separarás de mí, no quiero que me dejes sola, no hagas caso de mis sueños y sobre todo, nunca pienses en matarte, tu muerte sería mi condenación ¡ten piedad de mí!

»Faltándome aire para respirar abrí la ventana del centro, donde estaban las *flores del cielo*, y dijo una florecita:

»—¿Cuándo se acabarán esas perplejidades?

»La monja tembló y me dijo:—¿Hablan las flores?

»—Sí, hija mía, yo tengo flores que hablan y dicen la verdad, no mienten como los sueños.

»—Es que los sueños no mienten, replicó otra flor, la monja no oyó la réplica y se acercó más á las flores ansiosa de oír mejor, y le dijo una florecita:—No te acerques tanto, puedes oírnos á larga distancia; somos las voces de la vida, los que quieren

oirnos nos oyen en todas partes. Escucha: en esta existencia puedes estar contenta de tí misma, porque tienes nobleza y honradez, sé digna hija de quien te ha brindado ser tu madre, espera, confía, no odies, perdona, compadece, y día llegará que valdrás tanto como tu madre.

»—¡Madre mía! ¡madre mía! yo os juro ser vuestra hija.

»—No juréis, dijo otra flor, las buenas obras son los mejores juramentos.

»La joven se impresionó tanto que dijo muy conmovida: ¡Dios mío! reconozco tu poder y creo que las almas son infames si no escuchan y atienden la voz de Dios. A Dios llamé y Dios me ha respondido. ¡Madre! seré vuestra hija.

»La estancia se iluminó como si la luz del sol la inundara por completo, y yo sentí en mi alma un consuelo, que hacía mucho tiempo que no lo había sentido, el fuego de los celos convertía mi vida en un infierno, entre el fuego del cuerpo y el fuego del alma, elegí el que más quema, que es morir á fuego lento el querer un imposible».



LXXX

EL entusiasmo de mi joven compañera fué bálsamo dulcísimo para mi corazón, aunque al compararme con ella me ví pequeña, muy pequeña, tenía yo entendimiento suficiente para comprender mi escasa valía, no me cegaban los aplausos de la generalidad, por eso admiré en todo su valor á mi joven compañera, y me decía á mí misma:—vale mucho más que yo; ella con poco ha comprendido la grandeza de Dios, y yo que tantas pruebas he recibido no he sentido nunca la emoción que ella ha experimentado, ¡es más buena que yo!.. y mientras más días pasaban más aquella joven se iba creciendo y más pequeña me encontraba yo, sosteniendo conmigo misma una verdadera lucha diciendo entre mí:—Se dice que luchar para vivir es horrible, y sin embargo, hay otra lucha más terrible todavía, la lucha de las comparaciones; cuando se está acostumbrado á ser

superior á los demás, cuesta mucha pena descender del alto pedestal en que le han colocado las alabanzas de muchos y el convencimiento de uno propio, y esto me pasa á mí, no en vano había resonado en mis oídos durante mucho tiempo *¡ahí va la santa! ¡por allá viene la santa!* Yo bien comprendía que estaba mi alma muy lejos de la santidad, pero aquel murmullo lisonjero era como aromática nube de incienso que halagaba mis sentidos, y al ver á otra junto á mí que en realidad valía mucho más que yo, ese destronamiento íntimo, al que yo asistía, me producía un malestar sin nombre, y si tiene nombre, es un nombre tan feo, que más vale no pronunciarlo ni escribirlo.

»De mi lucha interior nadie se enteraba, la única que hubiera podido enterarse era mi joven compañera, y ésta no pudo conocerla por dos motivos, primero porque como me admiraba y me creía un ser superior á los demás, no podía figurarse que en mi pensamiento se albergara nada mezquino, y segundo, porque su bondad no le permitía conocer lo que no era ella capaz de sentir, de consiguiente yo luchaba sola con mi bajeza y con mi pequeñez, mientras ella se iba agitando de un modo sorprendente; me adivinaba los pensamientos, leía en mis

ojos mi menor deseo, trabajaba en bien de los pobres recogidos en el Asilo, y muy en particular en favor de los niños, como si todos aquellos pequeñuelos fueran sus hijos; ¡con qué cariño, con qué dulzura los trataba á todos! cuando los niños la veían se colgaban á su cuello, la besaban y la acariciaban con tanta confianza como si abrazaran á su propia madre. Yo por mi parte, cumpliendo con mi deber, nunca le hablaba de mis penas, y me complacía en enaltecer sus bondades; aconsejándole únicamente que metodizara su trabajo para que no sufriera alteración su salud, y ella me decía con frecuencia:—Madre mía; no os apuréis, tengo mucha fuerza, por que en esa ventana están *las flores del cielo* y con ellas mi felicidad; quiero además ser como sois vos, útil á la humanidad; vuestro último triunfo ha sido el agua milagrosa, valéis mucho, y quiero valer tanto como vos.

¡Qué bien hablaba ella! me entusiasmaba al oirla, pero al enumerar en mi mente sus bellezas, pensaba en mi amigo el sacerdote, y me parecía que éste me decía:—Para esta mujer ¡todo! para tí... ¡nada! para ella mi amor, para tí... mi amistad.

»No parecía sino que algún genio maléfico se complacía en atormentarme, porque la verdad es que yo sufría muchísimo lu-

chando conmigo misma, y para no sufrir tanto, decidí irme á buscar nuevos dolores, que consolando los males ajenos se olvidan los propios; pero al mismo tiempo pensaba y decía:—Si me voy, vendrá él para verme y la verá á ella, y... ¡qué horrible es querer y no ser querida! pero si no me quieren... ¿qué he de hacer? Ella es joven, y él ¡es tan hermoso! si se tratan... ¡quién sabe!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿y si ella llegase á quererle? No; no; no me voy; saldré y entraré, pero durante la noche no faltaré de mi celda; tal vez seré muy mal pensada; mas no me quiero engañar á mí misma; harto hago con ocultar lo que siento á los demás.

»Las luchas morales debilitan el organismo, y mi cuerpo que era de por sí enfermizo, concluyó por perder sus escasas fuerzas, y tuve un buen pretexto para salir de nuevo á pasear acompañada de una de mis antiguas servidoras, mujer entrada en años que me quería muchísimo. Escuché nuevas quejas y nuevos clamores, me ocupé con verdadero afán en aliviar una parte de tantas miserias, y también visité á todos mis parientes, entre ellos á la viuda é hijos de mi hermano, dando las instrucciones necesarias para que ambos adquirieran los conocimientos necesarios para

entrar de lleno en la carrera diplomática. Estando una mañana en la casa de mis padres, me entregaron un pliego muy abultado con el sello real, pero el lacre no era rojo, era negro; abrí temblando el sobre y me encontré muchos papeles, entre ellos una carta muy extensa de despedida, pues se iba para no volver el poeta satírico que tanto me hirió en las Cortes, cuando mi presentación en el mundo de las letras. ¡Qué carta tan bien escrita! todo cuanto me decía era verdad, diciéndome en último término:

»Al irme de la tierra no os pido oraciones, porque no me hacen falta; vuestros ojos me lo dijeron y vuestra inteligencia también, de vos aprendí á conocer que mi alma podría volar, leed esa poesía, es mi último canto y os lo envío, y al leerla vos, yo despertaré.

»Leí la poesía que era hermosísima, ¡qué pensamientos tan amargos! ¡qué imágenes tan desconsoladoras! ¡qué profundo conocimiento de la farsa social! al terminar mi lectura, sin el menor esfuerzo de mi parte, cayeron dos lágrimas sobre el papel, y entonces, entre la carta y yo se interpuso el poeta, le ví claro, clarísimo, no me quedaba la menor duda, era él; al verle le dije conmovida:

»—¿Sois vos?

»—Sí, ya he despertado, esperaba vuestras dos lágrimas para despertar; y me miró sonriéndose como él sólo sabía sonreír, diciéndome después:—Mañana nos volveremos á encontrar, y uniremos nuestras plumas para trabajar juntos; me voy de la tierra hastiado de todo, he tenido y no he tenido familia, que esa humanidad es muy poca cosa para mí, ¡es tan pequeña!... por eso he vivido tan solo... por eso me he reído tan amargamente de las miserias humanas, pero no quería irme de este mundo sin gustar algo que no fuese acíbar, esperaba tus dos lágrimas, tus dos lágrimas me han hecho despertar.

»Lentamente se fué alejando el poeta, volviendo la cabeza y sonriéndose como él sólo sabía sonreír. ¡Cuánto sentí que se fuera! ¡me era tan grato oír su voz! ¡qué promesa tan dulce me había hecho! ¡nos volveríamos á encontrar!..

»Antes de la noche volví á mi convento, y ya en mi celda leí todos los pliegos que acompañaban al último canto del poeta, eran las críticas de mis trabajos, desde la burla más cruel, hasta el más cumplido elogio, y no se por qué, muerto él la burla la encontraba más razonada que su elogio, ¡qué abismo tan hondo es cada sér!.. Sentí

mucho la muerte de aquel hombre ¡qué sola me iba quedando!..

»Un día, cuando ya estaba dispuesta para salir, vino mi amigo el sacerdote, confieso que no me alegré de verle y él me dijo:

»—No vengo á veros más amenudo porque quiero evitaros violentos choques.

»—¿Choques?

»—Sí; cuando vine la última vez estábais celosa, y quiero que hablemos claro. Vos me dijisteis que una monja que teníais en vuestra compañía tenía un perseguidor, que era su perseguidor un sacerdote, ese sacerdote soy yo, y yo os digo que quiero á esa mujer, que es mi culto y mi adoración; yo le dije que fuese á donde fuese yo la encontraría, pero os advierto que nunca descenderé á las miserias humanas; me basta con ver, no necesito más. Hoy vengo á veros, que sois mi hermana, mi hija, pero vengo decidido á verla también á ella; y quiero verla á vuestro lado, su espíritu me atrae y su cuerpo me fascina, ¿tenéis inconveniente en que esté aquí con nosotros?

»Mientras él hablaba yo pensaba en el poeta y en sus últimas palabra: *uniremos nuestras plumas y trabajaremos juntos*: mi espíritu quería apartarse de la tierra, pero

tuve que volver á ella y contesté con marcada ironía:

»—Tenéis razón, antes éramos dos y ahora seremos tres.

»—Sí; tres para estudiar, tres para aprender.

»Llamé á mi joven compañera, y ésta, al entrar y ver al sacerdote lanzó un grito y yo la dije:—Ven, hija mía, este sacerdote ha sido mi protector, mi palanca más poderosa para resistir las acechanzas clericales, y ahora quiere protegerte á tí también, no quiere tu cuerpo, quiere sólo tu alma.

»—Eso, eso, dijo él, quiero seros útil á las dos en todos sentidos.

»—¿Verdad, hija mía, que ya no le tienes miedo?

»—Estando con vos no le tengo miedo, pero sola... no quiero estar con él; y mirando al sacerdote le dijo con la mayor certeza: No me pidáis amor porque me causáis horror.

»—No temáis, sólo buscaba un ideal, si hubiera querido vuestro cuerpo, ya sería mío y con placer de entrambos, pero no es vuestro cuerpo lo que quiero, cuerpos ¡sobran! ¿decís que me odiáis? pues vuestro odio aumenta mi deseo, deseo que se verá satisfecho Dios sabe cuándo; en la eternidad siempre sobra el tiempo. Ella le con-

testó con aspereza, pero es lo cierto que hablaron largamente sin que ni uno ni otro se cuidaran de mí; al fin al despedirse me dijo él:

»—Me voy muy herido.

»—Yo también estoy muy herida, le dije con amargura, vos estáis herido por ella, yo estoy herida por vos, y tú, hija mía, ¿por quién estás herida?

»—Yo estoy herida por un sér invisible; porque sueño con él y me dice:—Ya vendrás á mí, por medio del trabajo y del progreso; y el que así me habla es un sér hermosísimo.

»Entonces me sentí herida de nuevo y murmuré entre mí: ¿Si AQUEL también será ingrato, y nada me quedará ni aquí ni allá?

»Al despedirse dijo el sacerdote: volveré más amenudo, y quiero que estemos juntos los tres; vivo muy mal y necesito consuelo y amor, ¿puedo esperar de mis amigas un poco de consuelo y compasión?

»Las palabras del sacerdote nos causaron muy buen efecto, porque era un hombre que cuando quería, hacía sentir á las piedras. Cuando nos quedamos solas le dije á mi joven compañera:—No temas ya, hija mía, la persecución ha cesado.

»—Sí, madre mía; ya estoy más tranqui-

la, he oído aquí cosas asombrosas, me he convencido de las miserias humanas y sólo quiero pensar en las grandezas de Dios.

»—¡Ay, hija mía! eres muy joven todavía y aun no sabes lo que pensarás.

»—Sí que lo sé, porque estoy muy desengañada, en mi propia familia hay esposas sin esposo, madres sin hijos, mujeres abandonadas por su seductor, miserias y miserias, escándalos y escándalos, torpezas y torpezas.

»—Yo también pensaba como tú, pero créeme, no todo son miserias en la vida humana. Hay madres que adoran á sus hijos y pequeñuelos que ven el cielo en los ojos de su madre. Yo hubiera querido ser madre, hay existencias que uno vive como los astros, dando luz, aliento y fortaleza sin que á nadie se le ocurra apreciar en todo su valor los beneficios que reciben del astro solar; así he vivido yo y viven todos aquellos que se consagran á cuidar de muchos; en cambio hay otras existencias que los placeres son recíprocos, pues Dios le dice á la mujer: Ama, ama al hombre, y cúmplase entre los dos la ley de la reproducción universal; y entre dos que se quieren hay todas las bienaventuranzas de que disfrutan los justos.

»—Bien, madre, os escucho con el ma-

yor placer, pero me llaman más la atención las dulzuras del cielo.

»Seguimos trabajando cada una en su terreno, y ella siguió cuidando á los niños con maternal esmero, y aumentó más y más sus cuidados porque se desarrolló una ligera peste en la ciudad que sólo atacaba á los niños, no causando víctimas, mas sí dejando á los enfermos un padecimiento en los ojos que les duraba más ó menos tiempo, con el cual mi joven compañera tuvo doble trabajo, y era tan apasionada de los niños confiados á su cuidado, que ni de mí se fiaba; ella les lavaba los ojos y les aplicaba las medicinas que el médico del Asilo recetaba, y tanto trabajó, y pasó tantas noches en vela, que al fin adquirió la misma enfermedad que los niños, cerró sus hermosos ojos, y al cerrarlos lloró, se desesperó y me dijo:

»—¡Madre mía! no quiero quedarme ciega, ¿qué haremos? pregunto á las *flores del cielo*, y no me contestan.

»—Pregúntales con calma que te contestarán; la joven me obedeció temblando y al hacer su pregunta le contestó una florcita:

»—Amas mucho á los niños y justo es que los ames, porque los niños te han servido en otras existencias de gran consuelo.

»—¿A mí? ¿en otras existencias?

»—Sí, sí; á tí.

»—¿Y de mis ojos nada decís? ¿No tiene el cielo remedio para mí?

»—Búscalos primero en la ciencia de la tierra; y cuando ésta sea impotente acude á nosotros.

»—¿No hay remedio para esos ojos? pregunté yo.

»—Sí, mujer, si tú puedes curárselos.

»—¿Yo?

»—Sí, mujer, tú; sino que pensando en las miserias humanas, olvidas las inspiraciones del cielo. Ahora sólo piensas en amores terrenales; hubo un tiempo que fuiste amada, y vendiste miserablemente al sér que te amó; desde entonces has ido rodando de abismo en abismo, hoy tienes un organismo que es tu expiación, porque es como un arpa sonora cuyas cuerdas vibran al leve contacto de todas las pasiones, hasta de las pasiones más violentas; domínate que puedes dominarte y haz el bien al que de tí necesita.

»Mi joven compañera nada oyó de cuanto dijo la flor, comprendió por mi silencio que algo meditaba y me dijo con tono suplicante:

»—Tened piedad de mí, ¡madre mía! de-

volvedme la luz, yo no quiero quedarme ciega.

»Pedí agua y sin saber por qué lo hacía, sumergí mi diestra dentro de la vasija llena de agua, y con mis dedos la estuve batiendo como si preparara alguna espuma para adornar un plato de dulce, lavé después suavemente los ojos de mi compañera, apliqué sobre ellos una venda mojada en aquel líquido, la desnudé y la hice acostar; al día siguiente pudo abrir los ojos; consulté sin embargo con el médico, y aunque ella no quería más medicina que mi agua batida, yo acepté los consejos de la ciencia, pero la mejoría se hacía esperar, hasta que una mañana me dijo ella:—¡Madre mía! ¡curadme!... ¡curadme! yo también os curaría, impondme vuestras manos, que con ellas habéis hecho milagros, haced uno más; por complacerla apoyé mis manos sobre sus ojos, y ella sintió como si le quitaran hierros candentes que oprimieran su cabeza. Dió un grito de alegría y me dijo:—¿Véis, madre mía? vuestras manos, son las manos de una santa, ¡sois tan buena!..

»—Sí, somos buenas, muy buenas, y sin embargo... no comprendemos las grandezas de Dios.

»—Madre, para todo habrá tiempo en la eternidad».



LXXXI

Los ojos de mi compañera, á pesar de todos los cuidados de la medicina y de la imposición de mis manos, no se curaban por completo, parecía una dolencia de expiación; y ella, al despertar por la mañana, y al entregarse al descanso por la noche, no podía menos que llorar amargamente, diciéndome con verdadera desesperación: —¡Ya no volveré á ver como veía!... ¡qué horror! ¿Qué delito habré yo cometido? ¡Señor! ¡Señor! ¡tened misericordia de mí!

»Yo la escuchaba sin fijarme mucho en lo que decía, hasta que una mañana sentí un estremecimiento violentísimo en todo mi sér, y murmuré entre mí:—verdad es que eso se prolonga demasiado, no empeora, pero tampoco mejora; y me dijo mi conciencia:—¿Te complaces en verla sufrir?—¿Yo?—Sí, tú; dale lo que es suyo, y estas palabras las oí temblando, porque una voz de trueno era la que me daba aquel

aviso; entonces me acerqué á ella, y le impuse mis manos en la cabeza diciéndole: —Ya estás curada, no quiero que sufras más. La enferma lanzó un grito agudísimo, diciendo con delirante exaltación:

»—Sí; sí; ya estoy curada, se ha roto algo que me oprimía la cabeza, como garfios de hierros candentes.

»—Sí, hija mía, sean tus ojos sanos, como sana es tu voluntad; y me pareció oír que decían: Ha sufrido más de lo que debía, su dolor caerá sobre tí convertido en lluvia de fuego.

»Cuando me quedé sola caí de rodillas y exclamé: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué mala me he vuelto! ¿estaré á la vez enferma de cuerpo y de alma? y me dijo una voz:—Lo que sientes, lo que tienes, es... ¡amor! ¡amor!...

»—Será un amor maldito, porque me hace más mala de lo que yo he sido ¿pero, cuántos amores tengo yo, Dios mío?...

»—Tienes amores allá, y amores aquí.

»—¿Qué amo en la tierra? ¿el talento? ¿la virtud? ¿la carne?... ¡qué vergüenza! más ay! el alma necesita en la tierra el rocío de la ternura: ¡estoy tan sola! me aman las mujeres, pero, ¿que hago del amor de las mujeres? ¿qué me da á mí la religión? tormento; al vibrar los bronce de sus cam-

panas no conmueven mi alma. Yo tengo dos amores, sí, dos amores; Jesús es el amor de mi alma, y un hombre es el amor de mi cuerpo, ¡de mi cuerpo!... sí; soy mujer, y mujer apasionada, y mujer sensible, yo siento en mí los desbordamientos de todas las ternuras, de todas las afecciones humanas. Yo creo que Dios en su piedad suprema envía de continuo sus ángeles á la tierra; por eso los niños son tan hermosos, ¡porque son los ángeles que han rodeado el trono de Dios!...

»Oía de continuo voces que me hablaban, unas veces con dulzura y otras con duros reproches; de día me encontraba mal, muy mal, pero de noche aumentaba mi malestar de un modo aterrador, porque durante mi intranquilo sueño, me levantaba llamando á mi amigo el sacerdote diciéndole: —¡Ven! vámonos á lejanas tierras y allí viviremos libres y dichosos, donde las religiones no tronchen las flores sin abrir, ¡ven! no te detengas, la vida es breve y hay que aprovechar sus momentos; y corría por la celda como si quisiera alcanzar la sombra de mi amigo que yo veía á corta distancia. Una noche que mi carrera era más vertiginosa, mi joven compañera me estrechó en sus brazos diciéndome con voz imperiosa: —¡Despertad! Me desperté y

como conservaba el recuerdo de mi delirio, dije entre mí:—¡qué oprobio!... ¡qué vergüenza!... ésta ya se ha enterado de mis flaquezas ¿se habrá enterado también la Comunidad? ahora sí que creerán que estoy endiablada, ¡Dios mío! ¡¡Dios mío!! ¡¡¡Dios mío!!! dame la muerte, esta vida es vergonzosa ¡quiero morir! basta ya de locuras y de livianos deseos.

«Mi compañera me comprendía perfectamente cuánto yo sufría, me acariciaba con la mayor ternura, me hizo sentar en mi sillón y me trajo un cordial compuesto por ella misma para que me reanimara, ¡qué suplicio! ¡ella tan buena! ¡tan buena y yo tan ingrata! porque yo no la quería mal, eso no; pero... no la amaba como ella por sus bondades merecía ser amada; siempre deseaba perderla de vista; su presencia me humillaba, ¡me veía tan pequeña ante ella!

»Una mañana me fijé en las *flores del cielo*, y las encontré mustias y marchitas, ¡pobres flores! me incliné hacia ellas y las dije con profunda tristeza:

»—¿Se acabó todo? y me contestó una florecita:

»—No, no se acaba todo, ¿piensas morir? vana quimera.

»—¿Y qué haré aquí?

»—Sufrir, has de beber hasta la última gota, y aun no has bebido las tres cuartas partes de la copa del dolor que te toca apurar hasta las heces.

»—¿Y por qué Dios me ha dado un cuerpo lleno de pasiones, si éstas no se pueden satisfacer? Dios entonces no ha hecho bien su obra.

»—Escucha, el cuerpo exige lo que de la tierra es; tú quieres que luche el alma contra las leyes del cuerpo, y quieres que luche el cuerpo contra las leyes del alma; las leyes de Dios son inmutables, vosotros sois los reformadores temerarios que queréis destruir lo indestruible; las leyes de Dios son perfectas, de esto no tengas la menor duda.

»—Pues yo soy obra suya y en mí la imperfección es manifiesta.

»—No, no es eso, tú fiada en tu fuerza de voluntad, creiste que podrías luchar con el tormento de los celos; enemigos implacables de la dicha humana; has llegado en tu enfermedad al periodo álgido, á la crisis que decidirá de tu vida ó de tu muerte. Si quieres salvarte, medita, reflexiona, compara, analiza las cosas y los hechos, y ganarás la victoria sobre tí misma, ¿quieres delirar? todo de cuanto bueno has hecho quedará destruído, porque una mu-

jer celosa, es la hiena de la humanidad, capaz de cometer todos los atropellos, y todos los crímenes, y como será mayor la suma de tus infamias que la de tus buenas obras, rodarás por la pendiente de las miserias humanas y una mujer como tú no debe rodar así. Hemos venido á tu lado para probarte que el reino de la verdad nadie lo destruye: y que tú estás en él porque merecido tienes permanecer donde impera la verdad. Las *flores del cielo* somos tus ángeles de la guarda. ¿Quieres vernos lozanas? pues vuelve en tí, y danos los buenos días todas las mañanas. Saluda al Sol como lo hacías en tus buenos tiempos, no delires, no digas que Dios ha hecho sus obras imperfectas, y cuanto más en aumento vaya tu tranquilidad, sentirás el fuego del amor de muy distinta manera que lo has sentido hasta ahora; tu amor y tu deseo terrenal se irá calmando y día llegará que necesitarás más compañerismo que fuegos amorosos; —y otra flor añadió:—¡Pobrecita! llora, llora, llora conmigo; tu amor no está ahí en la tierra; escucha y mira: ¿oyes?

»—Sí oigo.

»—¿Ves?

»—Sí veo.

»—Pues bebe hasta la última gota de la hiel que á otro hiciste beber.

»Entonces me pareció que me separaba de mi cuerpo, y ví bellezas indescriptibles en el espacio, cuadros maravillosos, paisajes encantadores, que no hay frases ni pinceles que describan ni copien los esplendores de los cielos. Me dejé caer en mi sillón y dí gracias á Dios por tener tan cerca de mí á las *flores del cielo*, ¡qué ingrata soy, Señor! murmuré con tristeza, ¡cuánto me das... y cuán poco merezco!...

»En aquel momento entró mi joven compañera llevándome algún alimento, que así lo hacía de hora en hora, tal era mi desfallecimiento, pero al entrar lanzó un grito de asombro, y cuánto llevaba en las manos rodó por el suelo quedando ella con las manos en cruz y postrada en tierra; de rodillas llegó hasta mí diciendo:—¡Madre mía! ¡madre mía! ¡sois una santa! al entrar aquí, he visto á un coro de ángeles, aun están, ¡qué hermosos son! os besan, os acarician, y dejan en torno vuestro nubes de incienso. ¡Madre mía! ¡madre mía! yo os adoro y no es de ahora...

»—Yo también te quiero, hija mía, y mucho que te quiero.

»—No; no; vos no me amáis, hay entre las dos una sombra negra ¡maldita sea!

»—No blasfemes, no maldigas á nadie, hija mía; que no hay nada maldito en la

tierra, porque Dios no puede renegar de su obra.

»En la noche de aquel día ví mi cuerpo en sueños: ¡pobrecito! dije al verle, tu no tienes la culpa de mi martirio, ¡pobrecito! tú debías ser fecundo y útil á la humanidad porque eres bien formado, sin el menor defecto para servir de cuna á nuevos seres, ¡pobrecito! después ví mi amigo el sacerdote, y oí que me decía: ¡Yo te amo! ¡mentira! contesté, sois un sabio y sois un miserable, si no fuerais un miserable no me hubierais dicho que amabais á una mujer y que queríais que esa mujer viviese junto á mí siendo mi martirio, viendo vuestro amor por ella; ¡idos de aquí! se fué la sombra del sacerdote y me tranquilizé, comencé á ver una claridad que se convirtió en un torrente de luz, y entre olas luminosas ví á mi espíritu amado, ¡á El! pero al verle, me dió vergüenza y atemorizada quise huir y El me dijo:

»—¿Por qué huyes?

»—Porque soy culpable.

»—¡Pobrecita! ¡qué pequeña eres aun! tú tienes el dolor de los celos, yo también sufrí en otro tiempo tu dolor. Te escogí entre muchos espíritus, fuiste la elegida de mi alma y me engañaste, y me vendíste y me entregaste á los enemigos del pro-

greso; y no sentí el dolor del cuerpo, sentí el dolor del alma; ven conmigo, ven, ya no tengo celos, tú serás buena, tú seguirás mis huellas, serás mi espíritu predilecto, mi discípulo más querido, por lo mucho que me habrá costado tu redención.

»Al oírle, olvidé por completo las miserias humanas y le dije:

»—¿Verdad que mi alma no está manchada? ¿que sólo á tí te quiere mi alma?

»—Sí, mujer, tu alma es mía, ¡mía!... y nunca te apartarás de mí. Yo te daré aliento, vuelve á la tierra y lucha, es necesario que sientas una parte de los muchos dolores que tú has producido.

»¡Qué hermoso ví á mi amor! ¡me miraba con tan tierna compasión! ¡había en sus ojos tanta dulzura! ¡tanta clemencia! sus miradas eran el perdón de todas las faltas; no he visto figura más hermosa; si Dios tuviera forma, si Dios tuviera hechura, yo diría que he visto á Dios; porque sólo Dios podía ser tan clemente y tan hermoso. Después de contemplarle largo rato, se fué alejando lentamente perdiéndose entre nubes blancas y rosadas. Cuando me desperté por la mañana, me encontré muy bien y mi compañera se puso contentísima al verme tan alegre, tan risueña y tan tranquila. Aquel buen estado me duró muchos

días, trabajé mucho en favor de los pobres, y todos cuantos me rodeaban estaban contentos de mí. Una mañana me trajo mi compañera un hermoso ramo de flores que ella misma había cogido; las pusimos junto á las *flores del cielo*, para ver la diferencia que existía entre unas y otras, y cuando más entusiasmadas estábamos hablando de botánica, me anunciaron que muchos sacerdotes pedían permiso para visitarme. Las dos nos miramos y temblamos, porque las visitas de los sacerdotes siempre eran anuncios de malas nuevas; me dijeron que traían á un enfermo en una litera, y entonces salí de mi estancia y me dirigí al salón donde me esperaban unos veinte sacerdotes, que rodeaban una lujosa litera, de la cual colgaba un brazo cubierto con una manga de seda morada y entre encajes se asomaba una mano negruzca, áspera y como cubierta de escamas; aquella mano me causó mucho asco, pero oculté mi penosa impresión, y me dirigí á un sacerdote que parecía ser el jefe de todos ellos; éste me dijo con bastante sequedad:—Acercaos al enfermo que apenas puede hablar; me acerqué y reconocí en él á mi primer acusador, al que trabajó cuanto pudo para que me sentenciaran á muerte; al verme me dijo con voz espirante:

»—Vengo á morir aquí.

»—No moriréis.

»—¿Vengo á recobrar la vida? preguntó con voz anhelante.

»—Si vos queréis, sí.

»—¿No me odiáis?

»No; y dije para mí: yo debo perdonar y le perdono.

»Después me incliné hacia él, ví su rostro cadavérico, sus ojos sin brillo, su boca entreabierta, de la cual salía á borbotones un líquido sanguinolento; le compadecí sinceramente, y le dije:—Aquí reposaréis de tantas fatigas, confiad en Dios y en mí.

»Dí las órdenes convenientes, y el enfermo fué colocado en un lecho, mientras tanto me retiré á mi celda con mi joven compañera que era mi sombra, nunca me dejaba, ¡pobrecilla! se parecía al perro fiel que no abandona á su dueño aunque éste le trate mal. Yo no la trataba mal, pero en comparación de ella, yo era adusta y displicente; en cambio ella, ¡era tan complaciente y tan buena! Cuando estuvimos solas la dije:

»—¿Sabes quién es ese moribundo?

»—Un príncipe de la Iglesia, y Dios me perdone, creo que el libro de su conciencia tendrá las hojas muy negras.

»—¿No vas muy descaminada; ese fué mi

primer acusador, el que trabajó con más empeño para llevarme á la hoguera; y yo en cambio le daré la vida. En aquel momento entró mi amigo el sacerdote y le dije:

»—Venís como siempre, con oportunidad.

»—¿Podríais resucitar á ese cadáver?

»—Sí, yo le resucitaré.

»Asombrado se quedó mi amigo, y más sorprendido aun de vernos á las dos alegres y contentas mirándole sin recelo y hablándole con la mayor familiaridad: aquella calma le llamó vivamente la atención y él era entonces el que nos miraba receloso. Yo miré á las *flores del cielo*, y las ví más lozanas que nunca, todas tenían sus corolas abiertas, embalsamando mi celda con sus diversos perfumes; esto me animó y salí resueltamente seguida de ella y de él, dirigiéndome á la habitación del enfermo; éste ya estaba en su lecho y los sacerdotes formando un medio círculo entonaban sus preces molestando bastante aquel zumbido de abejorros. Al entrar les dije:—Hermanos míos; basta de rezos, la mejor oración es la elevación del pensamiento, es el buen sentimiento puesto en acción, callad, quiero silencio y verdadero recogimiento.

»La mayoría de los sacerdotes se aleja-

ron de mí, haciendo la señal de la cruz con hipócrita disimulo, y sólo tres se quedaron junto al lecho del enfermo, yo me acerqué á éste y le dije imperiosamente:

»—¿Queréis vivir?

»—Quiero vivir.

»—Vosotros, cuantos aquí estéis, ¿queréis orar mentalmente por el enfermo?

»—Si es vuestra obra de Dios, sí, dijo el jefe.

»—De Dios es mi obra: y le dije al enfermo: ¡Yo te daré calor y vida! ¡yo te quitaré la fiebre que te consume! y tal fué la corriente magnética que dirigí á su cabeza hasta llegar á sus pies, tanta y tan potente era la fuerza de mi voluntad, que tres sacerdotes que estaban más cerca de mí, chocaron contra la pared, y seguí diciendo al enfermo:

»—Tomad alientos.

»—Los tomo.

»—Tomad alientos.

»—Los tomo: ¡sois un ángel!, sólo los ángeles pueden dar la vida!.. En tanto los sacerdotes parecían autómatas, sus semblantes no revelaban la menor alegría al ver al muerto resucitado; eran cuerpos sin alma, y más aun, eran cuerpos sin corazón, no sabían sentir.

»Viendo el buen resultado que había ob-

tenido, porque el paciente parecía otro, tan animados tenía los ojos, dije á los circunstantes: El enfermo necesita de mis manos, una en la frente, y otra sobre el corazón. ¿Me permitís que las ponga? y antes que nadie contestara, dijo el enfermo con un tono de mando que no admitía réplica:

»—Yo os autorizo: poned vuestras manos sobre mí.—Las puse, y el enfermo ¡pobrecito! respiró libremente y dijo:—Vuestras manos ¡son las manos de Dios! y al decir esto, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero pudo más el orgullo del príncipe de la Iglesia, y ni una sola gota se desprendió de sus ojos, se quedó inmóvil, y yo para no mortificarle con mi presencia, me apresuré á salir dejando á su lado un solo sacerdote, encargando el mayor silencio, para que el enfermo se pudiera entregar en brazos de un sueño reparador.

»Al volver á mi celda, me dijo mi amigo el sacerdote:

»—Creo que os equivocaráis, ese hombre morirá; ya está en estado de descomposición.

»—Lo estaba; ahora no lo está; cuando yo me siento con esta fuerza, soy capaz de levantar un mundo, y ese hombre saldrá de aquí fuerte y animoso; yo lo sé, yo le veo abandonar su lecho.

»Me miró, movió la cabeza con incredulidad, me volvió á mirar y exclamó:—Razón tengo yo en creer que no sois mujer, sois ¡una santa!

»—¡Santa! ¡santa! la santidad no existe en la tierra, sólo tengo el afán de ser buena, perdonando á mis enemigos, devolviendo bien por mal, que es el exacto cumplimiento de la ley de Dios».





LXXXII

AL día siguiente de aquella jornada memorable, tan importante para mí, porque para mí tuvo gran importancia volver de nuevo á probar mis fuerzas y á producir milagros, y valga la frase, ya que no hay otra, para calificar hechos cuyas causas se desconocen y sólo se tocan sus efectos; al día siguiente, repito, me levanté al amanecer, antes puedo decir, porque aun las estrellas enviaban desde sus lejanas órbitas su misteriosa claridad. Me vestí apresuradamente y contemplé á mi joven compañera que dormía con el sueño del justo, ¡qué hermosa estaba! la miré como una madre mira á su hija y oí que me decían:

»—No la quieres, no te esfuerces en mirarla.

»—¿Cómo que no la quiero? sí que la quiero.

»—No es verdad: tú no la quieres.

»—¿Por qué?

»—Porque en justicia no puedes quererla, aun queda *algo* en tí, *algo* que se irá extinguiendo con el tiempo.

»—Miré después á mis *flores del cielo*, y las dije:

»—Buenos días.

»—*Muy buenos días*, dijo una florecita recalcando mucho sus palabras.

»—¿Y por qué son tan buenos estos días?

»—Cuidado con el enfermo, replicó otra flor en tono sentencioso.

»—¿Está muy grave?

»—Sí, lo está, pero no es eso; es que hay quien quiere destruir tu obra; ten mucho cuidado, que tendrás que luchar á brazo partido.

»Miré después á la estrella matutina y la encontré más bella que nunca, y oí que las *flores del cielo* murmuraban entre sí muy acaloradamente, formando un murmullo, y un zumbido molesto, tanto que las dije con impaciencia:

»—¿Qué ocurre? ¿qué habláis?

»—Es que recogemos los malos pensamientos que en torno de tí se agitan, dijo una flor, y te presentamos este espejismo para que luego cuando veas en torno de tí las miserias humanas, estés sobre aviso y

luches con ventaja; todo esto se relaciona con el enfermo.

»—Es que yo al enfermo, curado lo dejé.

»—No lo dejaste; porque tu trabajo lo han destruído todo cuanto han podido.

»—No importa, yo lo curaré, su vida es la mía, me he propuesto devolver bien por mal, y si él muere yo moriré también, vida que no me sirve para mi enmienda, no la quiero. Las *flores* enmudecieron y yo me quedé muy preocupada; la vida de aquel hombre me interesaba en aquellos momentos de tal manera, que por darle la salud no sabía qué pensar ni qué hacer. Miré después al Sol y le dije: ¡Tú que eres la imagen de Dios! ¡el calor de la vida! ¡la esperanza de las almas! ¡dame valor, que quiero vencer! y como si el Sol respondiera á mi súplica, víen su centro más fuego, más fuego de vida, de constitución, comenzó á esparcir chispas luminosas por el aire, y cada chispa parecía un mundo, porque se aumentaba su volumen, y aquella lluvia de mundos, se multiplicó fabulosamente, porque cada mundo esparció á su vez chispas lumínicas de variados colores, y ante aquel espectáculo maravilloso exclamé: Estos mundos, son las generaciones que trabajan buscando á Dios; y oí que me decían:

¡Ama! ¡ama con toda la efusión de tu sentimiento! ¡ama! que el amor todo lo puede, todo lo vence, todo lo alcanza; y si encuentras sombras en tu camino, destrúyelas con tu potente voluntad.

»Me senté junto á mi mesa cada vez más agitada, se despertó mi compañera, y su primera mirada fué para el cielo; ¡qué mirada tan especial la suya!... no puedo menos que decir: el alma de esta mujer es más buena que la mía; ¡qué modo de mirar el suyo! ruega y bendice con sus ojos; sólo los ángeles deben mirar así.

»Mucho se sorprendió mi compañera de verme levantada, me hizo tomar algún alimento en su compañía, y con ánimo y temor á la vez, me dirigí á la estancia que ocupaba el enfermo en el piso bajo. Dos sacerdotes muy mal encarados guardaban la puerta, y al verme llegar me dijeron los dos con muy mal modo:

»—No se puede entrar, madre, el enfermo está peor.

»—¿Peor? ¿no quiere el enfermo verme? ¿es orden suya?

»—No, el Padre que nos manda así lo ordenó.

»—Pues, decidle al Padre que quiero entrar, que la vida de ese hombre es la mía; que, ó se salva conmigo, ó me muero con

él; y entonces se oyó la voz cavernosa del enfermo que decía: ¡Dejadla pasar! ¡dejadla!.. pero fué desoído su mandato ó su ruego y salió el Padre, y encarándose conmigo me dijo con ira reconcentrada:

»—Nunca creí que os atrevieseis á gritar de esa manera en la casa de Dios, el enfermo está peor y he decidido que no se le moleste más; basta con los auxilios de la religión.

»—¿Me negáis la entrada?

»—Sí, os la niego porque hacéis cosas reñidas con la moral, porque tocáis á los hombres con el pretexto de curarlos, y la imposición de vuestras manos sólo sirve para avivar los muertos deseos de la carne, ¡idos de aquí!

»—Y si vengo en nombre del rey ¿me negaréis la entrada?

»—Según.

»—¿Según, decís? y si ese hombre se muriera ¿quién sería el culpable de su muerte?

»—Retírese la madre, que aquí no entra nadie, y él mismo cerró la puerta con el mayor estruendo.

»Sin saber si andaba por mis pies, ó si alguien invisible me ayudaba, me volví á mi celda pensando sólo en morir si aquél hombre moría. Yo veía al enfermo, veía

cuánto le rodeaba; comprendía perfectamente que en mis manos estaba su vida, que yo le salvaría si podía entrar, pero... ¿cómo entraría? y repetía con la tenacidad de una loca: Yo entraré, yo entraré. Miré á las *flores del cielo* y las encontré muy mustias, y tan silenciosas que comprendí perfectamente que yo era la que debía tomar resoluciones. Llamé á mi compañera, y ésta acudió como siempre inmediatamente, le conté lo ocurrido, le pinté mis apuros, y las dos decidimos llamar á nuestro amigo el sacerdote; vino éste, salí á su encuentro y me dijo con severidad.

»—¿Qué pasa? ¿qué ocurre?

»Le conté cuánto me había sucedido y me dijo con sequedad:—Si cuando vino el enfermo hubieseis despedido á los sacerdotes y sólo se hubiese quedado él con vos y conmigo, le hubieseis curado; pero ahora... ahora... renunciad por completo á su curación.

»—¿Renunciar á devolverle la vida á mi mayor enemigo? ¿sabéis lo que decís? su vida es la mía, y le salvo ó muero con él, aun tengo armas con que defenderme, aun puedo hacer valer mi voluntad; y saqué mi anillo y mi condecoración que me abrían todas las puertas, porque aquellas insignias representaban al Papa y al Rey.

»—No os conozco, estáis loca por completo; sólo pensáis en producir escándalos, ahora si que no estáis bien inspirada; yo os lo aseguro, recordad que vuestras violencias sólo conseguirán reduciros á prisión, prisión que será vuestra tumba. No os mováis de aquí, esperad mis órdenes y ¡ay! de vos si no me obedecéis.

»Se marchó el sacerdote y yo le dije á mi compañera: ¿Ves, hija mía? todos los religiosos son lo mismo, orgullosos, pretenciosos y autoritarios.

»—¡Ay! madre, no os apuréis tanto, dejad que hagan lo que quieran, al fin si se muere, se muere un miserable y bien muerto está.

»—¿Estás loca? es que yo quiero curarle y le curaré.

»Entró de nuevo el sacerdote y me dijo: —Veréis al enfermo, no le hagáis ninguna cosa, no intentéis cogernos por sorpresa, porque os advierto que del lecho del enfermo se va al calabozo y del calabozo no podréis salir, y si salís, será para ir á la hoguera.

»Me estremecí al oír sus amenazas y le seguí en silencio, pero al llegar á la estancia del enfermo, olvidé sus palabras y mis temores: sólo ví á la víctima y á sus implacables verdugos: todos los sacerdotes esta-

ban allí, ¡qué caras aquellas!.. eran otros tantos Judas ¡qué horror me causó verlos! Miré al enfermo y dije resueltamente:—Este hombre está mucho peor que cuando entró aquí; quise poner mis manos sobre su frente pero un brazo de hierro se opuso á ello y entonces dije:—Ponedme una mordaza si queréis, pero aquí se está cometiendo un horrible asesinato: á este hombre se le asesina sin piedad. Al resonar mis palabras, parecía que una lluvia de fuego caía sobre aquellos miserables, y proseguí diciendo: Todos sois cómplices en este delito, todos queréis que este hombre se muera, le habéis dado un veneno, lo sé, lo toco, lo veo.—Al decir yo esto aquellos hombres rugieron como leones hambrientos, ¡con qué placer me hubiesen despedazado! dirigiéndome á mi amigo el sacerdote, proseguí diciendo: ¿Queréis que yo muera ahora mismo? moriré, sois muchos contra uno y un cuerpo pronto se despedaza; pero mi alma flotará sobre los verdugos de su cuerpo, y mañana... mañana... yo más fuerte que hoy derrumbaré vuestros templos piedra por piedra, y publicaré la historia de vuestros crímenes y las generaciones venideras os maldecirán.

»Al resonar mis últimas palabras se sintió un ruido amenazador como si la tierra

se abriera para tragarnos, se apagaron las luces, y sentí en torno mío brazos que querían destrozar mi cuerpo, me pareció sentir el contacto de la mano de mi amigo el sacerdote que me tapaba la boca, me sentí arrastrar, me sacaron de la estancia, y me llevaron á la celda que servía de reclusión; en mi Convento no había calabozos, todas las celdas eran claras y ventiladas, y como á nadie había yo castigado, la celda estaba sin amueblar; al entrar, uno de los sacerdotes que me llevaba me dió un golpe en la espalda tan violento que me hizo caer en el suelo y allí permanecí todo el día, ¡nadie vino á verme! ni mi amigo el sacerdote, ni mi joven compañera. Yo miraba al cielo que lo descubría por medio de altas ventanas y decía: ¡Bendita sea la luz! ¡quién me dijera cuando dirigí estas obras, que yo sería la primera que ocuparía la celda de reclusión!.. tanto como yo le decía al arquitecto: que no falte la luz, que nadie como el preso necesite contemplar el cielo.

»Todo el día pensé en lo mismo, en el enfermo, todo el día me lo pasé hablando y diciendo: quieren matarle y yo no quiero que muera, quédese aquí mi cuerpo que de regocijo servirá á mis enemigos, pero vuelle mi espíritu á ver al enfermo, y tanto repetí mi súplica, y tan de veras pedí á Dios

la vida de mi mayor enemigo, y tan ferviente fué mi ruego, para que mi muerte fuera útil al que de mí necesitaba, conservando mi espíritu toda su lucidez y toda su voluntad para realizar tan buena obra, que al fin mi cuerpo quedó inerte, estirado y rígido sobre el duro suelo, en tanto que mi espíritu conservando su segunda forma tangible, entró en la estancia donde agonizaba el enfermo; al verme todos los sacerdotes huyeron espantados haciendo la señal de la cruz, lanzando gritos y gemidos, y yo quedé sola con el enfermo; sin perder momento le registré el pecho y dí nueva vida á su corazón, encontré que le habían envenenado, y del espacio saqué los átomos que debían servirle de antídoto al tósigo que le habían ido dando en pequeñas dosis, y trabajé con tanta prontitud y tanto acierto, que cesó el estertor de la agonía, abrió los ojos el resucitado y me dijo:—Dadme agua, ¡agua! ¡mucho agua! ¡que me abraso! quise coger un vaso que sobre una mesa había y él dijo horrorizado:—No, no; esa agua es maldita; ¡tú! ¡tú! ¡dame agua; ¡tú lo puedes todo! y abriendo él la boca agité sobre ella mis manos fluídicas y gotas de agua cristalina cayeron sobre sus fauces abrasadas, las gotas se convirtieron en hilos líquidos

y el enfermo bebió con ansia y con placer inexplicable.

»¡Momentos supremos! el enfermo cesó de beber, se llevó las manos al corazón, se las pasó después por la frente, sus ojos vidriosos adquirieron inusitado brillo, y dijo con voz entera: Creo en el infierno, porque he estado en él; y creo en Dios, en su cielo y en sus ángeles, porque te debo la vida. No te vayas aun, descuida, nadie vendrá, no quiero que me dejes sin antes abrazarme, quiero que me abracés como una madre abraza á su hijo, y este abrazo será nuestro pacto de alianza para trabajar juntos en la eternidad. En la tierra yo te prometo despedirme de tí con todos los honores que tú mereces; en el espacio yo te buscaré, y la vida que yo te debo, rayo de luz será para tí en el porvenir. Se incorporó el resucitado, me abrazó con el mayor cariño, y me besó en la frente, sin que yo sintiera la presión de sus brazos ni el hálito de su beso, me fuí á mi prisión, y allí encontré mi cuerpo cadavérico, me abracé á él, y al despertarme, no sé el tiempo que tardaría mi espíritu en reanimar su envoltura; sentí pasos, abrieron la puerta, y dijo mi amigo el sacerdote:—Levantaos y salid: salí sin poderme tener y llegamos á mi celda,

era bien entrado el día, me dejé caer en mi sillón y me dijo con triste reconvención:

»—¡Qué mal nos habéis puesto á todos!

»—¿Pero qué he hecho yo?

»—Callad; y oímos muchas voces que entonaban un himno de gracias y apareció á la puerta de mi celda el resucitado, revestido con su túnica de seda morada, pálido, más que pálido, lívido, pero andando sin ayuda de nadie ni de báculo alguno; al verme me dijo:—¿Me permitís que me siente? se sentó, miró á mi amigo y éste se apresuró á cerrar la puerta quedando solos los tres, mientras los sacerdotes se iban alejando con dirección al templo para allí entonar nuevos salmos en acción de gracias.

»Como yo ignoraba lo acontecido, miraba al resucitado sin saber á qué obedecía su visita; ambos guardaban silencio y yo me perdía en conjeturas, mil recuerdos confusos se aglomeraban en mi mente, al fin, habló el resucitado diciendo:

»—Os debo la vida; mi agradecimiento será eterno, miró después á todos lados y reparando en los dos lechos, preguntó.—¿No dormís sola, madre?

»—No, señor, me acompaña una religiosa que hace mis veces, es una joven muy

buena, un ángel, es tan buena que toda la comunidad la quiere con adoración.

»—Quiero ver á toda la comunidad.—Entraron las monjas y el resucitado las dijo:—Hijas mías, acercaos, quiero miraros una á una, las miró y siguió diciendo: Sois dignas de vivir al lado de la mujer que me ha dado la vida, siempre recordaré las horas que aquí he pasado, porque en ellas he visto los horrores del infierno, y los amores del cielo. Salid, hijas mías y benditas seáis como bendita es la mujer que os sirve de madre.

»Cuando nos quedamos nuevamente solos, se quitó un magnífico anillo y me lo entregó, diciendo:—Tomad, este anillo proviene del Papa, guardadlo en memoria mía, y si os vuelve á suceder lo que ahora os ha sucedido, si os niegan la entrada en alguna parte, presentad este anillo y todas, todas las puertas se abrirán ante vos.

»—Pero Padre, yo no merezco esta recompensa, porque yo no he curado, quise curaros, es verdad, pero no me dejaron, me encerraron y allí me dejaron un día y una noche, y hasta hace poco no he vuelto á mi celda.

»—Callad, callad, todo lo sé, y todo lo comprendo.—Reparó después en mis *flores del cielo*, y le llamaron vivamente la

atención sus bellísimos y variados colores; quise decirle el origen de aquellas flores, pero mi amigo varió al momento de conversación, y el resucitado al despedirse le dijo al sacerdote:—Yo me voy á Roma, á tí te encargo esta mujer, entérate del estado de su salud diariamente, visitándola en mi nombre y no olvides que la vida de esta mujer es mi vida.

»Se marcharon y al quedarme sola con mi joven compañera, ésta me abrazó con el mayor delirio y lloró con tan inmenso desconsuelo que me alarmé seriamente.

»—¿Por qué lloras, hija mía? qué nueva desgracia nos viene encima?

»—¡Ay! madre mía! querían quemaros á fuego lento, muy lento, para que vuestro martirio fuera horrible.

»—¿Y cómo sabes tú eso?

»—Porque lo oí todo, ¡todo! escondida detrás de un altar y vuestro amigo, ese infame que queréis tanto, presidía el tribunal y lo aprobó todo, ¡todo!...

»—Tú deliras, hija mía; si el sacerdote le habrá curado y le habrá hecho creer que he sido yo, y con los otros se habrá declarado mi enemigo para despistarlos mejor.

»—No, madre mía, no, él no ha hecho nada, si ha sido el primero en asombrarse y hacerse cruces al ver al enfermo que él

solo se levantó y solo se vistió llamando á sus servidores.

»—Pues, hija mía, no sé que habrá sucedido aquí.

»—Ni yo tampoco, madre mía; sólo sé que cuando nos visitan religiosos, las iras y las furias del infierno se desencadenan contra nosotras. Si hubierais oído á aquellos miserables, todos querían hacer vuestro suplicio interminable ¡qué infames son!

»Pasaron muchos días y yo seguí atontada, ¿qué habría sucedido? Una mañana le pedí al Sol que aclarase mis dudas, las *flores del cielo* se agitaron, y una de ellas me dijo:—¿Qué tienes? habla, mujer, habla, te vas á volver loca.

»—Tienes razón, flor querida y confiesa que motivos me sobran. Yo dejé al enfermo envenenado, por decirlo me encerraron, y luego viene el enfermo resucitado y me dice que me debe la vida ¿pude yo curarle estando encerrada?

»—Sí, tú le curaste, se durmió tu cuerpo, y tu espíritu voló libremente, porque el alma puede trabajar independientemente separada de su cuerpo, sin abandonar por esto al organismo del que se vale en la tierra para cumplir su misión; tu alma quiso salvar á un hombre de la muerte, quiso devolver á su primer verdugo *bien por mal*

y como *quiso* hacerlo encontró fuerzas en el espacio, que en el arsenal del infinito encuentran las almas todo lo que necesitan cuando les sobra voluntad para hacer bien á sus mayores enemigos; tranquilízate que á tu memoria acudirán todos los recuerdos de aquella noche verdaderamente memorable; para el resucitado, para tí y para tus verdugos, sobre tanta sombra flotó la luz, la luz fué tu firme voluntad.

»—*¡Flores de mi vida!* os debo la razón; y ebria de contento salí como una loca, busqué á mi compañera y la encontré rodeada de niños, á los cuales les enseñaba á leer con la mayor dulzura; la cogí por el brazo, la llevé al huerto, busqué el punto más solitario y la dije:

»—Ya lo sé todo; yo fuí la que curé al moribundo.

»—¿Cómo?

»—Siéntate; y muy emocionada le conté todo lo ocurrido».





LXXXIII

ASOMBRADA y maravillada se quedó mi compañera escuchando mi relato, y contentas y satisfechas con lo acontecido, terminamos el día y nos entregamos al descanso con perfecta tranquilidad; pero cuando yo ejecutaba una de aquellas obras, que la generalidad llamaba milagrosas, quedaba en mí una exuberancia de vida, un desbordamiento de actividades, que mi reposo tanto físico como inteligente, duraba muy poco, huía el sueño de mis ojos y la calma de mi mente, y sólo pensaba en andar, en correr, en volar; así es que me desperté de madrugada, y sin pensar que cometía una verdadera imprudencia, llamé á mi compañera, la besé en la frente, y la joven me miró sorprendida diciéndome:

»—¿Qué tenéis, madre?

»—Nada; es que hoy quiero hacer algo extraordinario, vístete.

»—Pero madre, si aun es de noche, si estoy viendo las estrellas.

»—Mejor que mejor, si es que quiero que nos marchemos al campo.

»—¿Al campo? pues si ya vivimos en el campo.

»—No importa; quiero respirar mejor y las dos vamos á salir.

»—Pero si yo no puedo salir, madre; ¿olvidáis que soy reclusa?

»—No hay reclusiones para una firme voluntad, saldremos, iremos á casa de una familia obrera de toda mi confianza, allí cambiaremos de traje y verás que bien.

»—Pero madre, notarán mi ausencia.

»—En eso tienes muchísima razón, llamaremos á la Comunidad y diremos, es decir, diré yo, que vamos á cumplir una penitencia.

»—Muy bien pensado, pero, ¿y si nos preguntan dónde hacemos la penitencia?

»—Es verdad; tú en todo piensas, fijaremos un punto, el sitio donde encontré las flores del agua milagrosa; llama á las monjas. Salió mi compañera y poco después volvió seguida de todas ellas, muy mal humoradas, por cierto, por haberlas hecho levantar una hora antes de lo acostumbrado. Al saber mi determinación casi se alegraron del madrugón, pues así dis-

frutarían todo entero un día de libertad, sin tener quien las amonestara, pues mi compañera parecía un misionero sermoneando á unas y otras, para que cada cual cumpliese con su deber. Dadas las órdenes oportunas, salimos mi compañera y yo que apenas clareaba, y nos dirigimos á casa de la familia obrera cuyos individuos todos me creían, no una santa, eso para ellos era muy poco: ¡un Dios! pedí al jefe de la familia que nos acompañara, y apenas hube expresado mi deseo, dos hermanos de su esposa, me pidieron la gracia de que los dejase venir en nuestra compañía, accedí á sus ruegos muy contenta y mandé á llamar á la viuda de mi hermano, vino enseguida y le sorprendió en gran manera mi petición, pues le pedí dos trajes de mujer de los más sencillos que tuviera. No se atrevió á disuadirme de mi intento y se fué aceleradamente volviendo con lo más necesario para disfrazarnos. Más alegres que unas pascuas nos cambiamos de traje, y mi joven compañera mirándose en un mal espejillo dijo con alegría: ¡Ay madre! ¡qué hermosa estoy! ¡qué bueno es ser mujer! porque las monjas no son mujeres, son momias mal ataviadas.

»Salimos acompañadas de nuestros tres servidores, y ellos se cuidaron de llevar

algunos fiambres y todo lo necesario para una comida de campo. Mi compañera al verse en el bosque se puso tan contenta, tanto, que me dijo con la mayor naturalidad:

»—Madre: ¿y si nos fuéramos para no volver? un Convento es una tumba.

»—Tienes razón, hija mía; pero á las avecillas suelen perseguirlas los gavilanes.

»—¡Ay madre! no volvamos, no volvamos más.

»—Todo se puede arreglar, volveremos al Convento, y volveremos aquí con el pretexto de colocar aquí algunas piedras que sustenten, que sirvan de base á una cruz.

»Llegamos al sitio deseado y allí nos detuvimos; amontonamos muchas piedrecitas y oramos ante aquel altar improvisado; después almorzamos con gran apetito, y mi joven compañera subió aceleradamente deseando llegar á la cumbre de la montaña; yo subí mucho más despacio y cuando llegué á la cima oí que ella decía: ¡Dios mío! ¿por qué nos encerramos para adorarte? ¡si tú tienes un templo tan hermoso!... y efectivamente, mi compañera tenía razón; porque aquel paraje reunía todas las bellezas imaginables y no hay templo en la tierra que encierre tantas maravillas como ostenta la naturaleza en los bosques, en las altu-

ras, en los esplendores de los cielos, en el ambiente aromatizado, en todo cuanto vive en la creación.

»Nuestros servidores con muy buen sentido práctico, se colocaron á prudente distancia, nos guardaban y no nos estorbaban con su presencia, que hay momentos que el alma necesita de esa soledad acompañada, en que dos almas forman una sola, y yo quería hablar con mi compañera, solamente con ella. Tomamos de nuevo algún alimento y paseamos pisando una alfombra de abundantísima yerba. Paseamos mucho por el bosque y allí me sentí inspirada y le hablé á mi compañera de Dios, ella me escuchaba sumergida en delicioso éxtasis, y de vez en cuando me decía:—¡Ay madre! ¡qué bien habláis!

»Anduvimos largo trecho, y por fin, ante un promontorio de rocas nos detuvimos, extrañándonos mucho no encontrar ni una sola flor; había muchas plantas trepadoras que se enlazaban á los troncos de los árboles y á las piedras que acá y acullá formaban extrañas figuras, como si una legión de gigantes encolerizados las hubiesen lanzado sin orden ni concierto sobre el haz de la tierra. Mi compañera no se cansaba de mirar todo cuanto nos rodeaba y me decía con mucha gravedad:—¡Ay madre! la

roca dura es la imagen de la ingratitud, y las plantas treparadoras son el símbolo de la vida, mejor dicho, de la humanidad, que se enlaza al tronco del amor y á su sombra vive.

»—Muy bellas son las plantas trepadoras, pero yo deseo ver flores.

»—Allá lejos veo una flor roja, es muy hermosa, parece que está al borde de un abismo, voy á cogerla.

»—No, hija mía, no quiero que te pongas en peligro por causa mía.

»—Es que aquella flor me atrae, me parece que simboliza mi esperanza y quiero poseerla, ¡es tan hermosa!

»—Es que yo no me sé explicar; yo quiero otras flores que veo en mi mente, que nacen instantáneamente; y antes de concluir de pronunciar mis últimas sílabas, vimos brotar flores pequeñas, muy pequeñas, que en línea recta formaban un estrecho caminito, un caminito precioso; yo estaba encantada viendo realizado mi deseo, cuando oí que mi compañera lanzó un grito diciendo:

»—¡Ay madre! arrancan aquella flor que yo quería, un hombre la ha arrancado.

»—Será uno de nuestros guardianes y ya verás como muy pronto la tendrás entre tus manos.

»—¡Ay madre! aquí también veo flores y no las había antes; que extraño es todo esto. Arrrancó una de aquellas flores, se la acercó á la nariz y la tiró diciendo:

»—¡Ay madre! ¡qué mal huele!

»—No tires ninguna flor, hija mía; que cuantas flores nos dá Dios debemos respetarlas, que así como no hay ningún mortal que deje de poseer una virtud, tampoco hay ninguna flor que no guarde en su cáliz una gota de bálsamo para la humanidad; nuestro deber es buscar esa gota preciosa.

»Como yo me había figurado, uno de nuestros guardianes, el más joven, oyó lo que dijo mi compañera y corrió á buscar la hermosa flor, que se la presentó á la joven; ésta se apresuró á aspirar su perfume y la tiró lejos de sí, diciendo con enojo: ¡qué mal huele! parece mentira que siendo tan bella apestee de esa manera. El servidor que tanto se expuso para cogerla se sintió herido y cogió nuevamente la flor diciendo: ¡pobrecita! Yo la cogí de sus manos y se la entregué á mi compañera diciéndole:

»—Llamabas á esta flor la flor de tu esperanza, si no huele bien, trabaja tu esperanza y la flor que hoy no tiene perfume lo adquirirá.

»Mi compañera tomó más flores diciéndome con desaliento: ¡Ay madre! éstas son

inodoras ¡qué lástima! ¡y son tan bonitas! Yo le cogí las flores, y cosa extraña: en mis manos adquirían dulcísima fragancia, lo que maravillaba á mi compañera porque no sabía cómo explicarse lo que sucedía, y no era ella sola, porque á mí también me pasaba lo mismo.

»—¡Qué hermosa es la libertad, madre mía! ser libre es vivir.

»—Sí, hija mía; es muy hermosa la libertad, pero hay que trabajarla, estas flores de generación instantánea son la imagen perfecta de la libertad. La libertad por sí sola no tiene fragancia, y trabajada, la libertad adquiere los más deliciosos perfumes.

»—Entonces vuestras manos serán la alegoría del trabajo, puesto que las flores inodoras en contacto con vuestros dedos exhalan penetrante aroma.

»Mi compañera siguió disfrutando de tan hermoso día, haciendo verdaderas locuras infantiles, puesto que se echó al suelo y se fué dejando caer por la pendiente lanzando gritos de inmensa satisfacción; de pronto se detuvo, se coloreó su bellísimo semblante, sus ojos brillaron con todos los resplandores de la vida, se postró en la tierra y exclamó:

»—¡Ay madre! ¡qué hermoso es!... ¿no os arrodilláis?

»Yo no me postré, me quedé en pie mirando al amor de mis amores, ¡qué hermoso estaba! ¡qué hermoso estaba mi amor!... se sentó sobre una roca, y la dije á mi compañera: sentémonos con El, tú á la izquierda, yo á la derecha. Nos sentamos y le dije:

»—Señor, ¿nos perdonáis este día? y al mirarle ya no estaba entre nosotras, estaba en pie, algo más lejos, contemplándonos con amor inmenso y nos dijo con voz dulcísima:

»—Dáis aliento á vuestra existencia humana, hacéis bien.

»—Señor, qué serio estáis: ¿no cumplimos con nuestro deber?

»—Sí lo cumplís: Y dijo mi compañera:

»—Señor, yo quiero irme contigo, no quiero volver al Convento, no quiero.

»—¡Ay hija mía! aun tienes que beber y apurar la copa de tu vida. Sigue amando á los niños que cuando besas á un niño me besas á mí.

»—Padre, ¿me dáis la vida!

«—No me llames padre, llámame re-dentor; y dirigiéndose á mí me dijo: Para algo has venido tú aquí, pon tu dedo en

esta roca. Lo puse en la juntura de dos enormes piedras y me dijo:

»—¿No pides nada?

»—¿Y qué pediré yo, Señor? pedid vos.

»—No, pide tú, que para eso te dije que pusieras el dedo en la roca.

»—Señor, ¡que brote agua! y brotó un manantial espumoso. Señor ¡qué hermosa es el agua! ¡el agua es el manantial de la vida!

»—Pues, pon el dedo de tu razón en la roca de tu conciencia y brotará el manantial de tu deber, que el cumplimiento de todos los deberes es la suma de todas las felicidades».





LXXXIV

AL aconsejarme que pusiera el dedo de mi *razón* en mi *conciencia*, desapareció el amor de mis amores, y me pareció que todo daba vueltas en torno mío; sentí como si me despojaran de mi envoltura corpórea, me encontré más libre, más ágil, más dispuesta á volar, y aquel cambio me impresionó hondamente, me encontré en mí misma, y dije: ¡Dios mío! ¿he muerto ya? y oí entonces la voz de mi compañera á la que llamaré Angélica, que me decía:

»—¿No me oís, madre mía?

»—Sí, te oigo.

»—¿Pero no veis que os mojáis?

»—¡Ah! es verdad, ¡cuánta agua! ¡brotaba de mi dedo, brota de esta roca y El huyó!...

»—¿Por qué se fué tan pronto, madre mía? yo le estaría mirando eternamente, sin El ya este paraje lo encuentro sombrío, marchemos madre, es muy tarde.

»—Sí, sí, marchemos, tienes razón; pero yo no me movía; miraba el agua y me parecía que del agua aquélla brotaban chispas luminosas, toqué el agua y dije:— Agua es, ¿verdad que antes no había aquí agua?

»—No, no la había, Jesús os dijo: Pon aquí tu dedo, y el agua brotó.

»Llamamos á nuestros servidores, y uno de ellos, el que nos servía de guía, que era un hombre muy simpático por su finura y su buen sentido, al ver el espumoso manantial se hizo cruces diciendo:

»—¡Qué extraño es esto!...

»—¿Verdad que es muy extraño?

»—Sí, madre, que lo es; aquí antes no había agua, yo conozco ese terreno palmo á palmo, desde niño he recorrido estos contornos, y sé que aquí la sequedad era completa, por eso me ha sorprendido tanto el hallazgo de ese manantial, hasta me parece mentira que lo que veo sea agua; quiero beber de ella; y bebió y exclamó: ¡qué agua tan buena!...

»—Pues, marchemos, que se va haciendo tarde.

»—Sí, madre, marcharemos, pero quisiera volver mañana aquí; de todos modos no podríamos llegar esta noche á la ciudad, y á pocos pasos de este lugar hay una ca-

sita cuyos dueños me conocen mucho y nos darán albergue por esta noche, y mañana, madre, se lo ruego, quiero volver aquí; hay cosas que enloquecen, yo he maldecido á Dios cuando no tenía pan para mis hijos, y hoy me avergüenzo de haber dudado de la existencia de Dios, el agua de ese manantial me ha bautizado de nuevo, y siento en todo mi sér lo que no puedo explicar.

»Emprendimos la marcha y llegamos ante una casita muy pobre, pero muy limpia; en ella habitaban padres, hijos y nietos, tres parejas que representaban los albores del día, el sol con sus rayos y el ocaso con sus sombras; aquellos seis seres nos recibieron muy bien, nos cedieron su mejor lecho y no sabían que hacerse con nosotras. Angélica se acostó inmediatamente y se quedó dormida al punto: ¡dichosa ella! ni recordaba, ni esperaba; yo en cambio estaba muy desvelada, pensaba en todos los accidentes de mi vida y sufría y gozaba á la vez; ¡cuánto había luchado! ¡pero siempre había vencido! al fin me rindió el cansancio del cuerpo y del alma y me dormí tan profundamente, que á Angélica le costó trabajo despertarme. Ella se despertó muy temprano y se apresuró á llamarme diciendome:—Madre, madre, ¡madre mía! ¡qué

bien se respira aquí! habría que destruir todos los Conventos para que nadie pudiera vivir encerrado; ¿quién inventó la clausura?

»Nos llamó nuestro guía y nos fuimos con él en busca del manantial, durante el camino me dijo:—Madre, no he dormido; toda la noche he llorado pensando en lo que ví ayer, si aun brota el agua de aquella roca dejadme lavar con ella, que será el agua de mi redención; y tan inquieto estaba nuestro guía, que sin saber lo que se hacía, se adelantó y mucho antes que nosotras llegó ante el manantial y se arrodilló y oró fervorosamente, allí permaneció largo rato, al fin se levantó y me dijo:—Madre, ante los grandes debemos humillarnos los pequeños; habéis hecho un milagro, dejadme adoraros de rodillas.

»—No soy yo la autora de esta maravilla; es que vino El, el amor de mis amores y El me dijo: Pon tu dedo sobre esta roca, y pide lo que quieras, pedí agua y el agua brotó.

»—Madre, vuestro amor es Jesús, todos lo dicen, á Jesús le he pedido muchas veces aliento, y hoy ha respondido á mi llamamiento por vuestra mediación; el agua aquí, señora, es imposible que suba sin un milagro. ¡Jesús de mi vida! ¡Jesús de mi

alma! aquí vendré todos los días de fiesta, aquí reposaré de mis fatigas, y Dios quiera que algún día pueda yo verte ¡Jesús mío!

»Embargados por el más dulce sentimiento, mirábamos los tres el manantial, cuando el guía lanzó un grito de asombro, porque sin darse cuenta había desviado su mirada y había visto á un hombre que iba por un sendero, parecía extranjero, y como por aquellos parajes no se veía á nadie, á los tres nos interesó aquella aparición, que tan pronto estaba en la cumbre de una montaña como al borde de profundísimos abismos.—Se va á caer, decía el guía con voz angustiada, ¡qué imprudencia! ¡qué temeridad! ¿no veis? ya corre, ya vuela, sus pies no tocan la tierra, parece imposible que pueda correr tanto, ¿qué buscará este hombre por aquí? y el guía temeroso sin duda de que el extranjero pudiera hacer algún maleficio á la roca milagrosa, se puso junto al manantial. Llegó el extranjero, se descubrió y dijo á nuestro guía:

»—¿Tenéis miedo de que yo agote el manantial?

»—¿Cómo sabéis que aquí hay agua, si nunca la ha habido?

»—Pues por ella vengo, para gozar de esa agua.

»Me miró el extranjero, y ví que era El,

sus ojos me lo dijeron, y exclamé alborozada: ¡Señor! ¡Señor! el guía me miró asombrado y creció su asombro cuando El le dijo:—Me llamaste y aquí me tienes. Bebe, bebe mi agua, es agua de vida, de amor y de fe. Bebe, bebe ahora el agua de la tierra que de otra agua te daré yo en el cielo.

»—¡Señor! quiero arrodillarme y no puedo.

»—No importa, los hombres en pie llegan á los cielos, los que se arrodillan se momifican; los que están en pie trabajan. Ven aquí, aquí formarás un pequeño lugar, aquí vendrán los enfermos y encontrarán alivio á sus dolores, pero no le llames á ese manantial el manantial del agua milagrosa, que nada tiene de milagroso este manantial. Mañana por la ciencia conocerás que no es imposible hacer subir el agua á una inmensa altura, lo que es más imposible es hacer brotar el sentimiento en un corazón seco.

»—¡Señor! ¡Señor! ¡amor de mis amores!...

»—Sí, todos me llamáis *vuestro amor* cuando no *sozobra* la barca de vuestra vida; pero cuando sufrís, renegáis de mi amor. Acuérdate siempre de esta fuente, que otra fuente te recuerda; y efectivamente,

ví otra fuente rodeada de follaje y sombreada por copudos árboles, y El me dijo: —En aquella fuente encontrarás tú el agua de la vida, y en ésta queda el recuerdo de habernos visto aquí; y tú, dijo á nuestro guía, no olvides nunca que á tu llamamiento acudí.

»Todos comprendimos que iba á desaparecer y Angélica exclamó. ¡Señor! ¡Señor! ¡ten piedad de mí!—No olvides á los niños, dijo El, que de los niños es el reino de los cielos, y besando á los niños me besas á mí.

»—¡Señor! ¡Señor! gritó el guía, dejadme adoraros.—No quiero que me adoren, quiero que trabajen en mi nombre; y desapareció instantáneamente.

»El guía estaba emocionadísimo y me dijo: Madre, hoy he vuelto á nacer; en mi vida pasada tuve momentos de verdadera desesperación, quise más de una vez matar á mis hijos para que no sufrieran los horrores del hambre; mas hoy de puerta en puerta iré pidiendo pan para mis hijos si no encuentro trabajo.

»—Trabajo tendrás, yo te lo prometo.

»Con harta pena nos separamos del manantial, que cada vez arrojaba con más fuerza el agua, que al chocar contra los riscos, levantaba caprichosas arcadas de

blanquísima espuma; nos detuvimos de nuevo en la casita porque me pareció notar algo no muy agradable entre sus seis habitantes; hice que la joven me acompañara á dar un pequeño paseo y sondeé su corazón.

»También en aquel rincón del mundo se agitaban las malas pasiones, los viejos envidiaban á los pequeñuelos, porque éstos eran más acariciados que ellos, la miseria hacía más penosa la situación de todos, sólo el marido de la joven trabajaba para todos, y ella harto hacía en distribuir lo poquísimo que su marido ganaba. Para evitar á una pobre familia tantos sinsabores, dí á la joven mi bolsa que estaba bien repleta, y ella se apresuró á vaciarla delante de todos diciendo:—Nuestro Señor ha pasado por aquí. ¡Cuántas bendiciones recibí! me sustraje á ellas lo más pronto que pude, pero los dos niños me siguieron largo trecho diciéndome: ¡bendita seas! ¡ya no tendremos hambre! ¡bendita seas!

»Angélica corría, gozaba por el camino, cantaba alegremente cogiendo flores, y yo contemplándola decía: Ella es mucho más buena que yo, sabe agradecer, y á mí que tanto me dan, no me puedo desprender de mis celos, de mis inquietudes, de mis pasiones; quiero ir al cielo y sin embargo me

arrastro por el lodo del infierno. Sí, sí; yo estoy endemoniada, me llaman madre, y este nombre me desespera; yo quisiera ser madre con un niño en mis brazos, porque un niño es un presente de la Providencia, un niño es para su madre el ángel que le dice: ¡Cree en Dios!

»Como entramos de noche en la ciudad, me quedé en la casa de mis padres, y allí también encontré disturbios de familia, mis sobrinos se rebelaban contra su pobre madre, y entonces me convencí que el papel de madre tenía mucho que estudiar para saberlo hacer bien, que no era lo mismo enseñar á andar á un niño, que evitar que corriera cuando hombre. A la mañana siguiente muy tempranito, nos pusimos nuestros hábitos, y nos dirigimos al Convento; la Comunidad nos recibió muy bien, supe que mi amigo el sacerdote había ido los dos días á preguntar por mí, y encontré una carta de mi primer acusador, dándome millones de gracias por su completa curación. Angélica se movía como pajarillo recién enjaulado y me decía con impaciencia: ¡Ay madre! ¿cuándo volveremos á salir? yo me ahogo aquí dentro.

»Llegó mi amigo el sacerdote y me reprimió por mi salida, diciéndome:—Encuentro muy extraño que una mujer como

vos tenga que hacer penitencia, y creed que es escandaloso que salgan las religiosas.

»—Pues contad que volveremos á salir, porque necesito respirar. Yo hice aquí un edificio claro y ventilado, pero aquí trajisteis las malas pasiones y os lo repito, necesitaba respirar.

»—De buena os habéis escapado.

»—Ya lo sé, se que os unisteis á los vuestros y me condenasteis.

»—Pero no debéis dudar de mí, recordad que os he salvado y siempre seré el mismo.

»—¿Seréis siempre el mismo para mí? pues sois un ingrato.

»En esto llegó Angélica y muy alegre le dijo al sacerdote: ¿Estáis aquí? pues en estos días no hemos pensado en vos.

»—Ya lo sé; también vos estáis contra mí, mas sabed las dos que la tormenta aun arrecia, y yo he tenido que luchar más de lo que podéis creer.

»—Lo creo, dije yo; él creyó que me burlaba y se incomodó mucho; traté de disuadirle, y le demostré que estaba en un error, en tanto que Angélica le siguió hablando tan irónicamente que él la dijo:—No os hago caso porque perdono la burla de los niños.

»—¡Ah! sí; vos perdonáis á todos menos á mí; á ésta, se lo concedéis todo, á mí... no me concedéis nada.

»Al fin se marchó el sacerdote y Angélica exclamó muy contenta: ¡Qué satisfacción estoy de haber enfadado á ese hombre, ¡es un miserable!

»—No lo es.

»—Para vos, madre, que le amáis es muy bueno, pero yo que le aborrezco sé hasta donde llega su infamia. Hablamos después mucho de nuestra salida y Angélica estaba tan entusiasmada que me decía: ¡Qué bien se está en el campo! ¡allí se vive! allí se ven hombres robustos, llenos de vida, ¡cuánto valen los hijos del pueblo! Yo escuché á Angélica, y al ver su entusiasmo dije entre mí: Esta alma despierta, hay que vigilarla.

»Pasaron muchos días, y Angélica siempre me decía lo mismo: ¿Cuándo saldremos madre? hasta podríamos llevarnos á los niños ¡pobrecitos! cómo correrían por el campo.

»Recibí nuevamente carta de mi antiguo acusador, ¡qué carta la suya! ¡qué diferencia de su primera acusación! en su carta me decía:—Nada temas, hija mía, estás bajo el amparo de una fuerza potente, eres mi hija, mi vida, mi ángel tutelar. Se hará

una función religiosa en acción de gracias por mi completa curación; y te ruego que no faltes á ella, pues se hará en la iglesia de tu Convento, tu amigo el sacerdote es el encargado de la plática sagrada, cuento que te someterás á cuanto de tí se exija, no lla-mes la atención, ni promuevas disturbios.

»Llegó el día señalado y el templo fué muy pequeño para tanta concurrencia de prelados, pues se puede decir que llegaron de toda España; hubo procesión general, y me hicieron entrar en la iglesia bajo palio, ¡cuánto sufrí con tanta mentira! de los que me rodeaban, la mayor parte hubieran lle-vado leña á la hoguera para en ella consu-mir mi cuerpo; callé para evitar escándalos y escuché al orador sagrado que estuvo elocuentísimo diciendo que había en mi Convento un agua milagrosa, y que la Co-munidad era un coro de ángeles que por gracia divina había descendido á la tierra para curar á los enfermos, y que aquel príncipe de la Iglesia se había curado gra-cias á los desvelos de la comunidad. ¡Cuán-to mintió aquel hombre! ¡qué mal le inspi-raba el Espíritu Santo! mentira y religión son sinónimos. Se acabó por fin tanta far-sa, y á tiempo concluyó, porque yo no po-día resistir más. Nos quedamos después los más íntimos, y hubo precisión de ofrecer-

les dulces y buenos vinos; allí comenzó de nuevo la comedia religiosa, y al decirme uno de los prelados:—Madre, aquí vendremos á curarnos cuando el mal nosacongoje; yo dije, cansada ya de tanta hipocresía:—Señores, no hay necesidad de venir aquí para curarse; el mundo es una casa de salud, porque la salud se encuentra donde se practica el bien; no es éste, ni aquél lugar, todos los parajes son buenos, todos; donde se hace el bien por el bien mismo, allí está la salud».





LXXXV

SALIMOS de aquella fiesta todos impresionados; pero ¡cuán diversas impresiones! yo no podía leer en todos los pensamientos, pero como por regla general, la cara es el espejo del alma, cada semblante era para mí una revelación, y por cierto, que no había dos rostros que expresaran lo mismo. ¡Cuánta es la grandeza de Dios! ¡qué variedad en las manifestaciones de su obra y qué unidad en el fin! Yo por mi parte confieso ingenuamente que estaba contenta de mí misma y orgullosa de mi modo de ser, no habiendo influido en lo más leve, en la comedia que me hicieron representar los religiosos; no, eso no; las miserias humanas y las pompas sin fundamento jamás me causaron más que asco y desprecio; yo estaba orgullosa de mi lealtad; yo no sabía mentir y no mentir en la tierra es una gran virtud; ya que la mentira es la moneda corriente que

han hecho circular los hombres desde el momento que dos tribus se disputaron las aguas de un río, la leña de un bosque, ó el fruto sazonado de un grupo de palmeras; desde el astuto esclavo al sagaz diplomático, todos han manejado á la perfección el arma de dos filos de la mentira, ¡pobre condición humana! Mi amigo el sacerdote que tanto valía por su talento, por su erudición, ¡cuánto había mentido en su discurso! ¡cuánto! se puede decir sin temor de equivocarse, que no había pronunciado dos palabras cuyo fondo fuera la verdad, cuanto había dicho todo era mentira, pero, ¡qué mentira tan llena de atractivos! ¡qué bien había hablado! ¡con qué vehemencia! ¡con qué sentimiento! ¡cuánto vale la elocuencia! ¡qué hermoso es tener talento! ¡qué discurso tan bello! cuando él hablaba, estaba yo tan encantada escuchándole, que decía entre mí:—Este hombre es tan bueno como sabio; y con mi pensamiento á cada uno de sus brillantes conceptos yo les ponía el punto final de un beso. Cuando me encontré en mi celda respiré mejor, y murmuré con pena: ¿Si se habrá ido? ¡de qué buena gana le hubiera dado un abrazo! no al hombre, al genio, al sabio, al artista de la palabra; y cuando más embebida estaba en mis pensamientos, entró mi amigo el

sacerdote, lo miré y lo encontré muy pálido, más que pálido, lívido, parecía un desenterrado.

»—¿Qué tenéis? le pregunté solícita; él me miró con enojo, y dejándose caer en mi sillón murmuró con ira reconcentrada:

»—Sois mi pesadilla en todo, en todo, en todo; creo que vamos al fin por vuestra irreflexión.

»—¿Pues qué he hecho yo? ¿no he guardado todas las formas? ¿no he asistido á la función religiosa? ¿no he dejado que hicieran conmigo la más indigna de las comedias prodigándome honores que no merezco? ¿no he permanecido entre todos ellos, bien en contra de mi voluntad? ¿qué más se quiere de mí?

»—Lo que nunca podréis dar: obediencia y sumisión; por eso cuantos han venido os odian, porque os dais á conocer, porque no sabéis ser buena religiosa. Durante el tiempo que habéis estado en la iglesia, habéis estado inquieta, impaciente, nerviosa, vuestra mirada en vez de fijarse en el altar, ha buscado anhelante..... ¡qué sé yo lo que buscaba! y el rato que hemos estado en la mesa, habéis hablado poco y mal, rematadamente mal, queréis destruir el milagro y faltáis abiertamente á vuestros superiores.

»—Pues yo no quiero mentir como mentís vosotros; cuando muera me haréis santa, y diréis mentiras sobre mentiras dándome virtudes que no he tenido, y milagrosidades que la razón rechaza, y yo no quiero mentir; vosotros queréis hacer de mi Convento una casa de explotación, y yo quiero que sea un puerto de salvación para los enfermos, ni más, ni menos: vosotros queréis el milagro que engaña, y yo quiero el trabajo que auyenta los vicios y la ciencia que demuestra que sólo Dios es grande; vosotros queréis lo maravilloso, lo sobrenatural, lo incomprensible, y yo quiero lo sencillo, lo natural, el resultado de la investigación en el gran taller de la naturaleza, donde todo es útil, desde la zarza espinosa hasta la flor más delicada y más aromosa. Vosotros pobláis vuestros cielos de santos, yo quiero hombres sabios que sirvan de catedráticos en la Universidad de este mundo, el milagro engaña, la ciencia enseña, el milagro adormece las facultades del alma, el estudio despierta al más ignorante; mas dejando cuestión tan enojosa, dejadme que os diga que habéis estado admirable, ¡qué elocuencia! ¿por qué no habéis dicho la verdad?... y le miré de un modo, que él dijo irritado:

»—No me miréis así, no quiero que me dominéis.

»—Pero si yo no quiero dominaros, ¡qué ingrato sois conmigo! ¡cómo me rechazáis!

»—Os rechazo con dignidad.

»—Pues os advierto que las humillaciones ya me van cansando, yo os brindo mi amor, pero mi amor á vuestro talento, á vuestro genio sin rival, no al hombre, porque como hombre no sois digno de mi amor; sois un sér insensible, si fuerais capaz de sentir me habríais amado por compasión. No en vano *alguien* me ha dicho: Ese hombre no es tu amigo, no puede amarte; y es verdad.

»—Más me valiera no haberos conocido, porque no me dejáis vivir ni descansar; cuando no os veo, quiero veros, y cuando os veo, quisiera huir de vos cielos y tierras. Antes de conoceros yo era grande por mí mismo, porque me propuse serlo y lo fuí, y ahora no sé lo que pasa por mí, que por mandato de otro me he convertido en criado y vengo diariamente á preguntar por vuestra salud, teniendo tantos servidores á quien mandar.

»—No mandáis á vuestros criados, porque os interesa venir á vos, es un buen pretexto para ver á otra mujer, venís por ella, no por mí; para ella son vuestras mi-

radas y vuestros deseos no satisfechos, porque sois la gota de agua que queréis horadar la piedra, ahora os contenéis, os contentáis con esperar, porque el día de mañana es la esperanza que sonríe á todos los enamorados.

»—Tenéis razón, vengo por ella, no quiero ser hipócrita.

»En aquel momento entró Angélica con un ramito de flores, que me presentó gozosa, pero al ver al sacerdote se impacientó y le dijo: Si os viera en el campo, creo que allí os abrazaría, pero al veros aquí dentro, no lo puedo remediar, os odio, ¡qué malos habremos sido los tres! vivimos disfrazados, nuestro traje es el sayal del esclavo, os miro y me miro, y me avergüenzo de no ser mujer, ¡qué traje más bonito es el que usan las mujeres del pueblo! las que ví el otro día ¡cuánto me gustaron! Muchas de ellas llevaban sus hijitos en brazos: allí... en el campo hay vida, hay amor, todo sonríe, todo dice ¡ama! ¡ama á Dios en su obra! que es la reproducción eterna.

»El le miraba encantado, como yo encantada le miraba á él, y ella seguía hablando sin fijarse en la impresión que causaba en el sacerdote; como si la preocupara una idea fija prosiguió diciendo;—Si vierais, ¡qué bueno es estar en el campo! allí

mi madre hizo brotar agua, puso su dedo en la roca y brotó agua, porque nuestro Padre que está en los cielos la hizo brotar; pero de esa agua, que es el agua de la virtud, no beberéis los religiosos que sólo sabéis mentir. El sacerdote se incomodó ante alusión tan directa y yo le dije:

»—No hagáis caso de Angélica que á veces se convierte en una chiquilla mal criada; si queréis beber de esa agua, os diré dónde está el manantial y donde vive el guía que nos acompañó y allí beberéis hasta saciaros, que el agua de Dios es para todos sus hijos.

»Se levantó el sacerdote y salió tan contrariado que ni siquiera nos saludó; y ya fuera de mi celda se alejó apresuradamente. Angélica volvió á insistir en salir al campo, pero yo la hice comprender que era otra su obligación, que los niños la reclamaban, y como ella era muy buena en el fondo, se entregó con nuevo ardor á sus tareas ordinarias, sin dejar por esto de recordarme diariamente su deseo de pasar otro día en el campo, á lo que yo contestaba que tuviera paciencia, que con tiempo y sol maduraban las uvas; pero tantos y tan repetidos fueron sus ruegos, que al fin la dije: —Bueno, tal día saldremos, pero volveremos por la noche, fuera del Convento no

podemos quedarnos. Angélica se avino á todo, su cuestión era salir á respirar mejor, que en verdad lo necesitaba, porque la pobre pasaba su vida entre niños enfermos, á los cuales cuidaba como la mejor de las madres ¡era tan buena!

»La víspera de nuestra proyectada salida, recibí varios pliegos, y uno de ellos me llamó la atención, por el sello que lo cerraba, en el cual había castillos y leones, bandas y cruces y una corona condal, todo del mejor gusto; al tener el pliego entre mis manos, le dije á Angélica:—Creo que esta carta nos impedirá salir mañana.—Pues leedla pronto, madre mía, y así saldremos de dudas. La abrí temblando sin saber por qué, y me encontré con una epístola admirablemente escrita, no había una sola falta ni en el fondo ni en la forma, siendo la letra de lo más precioso que yo había visto; la carta estaba concebida en los términos más expresivos y más cariñosos, en síntesis decía:—¡Madre mía!... ¡madre de mi alma! dentro de poco estaré en vuestros brazos, porque necesito que les devolváis la salud á mis hijos, firmaba la carta la Condesa de Castro-Enriquez, título para mí completamente desconocido, y sin embargo, la condesa en su carta dejaba traslucir que me debía más que la vida

porque me debía la salud y la belleza. An-
gélica se contrarió muchísimo y hasta me
aconsejó que la hiciéramos esperar un día;
mas yo la dije: Nunca esperes á mañana
para hacer un bien; esta mujer espera que
yo la daré la salud á sus hijos, y cuanto
antes debo hacerme cargo de esos desven-
turados, que si han nacido en dorada cuna,
no por eso se han visto libres de una en-
fermedad horrible, que aunque no los he
visto me lo figuro, pues cuando hasta aquí
llegan, es señal que la ciencia los ha des-
ahuciado, los pobres, los plebeyos, creen
en el milagro, los nobles y los ricos no se
toman ni el trabajo de creer.

»La condesa no se hizo esperar, sentí el
ruído de dos carruajes y me apresuré á
salir á su encuentro; de uno de los coches
bajó una mujer hermosísima que se arrojó
en mis brazos llorando amargamente y di-
ciéndome:—¡Madre! os adoraré de rodillas,
se acabaron mis infamias y mis traiciones;
miradme, ¿no me reconocéis?

»—Sí, María, te reconozco; y tienes ra-
zón, una madre no puede ser infame, si
eres madre ya estas santificada; y estreché
entre mis brazos á María, á la niña que
recogí en su infancia, la que se vengó de
mi indiferencia acusándome ante la inqui-
sición, pero ya era madre y para mí era

un alma redimida. Pasados los primeros transportes de la reconciliación, se volvió hacia un hombre entrado en años y con humildad me presentó á su esposo, que era un tipo elegante y distinguido; éste, quiso arrodillarse y besarme la mano, mas yo se lo impedí, y él me dijo:—Madre, dejadme que os adore, porque espero de vos mi gloria en la tierra y mi salvación en el cielo; tenemos tres hijos pequeñitos que son mi tormento y mi desesperación, viven muriendo y de vos espero su renacimiento.

»Angélica y otras monjas se habían cuidado de sacar á los niños del otro carruaje ayudadas por dos criadas de María; y los habían colocado sobre blandos almohadones, entramos á verlos y me quedé espantada. ¡Pobrecitos! no eran feos, pero eran tres seres engendrados en el vicio, estaban como frutos podridos, apestaban los infelices, y eso que iban cubiertos de encajes y de finísima batista, miré á sus padres y les dije por lo bajo:—Habéis sido muy culpables, porque habéis satisfecho vuestros deseos sin pensar que vuestros hijos tendrían derecho á maldeciros.—Tenéis razón, madre, murmuró el Conde con profunda tristeza, y aunque muy tarde he reparado mis yerros, al nacer mi último hijo dí mi nombre á María, los dos hemos pecado mucho,

pero es tanta nuestra pena, que yo creo que Dios tendrá misericordia de nosotros. María me dijo: Sólo en ella confío, aquella mujer es una santa, yo la he visto hacer milagros. Madre, tened piedad de mis hijos.

»Yo, mientras el Conde hablaba miraba á los niños que al parecer estaban cubiertos de lepra, ¡pobrecitos! eran tres pequeños monstruos, y mientras más horribles me parecían, más segura estaba de salvarlos, así es, que le dije al Conde:—Yo los curaré.—¿Cómo lo haré? no lo sé; pero yo los curaré, dejadme hacer, y vosotros podéis marcharos si queréis, que á los enfermitos no les faltarán tiernos cuidados.

»—¡Ay, madre mía! dijo María abrazándome de nuevo, dejadnos permanecer al lado de nuestros hijos, si mueren queremos recibir su último beso, y si se salvan su primera sonrisa.

»Encargué á Angélica que atendiera debidamente á María y á su esposo, y me retiré á mi celda á reflexionar; á poco entró Angélica diciéndome con el enojo de un chiquillo contrariado:—¡Qué salida al campo, madre! ¡qué salida!..

»—Sí, Angélica, saldremos al campo de la ingratitud y allí sembraremos buenas obras, cumpliré con un deber sagrado; á la madre de esos niños la desatendí en su

juventud, no le dí lo que ella necesitaba, la dejé abandonada á sus fuerzas y cayó en el abismo de la prostitución y del crimen; ella se vengó después de mi inconsciente desvío, me hizo todo el daño que pudo, gozó en mi tormento, y más tarde le devolví su belleza perdida; hoy me pide la salvación de sus hijos, de cuyo infortunio yo también tengo un tanto de culpa, por no haber velado por su madre en su primera juventud. Confío salvar á esos niños, sé que los salvaré, pero tengo miedo, ¡mucho miedo!

»Me acosté pidiéndole á Dios, uno de aquellos arranques de inmensa fe, en los cuales mi voluntad levantaba las montañas de los desiertos humanos y las reducía á polvo, libertando á los esclavos de su horrible esclavitud. Al día siguiente dí mis instrucciones á Angélica, que era mi mejor auxiliar, porque me entendía sólo con mirarme, y dí comienzo á la curación de los niños. He de advertir, que aunque parezca inverosímil mi relato, es rigurosamente exacto lo que refiero, y no porque escaseen seres dotados de cualidades curativas, dejan éstos de existir en mayor ó menor número, y muchos existen que pasan completamente desapercibidos, y que únicamente os decís unos á otros: Junto á Fulano, ó junto á Mengano, ¡qué bien se está!

sin saber por qué al lado suyo unose tranquiliza; pues esos seres de buena influencia, harán con el tiempo lo que hice yo después de muchos siglos de trabajar en mi redención. Los hombres nacen no para vivir aislados, nacen para ser el complemento los unos de los otros; yo así lo tenía ya entendido, y curar era mi bello ideal, y cuanto mayor era el mal, más se imponía mi espíritu la obligación de luchar y vencer; así es, que al entrar en el aposento donde estaban los niños enfermos y sus padres, impuse silencio y me acerqué al niño mayor que tenía cinco años, cuatro el segundo, y tres el tercero. Le coloqué mis manos sobre su leprosa cabecita y le miré fijamente, pero á poco, noté con espanto que todo lo veía á través de un velo rojo, mientras que mis manos, cada dedo era una fuentecilla que arrojaba gota á gota un líquido amarillento muy apestoso. Ante aquel experimento me horroricé, y oí que me decían: —Cura á esos desgraciados, cúralos. Volví á comenzar y se aumentó el mal de mis ojos, el velo rojo se trocó en velo negro, y las manos ya no destilaban la materia putrefacta gota á gota, el líquido apestoso era más abundante, pedí agua, mucha agua, y me fuí lavando hasta concluir la primera cura. Todos estaban espantados y yo la pri-

mera; pero oía de continuo: Cúrales, no temas, no te impacientes; pedí más agua y con ella rocié copiosamente á los enfermitos, reposé algunas horas que debieron parecer siglos á María y á su esposo, después pedí tres tinas, las que hice llenar de agua, y sucesivamente fuí bañando á cada niño; el mayorcito decía:—Madre, dejadme morir.—No, hijo mío; ¡curado estás! y se lo dije con tal energía y tal convicción que todos lanzaron una exclamación de asombro. Cuando concluí de bañar á los niños, parecían otros completamente, ¡pobrecitos! ya no estaban horribles, había desaparecido la lepra y el mal olor, María me miraba contenta y aterrada, porque yo me puse horrible, y á toda prisa tuve que pasar á otro aposento y bañarme dos veces, porque sentía un malestar espantoso. María no se separaba de mí, y yo la dije:—Ya ves lo que sucede:—¡Ay, madre! si yo hubiera sabido lo que ha sucedido, no vengo, no; mucho quiero á mis hijos, son mi vida, pero no me me creo con derecho de asesinaros.

»—No temas, todos nos salvaremos; y durante tres días repetí los baños, con tan feliz éxito, que los tres niños quedaron curados, curados radicalmente, ¡qué hermosos eran! no los dejé marchar hasta pasado un mes, al verles jugar y correr por el

huerto, mi alegría era inmensa, y cuando más alegre estaba, oí una vocecita que me decía:—Ya estás contenta, ¡qué pequeñitos sois! en el peligro siempre os quedáis tamaños, siempre desconfiáis.

»Es verdad, yo desconfié muchas veces, muchas; y no debía haber desconfiado, porque me adelanté á mi tiempo y realicé, sin saberlo, curaciones que entonces no tenían explicación, y que la ciencia más tarde se encargó de explicar.

»Cuando María se marchó con sus hijos, no sabía cómo demostrarme su inmensa gratitud: su esposo no podía hablar, me abrazó con tal frenesí, que parecía mentira que un hombre entrado en años tuviera en sus brazos tanta fuerza. María me juró por lo más sagrado, que me adoraba como á una madre, como á una santa, como á la representación de la Providencia; y desde entonces fué mi más fiel aliada en la tierra y en el espacio; la salud de sus hijos me valió el perdón de la niña ofendida; ella en su juventud me pidió un cariño que yo sin saber por qué no le concedí, y más tarde me expuse á quedarme ciega por devolver la vida á sus hijos. María santificada por el dolor, y por el martirio supo agradecer mi sacrificio. Un enemigo menos es un rayo

de sol en la eternidad, y María había sido un enemigo terrible.

»Cuando nos quedamos solas, Angélica me miró diciéndome: ¡Ay, madre!...—No prosigas, mañana iremos al campo.

»—¿Y si viene algún otro pliego esta tarde?

»—No lo abriremos, tenemos ganado un día de Sol».





LXXXVI

PASADO aquel turbión en el cual luché tanto, cuando al día siguiente me dí cuenta de lo ocurrido, me horroricé; porque hay crisis en la existencia, que si no fuera por la ayuda espiritual, ¿qué sería de nosotros? Mientras más pensaba en las curaciones realizadas, más pigmeo me veía y al mismo tiempo más gigantesca me parecía mi insignificante figura. Maquinalmente me asomé á la ventana del centro de mi celda, miré al espacio y dije: ¡Dios mío! ¡qué grande eres! te vales de los átomos para hacer obras titánicas, maravillosas, aquellos niños traían inoculado en sus venas el veneno más mortífero que se conoce en la Tierra, y yo destruí la acción del veneno, yo renové aquella sangre putrefacta, yo arranqué de raíz aquel virus ponzoñoso, yo de monstruos informes, hice criaturas bellas y atractivas. ¡Yo, Dios mío! ¡yo que nada soy! yo que desconozco por com-

pleto los principios fundamentales de la ciencia médica. Yo, por tí ¡Dios mío! he sido un poderoso agente de la Providencia, ¿y qué es la Providencia? una demostración innegable de tu divina voluntad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡yo te adoro! ¡yo te adoro! porque tú eres la verdad de la vida!

»Oí entonces que la brisa murmuraba y decía: ¡Eres una santa!... ¡una santa! y yo dije con exaltación:—No, no; yo no soy santa; en la naturaleza no hay más que un Santo y ese eres tú ¡Dios mío! por eso yo ¡te adoro! te adoro porque tú eres la verdad de la vida, ¡cuánto anhelo estar cerca de tí!... y dijo una *florecita del cielo*:

»—Basta, basta, aun no es hora de subir tan alto.

»—Tienes razón, flor querida; perdona mi loco extravío.

»—¡Ya te creces! ya te creces!

»—¡Ay, flor mía! ¡qué buena eres! á tí y á tus compañeras ¡cuánto os debo! sois para mí el cielo en la tierra; nunca os marchitáis, sois la imagen del amor de Dios; y caí de rodillas dominada por la más dulce y la más pura de las emociones; al verme arrodillada dijo otra *flor del cielo*:

»—No tanto, no tanto, cuida de tener los pies fuertes, la cabeza erguida, y la voluntad firme, los extáticos no trabajan, y sin

trabajo no hay vida; y como si alguien me levantara, me sentí levantar y me dejaron sentada en mi sillón, y allí lloré, lloré mucho, y aquel llanto me hizo mucho bien; porque equilibró mis fuerzas, que siempre estaban en desequilibrio.

»Entró Angélica y me dijo con la más tierna solicitud:

»—¿Lloráis, madre?

»—Oraba, hija mía.

»—¿Os hablaban las flores?

»—Sí, me hablaban.

»—¿Y á mí no me decís nada *florechitas del cielo*?

»Las *flores* no contestaron al pronto, después dijo una de ellas:—Nada te decimos porque por ahora sólo puedes aspirar nuestros aromas; y esparcieron entonces todas ellas sus delicados y variados perfumes.

»—¡Ay, madre! con vuestras flores y vuestros rezos, os habéis olvidado de vuestra promesa; ayer me dijisteis:—Mañana saldremos—y... no hemos salido.

»—No te impacientes, mujer, y da tiempo al tiempo y descanso al que descanso necesita; hoy yo no hubiera podido andar, mañana ya será otra cosa; prepáralo todo convenientemente, da las órdenes necesarias para que los niños no te echen de menos, y mañana muy temprano saldremos.

Efectivamente se cumplieron los deseos de Angélica, salimos al amanecer y ella lanzó al aire las más alegres y ruidosas exclamaciones diciéndome:

»—Madre, ¡esto es vivir! aquí no hay muros como en el huerto del Convento, habéis hecho una prisión muy clara y muy alegre, muy espaciosa, pero prisión al fin; allí siempre se ve lo mismo; las mismas flores, los mismos árboles, las mismas caras, y gracias que hay el Asilo de los pobres, mas para ver miserias y penas más valiera no verlas.

»Yo la dejaba hablar y me parecía un pajarillo escapado de la jaula que piaba, piaba sin saber volar. Llegamos á casa de nuestro guía y lo encontramos en la puerta de su casa, al vernos, salió á nuestro encuentro diciendo:

»—Ya os esperaba, madre, el corazón me decía que teníais que venir, y hoy me alegro más que nunca de su venida porque allá en la fuente hay una sorpresa.

»—¿Una sorpresa? ¿y qué es ello?

»—No puedo decirlo, me han exigido juramento de que no diga lo que hay allí.

»—Bueno, pues cállate, de todos modos no pensaba ir hoy á la fuente.

»—¡No! ¡Ay, madre! ¿por qué no váis á la fuente?

»—Por hoy no puede ser.

»—Es que allí hay hoy personas que habéis curado, y allí está también el sacerdote amigo vuestro, y por cierto que gracias á él, ya no padecerán mis hijos los horrores del hambre; por haberle guiado al manantial que brotó en la roca bajo vuestro dedo, me aseguró la existencia de toda mi familia, ¡qué bueno es! ¡qué bueno es, madre! ¿y de veras no queréis ir á la fuente?

»—No, hoy pasearemos por otro sitio más cercano.

»—¿Entonces no necesitáis mis servicios? ¡cuánto lo siento, madre! ¡cuánto lo siento!

»—Pues no te apures por tan poco, que nos acompañarás.

»—¿Queréis vestiros de mujeres del pueblo?

»—Sí; sí; dijo Angélica, será mucho mejor.

»Comprendí que mi compañera tenía razón; entramos en la casa y pronto cambiamos de traje, quedando perfectamente disfrazadas, pues aquellas humildes ropas las llevábamos lo más mal posible. Salimos al campo y Angélica corría como un cervatillo; el guía la miraba sonriendo, y yo iba muy preocupada pensando en mi fuente, porque por un sentimiento, hartó egoís-

ta, me dolía que profanasen aquel lugar, donde se había verificado un suceso tan maravilloso. ¡Cuán pequeño era mi espíritu en aquella ocasión! quería acaparar para mí sola aquel tesoro que gratuitamente me habían dado! no en balde había pasado tantos años entre los religiosos; me contagié con su miseria.

»El guía me dijo:—En lugares cercanos no encontraréis ningún sitio que os agrade como aquel de la fuente; hay que ir más lejos para encontrar buena vegetación; por aquí cerca, sólo hay una vertiente en cuyo fondo de la misma tierra y entre matojos brotan algunos chorrillos de agua no muy limpia, y cerca de este lugar hay unas cuantas chozas de gente tan pobre como alegrota, que se pasa la vida cantando y renegando de Dios.

»—Visitaremos ambos puntos, ya que están tan cerca el uno del otro; y efectivamente, comenzamos á descender por la vertiente, hasta encontrar los chorrillos del agua descritos por el guía; el agua brotaba algo turbia; allí nos sentamos y comimos tan á gusto que Angélica parecía una chiquilla hambrienta. Yo, sin poderlo remediar, estaba triste, meditabunda, y el guía me decía:

»—¿Qué os parece esta agua tan turbia?

»—Me parece una agua muy buena.

»—¿Muy buena una agua tan sucia?

»Yo me sonreí y me fijé en Angélica que corría y saltaba y trepaba como si fuera una chiquilla de pocos años, y tanto corrió y tanto saltó, que al fin le dije:—Te vas á caer.

»—Pues si eso es lo que busco; quiero tener emociones fuertes, y es más, creo que aquí, aunque me cayera, no sentiría la menor molestia. En el cielo no puede haber dolores, y esto es un cielo; y como si la fuerza de los hechos se encargara de darle una lección, corrió de nuevo, se le quedó prendida la falda en unas matas espinosas, tiró de ella, y perdiendo el equilibrio cayó de cara contra un montoncillo de piedras. Angélica quiso reírse, pero al llevarse las manos al rostro y verse éstas manchadas de sangre, rompió á llorar como niña mimada diciéndome:—¡Ay, madre! ¿también en el cielo se sufre?

»—Pero por poco tiempo; creo que esta agua te curará.

»—Serán vuestras manos.

»—No, no; será esta agua; desde el momento que llegué dije entre mí: He aquí un tesoro escondido, y ahora lo veremos; sin perder tiempo le lavé la cara con aquella agua, y como por encanto, los rasguños

y los arañazos desaparecieron. El guía nos miraba y decía:—Madre, donde vos estáis milagro al canto.

»—No, hombre, no; no hay más milagro que miro y encuentro lo que la generalidad no encuentra; desde que ví esta agua turbia, me hice cargo que era una agua mineral que contenía sustancias aprovechables, quizá para curar muchos males.

»—Pues yo creo que son vuestras manos, dijo Angélica, y... ¡si vierais, madre, lo que me duelen las rodillas!... ¡Ay, cuánto me duelen! El guía se alejó prudentemente, y yo le dije á Angélica:—No quiero que te fanatices, acerca tu rodilla al chorro del agua y verás como sin la imposición de mi mano te curas, ó al menos te alivias; y así sucedió. Angélica no tenía fractura alguna, pero sí la carne de las rodillas magullada; al vérselas en tan triste estado lloró amargamente; la consolé cuanto pude, y la obligué á colocar las rodillas, de manera que el agua cayera sobre ellas, y sin yo tocarlas para nada, hizo el agua su maravilloso efecto, quitó la hinchazón y el color amoratado, quedándole únicamente un dolor sordo fácil de soportar y de sufrir. Partí un pañuelo en dos, y mojando ambos trozos hice dos vendas improvi-

sadas, con las cuales le vendé las rodillas, y Angélica se puso tan contenta al verse curada diciéndome: — ¡Ay, madre! ¡qué amargo es el dolor! ni aún en el cielo cambia de sabor.

»—No, hija mía, no; el dolor siempre es el mismo, porque por regla general, es el resultado de nuestras torpezas y de nuestras locuras, y siendo siempre la causa originaria la misma, tienen que ser los mismos sus efectos, porque las leyes de la naturaleza son inmutables. Ahora iremos á ver esas chozas, habitadas por gente pobre y alegre.

»—¿Y qué haremos entre esa gente? ¿oir quejas y sandeces?

»—No seas egoísta; ya has disfrutado toda una mañana, justo es pensar en los pobres.

»Emprendimos la marcha y Angélica ya no corría, ya no quería recibir impresiones fuertes, antes al contrario, se apoyaba en mi brazo con dulce abandono.

»Llegamos ante una choza y una mujer no muy vieja, pero sí muy encorvada, se asomó á la puerta, nos miró con impertinente curiosidad y nos dirigió una broma muy estúpida. Angélica se rió de sus insulsas palabras, y me dijo: parece un perro sentado; la mujer se incomodó por las

risas y las frases de Angélica, entonces yo la dije:

»—Calmaos, pobre mujer, no hay para tanto.

»—¿Y por qué me he de calmar?

»—Porque debéis calmaros, porque quizá yo os pueda consolar.

»—¡Ah! ¿sí? ¿me daréis algo? Le dí algunas monedas y la mujer miró codiciosamente las muchas que me quedaban.

»—¿Por qué estáis así tan encorvada?

»—Porque me sucedió una desgracia hace mucho tiempo; y me contó muchas mentiras, porque á la legua se le conocía que aquella infeliz era un saco de imperfecciones; y tratando de suavizar su voz y lanzando miradas codiciosas á mi bolsa, me decía por lo bajo:—Entrad, entrad vos sola en mi choza y allí os contaré muchas cosas más, que sólo quiero que vos las sepáis. No temáis nada, que soy la mujer más honrada del barrio; y maquinalmente extendía su mano hacia mi bolsa; vamos, venid.

»—No entraré en vuestra choza.

»—¿Y por qué?

»—Porque vuestra choza está sucia, como sucio está vuestro cuerpo y sucia vuestra conciencia. Al oír mis palabras la mujer se encolerizó, y llamando á unos

chiquillos sucios y desarrapados, les dijo señalándome con su diestra: Esa, esa es una bruja que me ha insultado. Decir ella estas palabras, y caer una lluvia de pequeñas piedras sobre mí, todo fué uno; y yo entonces, sintiendo uno de aquellos arranques míos, exclamé:—Mujer, tú me has apedreado y yo te devolveré piedra por piedra. ¡Enderécese tu cuerpo, y mira al cielo que hartó tiempo has mirado la tierra! y con la potencia de mi voluntad, aquel cuerpo encorvado se enderezó, y á pesar suyo, la mujer miró al cielo lanzando un grito de espanto y se refugió en su choza chocando su cabeza contra la puerta que ya era demasiada baja para su cuerpo estirado; lanzó una maldición y yo seguí mi camino diciendo: ¡Y á ese cuerpo lo anima un alma!

»Las mujeres fueron saliendo de sus chozas y al vernos, todas se reían, porque en verdad íbamos tan mal arregladas, que no preveníamos en nuestro favor, y mal lo hubiéramos pasado á no ir con el guía; á éste le conocían toda aquella gente, y gracias á él tuvimos la fiesta en paz. Angélica se fijó en una joven que daba de mamar á un niño, y con su franqueza habitual se detuvo y exclamó:—Venid, madre, venid, ¡qué hermoso es esto! ¡es la imagen

de la vida! ¡qué bueno será dar de mamar á un niño! ¿le queréis mucho?

»—Ya lo creo, si es mi hijo; ¡si será tonta esta mujer! ¿qué madre no quiere á su hijo? y la joven miró á Angélica con una sonrisa tan burlona que me hizo daño. Me acerqué más á mirarla y conocí que estaba muy débil, y la dije:—¿Es verdad que cuando dáis de mamar á vuestro hijo, á pesar de quererlo tanto, os duele la espalda y el pecho?

»—La joven me miró temerosa y dijo:—¿En qué lo habéis conocido?

»—En vuestra pobreza, ¿verdad que sois muy pobre? sois tan pobre como buena.

»—Es verdad, no le he hecho daño á nadie, me casé muy enamorada, y tenemos sobra de amor y falta de trabajo, mi marido es muy desgraciado, siempre busca y nunca encuentra donde trabajar.

»—Pues ya ha encontrado, porque tu hijo necesita más alimento, y es lástima que se malogre un niño que promete mucho; yo haré que le den trabajo, ya lo verás como tu marido trabajará y tu niño prosperará, merece vivir porque valdrá mucho.

»—Eso digo yo, dijo una anciana.

»—¡Esa mujer lo sabe todo! replicó una

muchacha muy andrajosa. ¿Si será una bruja?

»—No soy bruja, pero tengo un talismán. Tal dije, todas me rodearon, todas querían saber qué males tenían. Se adelantó un viejo muy burlón y me dijo sonriéndose:

»—¿Y yo qué mal tengo?

»—Una vida trabajosa, y un vicio persistente, vicio que os debilita, que os hace doblar las rodillas, y apoyando mis manos en las rodillas del anciano, éste me miró, se puso muy serio y me dijo:

»—Perdonadme, soy muy incrédulo, pero ahora juro y creo que tenéis un talismán, porque me siento más fuerte; y anduvo algunos pasos rápidamente.

»—El guía no estaba muy tranquilo entre aquella gente, tanto es así, que sin pensar lo que decía se acercó á mí y me dijo:

»—Madre, ya es muy tarde, tenemos que irnos. Aquel nombre despertó la curiosidad general; comprendieron que el guía por su edad no podía ser mi hijo: y muchos dijeron: madre... madre... ¿qué madre será ésta? la joven del niño se acercó á mí y me dijo humildemente: Ya me pareció que no erais una mujer del pueblo, y adivino quién sois. No me olvidéis, ma-

dre, que cuando doy de mamar á mi hijo, se me llena la boca de sangre.

»—¡Pobrecita!... disimuladamente le di muchas monedas, y repartí las demás entre los que me parecieron más necesitados, y emprendimos la marcha. Al pasar por delante de la choza donde vivía la mujer que curé, ésta se presentó amenazadora diciéndome: Tú me has puesto derecha, pero con buenas palabras me has llamado ladrona, y yo sabré quién eres; si piensas que me has hecho un bien, no te lo agradezco, porque yo vivía muy bien mirando al suelo; ya sabré quién eres y te acordarás de mí. Angélica se asustó mucho, y yo la dije:—Compadécela, esa infeliz es muy desgraciada, ¿quieres mayor desgracia que preferir la vida de los topos al vuelo de las águilas? esa mujer que hoy puede mirar al cielo y prefiere mirar al fango de la tierra, ella misma se condena á Galeras por los siglos de los siglos.

»Llegamos á la casa del guía, y le pedí albergue por aquella noche; su familia vió el cielo abierto, todo les parecía poco para obsequiarnos; recibí muy contenta sus demostraciones de cariño y de respeto, el guía decía que nunca había soñado con recibir honra semejante, y Angélica estaba tan contenta entre aquellas buenas gentes,

rodeada de cuatro niños á cual más cariñosos, que me decía:—¡Ay, madre! ¡qué arrepentida estoy de ser monja! cualquiera es más feliz que nosotras, ¡qué bien se está aquí!

»—Bueno, bueno, piensa en descansar, que mañana muy temprano volveremos al Convento, recogeremos dinero y otras cosas, y volveremos á visitar las chozas, que allí tenemos mucho que hacer, y hoy no hemos hecho más que comenzar».





LXXXVII

Muy de mañana al día siguiente, nos dirigimos á nuestro Convento, y tan de mañana era, que aun dormía la Comunidad, recogí bastante dinero en oro y en cobre, y Angélica salió contentísima, porque al verse fuera del Convento no sabía lo que le pasaba ¡pobrecilla! ¡qué arrepentida estaba de ser monja!

»Nos acompañó el guía, y por cierto que iba preocupadísimo; comprendí que volver al lugar de las chozas le contrariaba en gran manera; se lo hice presente y él me contestó con ingenuidad:

»—Sí, madre, ¿por qué negarlo? ¿qué haréis allí? ayer os apedrearon, y hoy no sé que harán con nosotros, ni lo que yo tendré que hacer porque allí hay gente muy mala; parece que se ha dado cita lo peor de cada casa.

»Angélica por su parte iba á favor del guía, con el que hacía muy buenas migas,

y animada por las palabras de aquél, me dijo muy resueltamente:—Yo salgo para gozar, no salgo para sufrir.

»—Sí, para todo habrá tiempo.

»—Si queréis, madre, iremos á otro punto, donde la gente no es tan mala como ésta, y también son muy pobres, añadió el guía.

»—Iremos á concluir la obra comenzada ayer, y hoy que vamos con nuestro propio traje, quizá no nos apedreen.

»Angélica y el guía se miraron como diciendo: hay que obedecer; y emprendieron la marcha tan engolfados en una animada conversación que andaban y andaban sin cuidarse de mí; yo mientras tanto iba muy meditabunda pensando en lo inconocido, y oí la voz de siempre que me decía:

»—Este, éste es el trabajo provechoso, ya debías haberlo hecho mucho antes, pero vamos, aun es tiempo.

»—¿Y habrá mucho que hacer?

»—No te preocupes, ¡has hecho tantas obras buenas! ¡y á donde vas puedes hacer un bien inmenso!

»—¿Sí? ¡cuánto me alegro! y... ¿me quieres mucho?

»—Algo más de lo que se quiere en la Tierra.

»—¿Y cuándo me iré de este mundo?

»—No hagas semejantes preguntas.

»—Es que estoy harta, muy harta de estar aquí.

»—Buena preparación para hacer obras de misericordia.

»—Es que estoy sola, muy sola; es que estoy triste, muy triste, el vacío se aumenta en torno mío, todos mis deudos y mis amigos se van!..

»Llegamos ante las chozas, Angélica y el guía se detuvieron, y entonces sentí mucho frío, creí que mi amigo invisible se había separado de mí y sentí profunda pena; mas de nuevo oí su voz dulcísima que me dijo:—No temas, no estás sola. Con esto me animé, me puse entre Angélica y el guía y anduvimos hasta encontrar una plazoleta, donde había toscos asientos de piedra; allí nos sentamos á descansar, Angélica y el guía siguieron hablando, y yo pensaba en la eternidad de la vida y decía entre mí: Si no hubiera para las almas más patrimonio que lo que aquí se siembra, mejor dicho, que lo que aquí se recoge, ¡qué triste sería vivir!.. la vida entonces sería el peor de los castigos, el suplicio más horrible, la crueldad sin límites puesta en acción, la negación del amor supremo, y en Dios no caben negaciones.

»Los habitantes de las chozas, fueron

abriendo las puertas de sus pobres viviendas, y el despertar de aquellos infelices era lo más repulsivo que yo había visto; los chiquillos parecían un enjambre de moscardones, los unos lloriqueando, los otros blasfemando, los menos riendo destempladamente, las gracias de la infancia parecían negadas á aquellos pobres seres, ¡infelices! ¡lo que puede el abandono, la miseria, la falta de aseo! ¡los niños! los niños que son lo más bello de la naturaleza, allí parecían todos feos, ¡pobrecitos! y algunos de ellos no lo eran, tenían un conjunto agradable, ¡pero estaban tan sucios!.. ¡olían tan mal! á la legua se conocía que huían del agua como de la peste; uno de ellos más atrevido se acercó á mí, me besó la mano con mucha timidez, y después se revolcó por el suelo con pasmosa ligereza, y vino á cobrar el precio de su trabajo pidiéndome dinero.

»—Acércate más.

»—No; no; que voy muy sucio y os mancharé el manto.

»—No importa.

»—¿Pero no me dáis dinero?

»—No, hijo mío, yo no doy nada.

»Angélica cogió al niño y le dió una moneda de cobre, y éste enseguida se familiarizó con ella, diciéndole: Tú eres más bue-

na, tú das algo, aquélla no da nada, y haciendo un mohín graciosísimo, se fué haciendo piruetas; tras de aquél, vinieron todos los niños del lugar, todos nos pedían dinero y Angélica seguía dando monedas de cobre, mas como todas no eran del mismo valor, encargaba al niño que le tocaba en suerte mayor cantidad, que la cambiara en moneda más pequeña y la repartiera entre sus compañeros, pero aquellos niños, ante el dinero ya no eran niños, eran hombres viciosos, pedigüenos y pendencieros; y se robaban los unos á los otros, con una destreza, con una ligereza y una habilidad, que parecían ladrones consumados; los despojados no se contentaron con el papel de víctima, y pronto las piedras volaron por el aire, y un niño cayó muy mal herido, y su madre salió diciendo: ¡Malditas monjas! ¿á qué habrán venido? ¡fuera de aquí! A los gritos de la mujer salieron varios hombres, los unos con cuchillos, los otros con palos y se armó tal barahunda que nadie se entendía; varios de aquellos hombres nos insultaron, pero á prudente distancia; parecía que una barrera invisible los separaba de nosotros; el guía los reconvino diciendo: ¿Por qué no respetáis á estas personas que no sabéis el bien que os pueden hacer? En esto salió la mujer que el día anterior me

tiró piedras y yo en recompensa enderezé su cuerpo, que parecía un cayado, me miró airada y me dijo:—Hoy no saldrás de aquí, que has venido á promover pendencias por cuatro miserables ochavos. Nada le contesté, porque sentí entorno mío algo inexplicable, parecía que brisas suaves refrescaban mi frente, al mismo tiempo los hombres se fueron retirando á sus chozas, muchas mujeres los siguieron, y mi enemiga se fué quedando como petrificada, diciéndome de vez en cuando con voz que no parecía la suya: Maldita, ¡maldita seas!..

»—¿Por qué me maldices? ¿por qué te he puesto derecha?

»—¡Sí, maldita seas! por haberme puesto derecha; yo vivía antes muy bien mirando al suelo, y ahora los malos espíritus van conmigo desde que miro al cielo.

»—¿Quieres que se vayan?

»—Sí.

»—Pues prepárate, á tí nada malo te sucederá, pero por ahora enmudecerás, y te quedarás en pie sin poderte sentar, y efectivamente, aquella furia enmudeció y se quedó inmóvil, revelando su semblante el mayor asombro. En aquel momento se detuvo ante mí un grupo de hombres ya viejos, y aunque sucios y mal vestidos, parecían más decentes, en particular uno de

ellos, que era el representante de la autoridad en aquel villorrio; el hombre me saludó torpemente y me dijo:

»—Le suplico que se marchen de aquí vuestras mercedes para que no se repitan estos disturbios que á nada bueno conducen.

»—Pues yo le digo al representante de la justicia, que no ha sido nuestro ánimo promover disturbios, sino muy al contrario, y tanto es así, que no ha sido otro mi objeto al venir aquí, que distribuir dinero y en prueba de ello ahí va mi bolsa; y le entregué mi bolsillo lleno de oro al representante de la autoridad. Comprendí que el pobre hombre quedó deslumbrado, al ver por entre las mallas relucir las monedas, y conocí que hubiera deseado quedarse con todo diciéndome al fin:

»—Pero madre, para repartir hay que cambiar este dinero porque si no se reparte por igual, habrá negras disputas y mayores desgracias; lo mejor será que yo lo guarde, y cuando tenga proporción de cambiar estas monedas por plata menuda, entonces lo repartiré.

»—Eso no puede ser, porque hoy mismo quiero que se haga el reparto, y mirando al guía le dije:—Id á cambiar ese dinero.

»—Pero... ¿solo madre?

»—Sí, solo; ¿tenéis miedo?

»—Miedo no, madre, pero... no volveré á veros.

»—Volveréis sano y salvo porque llevaréis quien os acompañe.

»El guía me miró; cinco ó seis viejos se fueron tras de él y todos marcharon á buen paso; cuando los perdí de vista tuve miedo y murmuré: ¡Dios mío! ¡qué imprudente he sido! ¿si le matarán? y oí mi voz querida que me decía:—No temas, volverá sano y salvo.

»—Ante aquella afirmación me tranquilicé, y me ocupé de la mujer que había enmudecido y que parecía una estatua de piedra; los chiquillos y algunas mozuelas le dirigían algunas chanzonetas, y yo, haciendo uso de mi voluntad, sin decirles una palabra les fuí separando de aquella infeliz. Angélica impaciente y contrariada me dijo:—Madre, ¿no os acordáis que no hemos comido? yo tengo hambre.

»Algunas mujeres se apresuraron á presentarle sus pobres viandas, que ella aceptó, no sin repugnancia, yo nada tomé, porque en verdad nada necesitaba. De pronto sonaron gritos desgarradores, y era una pobre madre que llevaba en brazos á un niño herido por una pedrada; se paró ante mí diciendo:—¡Mi hijo se muere! y le dijo el

representante de la autoridad:—Pues si se muere lo enterráis y volvéis por otro; yo hice señas á la pobre madre que se acercara más á mí, se acercó, miré al niño, y ví que tenía la cabeza partida, le quité un lío de trapos y la sangre brotó en abundancia, pedí agua y lavé la herida arrojando después sobre ella el claro líquido, y oí entonces mi voz amada que me decía:—No tires más agua, podrías matarle; ponle tu mano y la herida se cerrará: le puse la mano, y sentí como si chocaran las astillas de los huesos al juntarse, la herida se cerró, y aun no me explico cómo hice aquella cura verdaderamente prodigiosa, porque parecía imposible que aquel boquete enorme se pudiera cerrar con la imposición de mi mano, aunque el mismo Jesús sustituyera mi mano y pusiera la suya. El niño se quedó como muerto, y me dijo la misma voz: Despiértale: le desperté, y el niño entonces se sonrió ¡pobrecito! le dije entonces á la madre:—¿Queréis dejarle que repose vuestro hijo en mis rodillas?

»—Sí, madre, mi hijo es vuestro.

»Lo coloqué sobre mis rodillas, le besé en la frente y en la boca; y el niño se reanimó y probó de levantarse, se quedó sentadito en mi falda mirándome con mucho cariño, y yo le dije:

»—¡Pobrecito mío! ¿te hirieron porque tú querías monedas?

»—Sí, por eso; porque cogí una moneda chiquitita.

»—Pues yo te daré, no una moneda, te daré dos.

»—¿Dos me darás? ¿dos?... Apoyé de nuevo mis manos sobre su cabecita, y dije: quede cerrada para siempre tu herida; y el niño saltó al suelo, le dí dos monedas y se abrazó á su madre gritando alegremente: Ya tengo dos monedas, ¡dos!.. la madre se quedó como alélada, ni supo darme las gracias. Inútil es decir que con la curación obtenida, acudieron los demás heridos, ya nadie nos maldecía, se acercó uno de los heridos, y le dije:—A tí no te puedo echar agua, sólo te impondré mi mano.

»—¿Y así curaréis mi herida? y se rió burlonamente.

»—Así te curaré; y la herida se cerró herméticamente. Yo estaba maravillada, nunca había hecho tales milagros.

»—La mujer que se había quedado inmóvil, comenzó á dar señales de vida, diciendo con voz muy ronca:

»—Estamos hartos de estar aquí y esta mujer rodará.

»—No rodará.

»—Sí que rodará, porque somos los reyes del infierno.

»—No hay reyes en el infierno, mentís como unos bellacos, sois únicamente malos espíritus, víctimas de vuestra ignorancia.

»—Pase que seamos malos espíritus, y para entretenernos jugaremos con ella; y levantaron el cuerpo de la mujer en el aire.

»—Concluyamos; si ella quiere, yo os alejaré, y no os alejaré si ella no quiere; mas de pronto me sentí dominada por una fuerza superior y exclamé con imperio:—Basta, basta ya; yo quiero que esta mujer quede libre de vosotros y libre quedará. Los espíritus levantaron su cuerpo, su intención era arrojarlo á gran altura, pero mi voluntad venció á la suya, y lentamente el cuerpo descendió y sin golpe violento quedó tendido en el suelo como masa inerte. La contemplé y exclamé con energía sin rival: ¡Libre estás! ya nunca te dominarán los malos espíritus; le puse las manos en la cabeza y la infeliz se despertó llorando, me miró asombrada y me dijo:—Vengo del infierno, y por vos entraré en el cielo. Tengo sed, ¡mucha sed! dadme agua, mucha agua, pero la quiero beber en vuestra mano; le dí el agua tal como ella la quiso, y al apoyar sus labios en el hueco de mi mano, parecía que áscuas can-

dentes me las abrasaban. Bebió hasta calmar su ardiente sed; y vómitos horribles concluyeron su curación. ¡Infeliz! parecía mentira que en un cuerpo flaco, cupiera tanta inmundicia, pidió más agua y vomitó de nuevo, y al sentirse curada me quiso besar las manos y la estreché entre mis brazos, ¡pobre mujer! parecía otra.

»El representante de la autoridad me dijo muy asombrado: Madre, sois una mujer muy buena, tenéis fuerzas humanas, y otras fuerzas que no sé si son de Dios ó del diablo.

»—¿Creéis que mis obras no son de Dios, cuando difundo la salud y la vida?

»—Bueno, pues, si son de Dios, éste debe querer á sus hijos por igual, ¿yo no podría hacer lo que vos hacéis?

»—Lo haréis, cuando no ambicionéis las bolsas llenas de oro.

»—¿Cómo lo sabéis?

»—Vuestros ojos me lo dijeron.

»—Yo os prometo, que de hoy en adelante seré bueno.

»Vino una mujer muy pobre y me dijo:—Venid conmigo; tengo un hijo que se me está muriendo, haced otro milagro. Angélica me miró asustada y me dijo:—No vayáis, madre.—Espérame tú aquí; y me fuí con la pobre mujer. Llegamos á su

choza que era la más ruínosa de todas, y en el fondo de ella, sobre paja podrida, había un niño queapestaba; comprendí que allí dentro nada haríamos de bueno, y pedí que sacaran al niño á la puerta de la choza; muchas mujeres se brindaron á llevarlo, y por fin, sobre unas mantas y unos trapos limpios colocaron al niño que se deshacía por momentos. Cuando le ví con la luz del día me horroricé, era un esqueletito putrefacto, le miré y me miró y sus ojos me lo pidieron todo, diciéndome además:—Sacadme, ¡sacadme de aquí!

»—¿Quieres curarte, hijo mío?

»—Sí que quiero.

»Seguí mirando al niño, que me miraba con toda su alma y comencé á darle fluído muy suavemente, el niño murmuraba:—¡Ay! ¡Ay! ¡dame más! ¡dame más!

»—Basta, basta por ahora.

»—Es que no estoy curado.

»—Ya lo sé, hijo mío.

»—¡Miradme, madre! ¡miradme! ¡así! ¡así! y el niño me miraba sin pestañear, al fin oí que me decía la voz del cielo: Dale tu aliento, dale tu aliento, y qué mal no tendría el niño que al acercar mis manos á su cuerpecito, se me pusieron como cuando curé á los niños de María; pero no me asusté, seguí trabajando y únicamente me

sacudía las manos, que parecían fuentecillas de agua pestilente, en tanto que el niño me decía: ¡Ay, madre! ¡ahora sí que estoy bueno! Seguí mi curación hasta que mis manos dejaron de absorber aquel licor sanguinolento, el niño lanzó gritos de alegría y mis manos se quedaron limpias, ¿quién me las había limpiado? no lo sé, pero limpias me las ví con gran asombro mío.

»—¿Qué sientes, niño?

»—¡La vida, madre, la vida! Me quise ir, y el niño rompió á llorar con el mayor desconsuelo diciéndome: Madre, no te vayas.

»—Volveré.

»—No volverás; quién irá á verte seré yo, dime dónde estás; y no tuve más remedio que darle las señas de la casa del guía, para que éste le acompañara al Convento; el niño me besó con el mayor delirio, y me dijo:—Si no volviera á ver tus ojos ¡me moriría!

»Me separé de aquel inocente verdaderamente emocionada; aquellos ojos... no sé lo que me recordaban aquellos ojos. Al volver á la plazoleta todos los niños me rodearon, todos me tocaban el manto como si yo fuera una santa.

»Llegaron por fin al oscurecer el guía

y sus acompañantes, noté que el guía venía muy contento y muy satisfecho, y me dijo:

» — Madre, hemos venido muy bien acompañados, hemos encontrado á unos hombres forasteros, nadie los ha conocido, sólo á uno de ellos me parece que lo he visto en sueños, es un hombre muy arrogante, les dimos las buenas tardes, y ellos nos saludaron sin hablar, han seguido nuestro mismo camino, y al llegar aquí, han desaparecido: ¡cosa más rara!

»Se procedió acto continuo al reparto del dinero, y todos recibieron la misma cantidad, resonando un murmullo de satisfacción; muchos de ellos, indudablemente, no habían tenido nunca en su poder tanta cantidad de dinero.

»Sin que nadie les hiciera la menor advertencia, algunos de ellos encendieron grandes fogatas, para que tuviéramos luz en el camino; nos acompañaron largo rato y al separarnos llovieron bendiciones sobre nosotras. ¡Cuán cierto es que hasta la dura roca se conmueve al recibir un beso de amor!

»Angélica, sin embargo de haberse empleado tan bien el día, le decía al guía confidencialmente: — ¡qué caprichos tiene la buena madre! para hacer estas jornadas

prefiero no salir del Convento: yo entonces la dije:—Angélica, no seas egoísta: el tiempo debe repartirse entre todos para que sea bien aprovechado; mañana tempranito volveremos al Convento, y allí te haré comprender que las verdaderas religiosas, sólo haciendo buenas obras cumplen con la ley de Dios».





LXXXVIII

A la mañana siguiente, llegamos á nuestro Convento á descansar de nuestras fatigas; es decir, Angélica durmió la noche anterior, yo no; así es, que al entrar en mi celda dije á mi compañera: Hoy no recibo á nadie, quiero estar completamente sola, si no acudo al Refectorio no me llaméis; Angélica me miró sorprendida, me besó la mano con veneración y se fué cerrando la puerta muy quedito; era un sér que me comprendía admirablemente, y conoció que me quería entregar á mis meditaciones.

»Cuando me quedé sola, me dejé caer en mi sillón, y pensé mucho en lo hecho el día anterior, pues aunque estaba acostumbrada á producir milagros, valga la frase, pues en la tierra á los hechos que parecen sobrenaturales, así se les llama, no me preocupaban tanto las curaciones verificadas, como los insultos que había recibido. ¡Me

habían apedreado!... y hasta habían querido asesinarme aquellos hombres que desde lejos amenazaban con sus largos cuchillos, ¡qué horror! ¿qué me pasaba? tenía un duelo en mi alma tan terrible que me ahogaba la pena, ¿qué lugar de maldición era la tierra? unas veces persiguen los malos religiosos á los que quieren implantar la verdadera religión, otras veces los pueblos envilecidos miran el oro, y aunque tienen los rayos del Sol, que es el mejor oro que Dios da á sus hijos, éstos, por una miserable moneda se matan despiadadamente. Esto no es vivir entre inteligencias, esto es vivir entre fieras hambrientas. ¡Cuánto debiste sufrir, Dios mío! ¡cuánto debiste sufrir cuando estuviste en la tierra!... y oí que me decía una voz del cielo:—¿qué dices insensata? ¿Dios localizado en la Tierra? ¡qué locura! ¡qué desconocimiento tan completo del Sér Supremo!

»—Tienes razón, estoy loca, Dios no pudo descender á la Tierra, pero un sér muy bueno sí.

»—¿Muy bueno? ¿y quién es muy bueno?

»—No lo sé, pero yo no me creo mala, ¿seré un salvaje de buena intención?

»—Eso, eso, un salvaje de buena intención, repitieron muchas voces burlonas.

»—Seré lo que queráis, pero me aburre

la vida, quisiera que mi cuerpo fuera fuego, fuera agua, y que se deshiciera.

»—¿Ves como aparece *la bestia* y te inmutas porque te llaman salvaje?

»—Yo, Dios mío, recuerdo que he ascendido, que he estado entre obreros, y allí no me llamaban ni *la bestia* ni *el salvaje*, y oí entonces otra voz muy entera que dijo:—Basta, basta, ¿hasta cuándo durará esto? ¿y tú quieres ser algo grande?

»—Sí que quiero ser grande.

»—¿Pues por qué te espantas?

»—Señor, quiero ser grande, necesito pasar por encima de mí misma.

»—Pues pasa; y miré mi cuerpo y le ví fosforecente, y oí que me decían:—¡Ven! y ví que en mi estancia todo se derretía, y me encontré en un mar de fuego, pero aquel fuego no quemaba. ¡Ven! repitió la voz, y llegué á la ventana del centro y oí que me decían *las flores del cielo*:—No te muevas, para ir no necesitas moverte; y caí en mi sillón; es decir, cayó mi cuerpo, y mi espíritu corrió, huyó, voló, y me ví dentro de un inmenso globo azul; veía cielo por todas partes; allí no había ni *arriba*, ni *abajo*, todo era luz azulada. ¿Dónde estoy?, pregunté con asombro:

»—Sosiégate, dijo la misma voz, fijé la mirada, y me dijeron:—No mires, que tus

ojos están allá, sosiégate, cálmate, tranquilízate; y entonces me ví en el espacio rodeada de múltiples aureolas de diversos colores, y ví á millones de seres que me decían: ¡Dame tu amor! ¡dame tu savia! ¡dame la salud! ¡dame la vida! y ví á una mujer joven que yo había conocido, la que me presentó su pequeño hijo diciendome con la mayor angustia:—¡Sálvame! ¡sálvame!...—¡Salvada quedas! la dije con tal autoridad que yo misma me asombré; en tanto la multitud que me rodeaba producía un ruido ensordecedor imposible de describir, y entonces mis manos daban á todos fuentes de vida, y mientras más repartía mis dones, más seres acudían, y no sabiendo á quién dirigirme primero, agité mis manos en todas direcciones y dije:—Para todos, para todos; y... asustada de lo que decía, repetí involuntariamente:—Para todos, para todos; luego espantada de mí misma murmuré: ¡Dios mío! ¿para todos podré ser útil? ¿para todos?

»—Para todos, sí; dijo la voz del cielo, para todos será tu amor, tu sacrificio, tu abnegación, tu martirio, tu progreso, tu ascensión á los cielos; y todo desapareció, y me encontré sentada junto á mi mesa; pero para que no dudara de lo que había visto y oído, seguí escuchando:—Para to-

dos; para todos; y me dijo una *flor del cielo*: —¿Ves lo que has hecho?

»—¡Ay! sí, me he comprometido, y he dicho lo que no debía.

»—El alma no se comprende haciendo el bien; y otra florecita replicó: Y *la bestia* y el *salvaje*, ¿ya no te preocupan?

»—No, no; creo que el alma ha sido creada para ser inteligente y saber ¡siempre más! ¡siempre más!... gracias *flores del cielo*, compañeras de mi vida: ¡benditas seáis!...

»Me fuí quedando muy tranquila, se fué acabando el día y entró Angélica que lanzó un grito de admiración porque encontró mi celda llena de ráfagas luminosas enlazadas las unas con las otras formando caprichosísimas figuras. ¡Madre! exclamó ¿ya estáis en la gloria?

»—No lo sé, hija mía; sólo puedo decirte que hoy ha sido día de ayuno para mi cuerpo, y de hartazgo para mi alma.

»Aquella noche si bien mi cuerpo descansó, lo que es mi espíritu siguió escuchando cantos místicos, cantares obscenos, rezos, gritos, blasfemias, maldiciones ¡qué sé yo! niños abandonados me seguían por doquiera, me fijé en uno muy harapiento y le dije: No quiero que sufras, y el por-

dioserito se transformó en un ángel sonriente.

»Me desperté tranquila, con el cuerpo ágil, y me levanté, saludé al sol y á *mis flores* que me ofrecieron sus más delicados perfumes; llamé á Angélica y ésta abrió los ojos, me miró y los volvió á cerrar diciéndome:—¡Ay, madre! ¡qué bien estaba ahora!

»—¿Soñabas con los ángeles?

»—No, madre, soñaba con un hombre joven y hermoso que me tenía sentada sobre sus rodillas, y me besaba con delirante afán.

»—Calla, calla, esas son locuras de la naturaleza.

»—Madre, pues esas locuras me preocupan cada día más. ¡Qué triste es vivir sin besos de amor!

»La besé en la frente y ella me dijo: Vuestro beso, es el beso de una madre, ¡gracias madre mía!... pero no es el beso de un amante.

»—¿Estás loca?

»—No, madre, loca no; pero arrepentida de ser monja, sí; y os lo digo: Si yo viera llegar el hombre que he visto esta noche, con él me iría, madre, con él me iría. ¡Ah! ¡si viniera!

»Mucho me preocupó lo dicho por An-

gética; y aquel día no me separé de ella un instante, la ayudé en todos sus trabajos, pasamos revista á todo el Asilo, y Angélica comprendiendo mi deseo de distraerla, me dijo: ¡Ay... madre! cómo hoy se quema mi corazón, comprendo ¡cómo el vuestro se habrá quemado! ¡pobre corazón!... lo debéis tener triturado, convertido en cenizas.

»—Sí, hija mía, pero así como los volcanes bajo capa de ceniza conservan en su seno el fuego central, así el corazón de la mujer honrada, conserva el fuego de sus amores bajo las cenizas de los desengaños y de las exigencias sociales.

»Aquella tarde quise ver acostar á los niños, Angélica era la encargada de acostarlos, ella los desnudaba, los besaba con el mayor cariño y con sus blancos dedos les trazaba una cruz en la frente; y era tan buena, que lo mismo besaba á los enfermos que á los sanos y á los primeros con más ternura. Angélica era un ángel; me fijé en un niño que tenía unos ojos divinos, grandes, negros, rasgados, miraba de una manera que parecía la mirada de un filósofo en perspectiva. No pude menos que mirarle y volverle á mirar, le dí un beso en la frente y le dije:—Duerme bien.

»—Sí, madre, y esta noche dormiré me-

jor, porque me habéis mirado, y esta noche volaré mejor.

»—¿Tú vuelas?

»—Sí, vuela mi espíritu, y me voy á la casa que tenían mis padres antes de morir, y ellos me dicen: vuelve á tu cuerpo y ama mucho á las santas mujeres que te han recogido, que son muy buenas, y mi madre se viene conmigo, y los dos nos paseamos por el Convento, y á usted madre Superiora la he visto fuera de su cuerpo, y pregunté á mi madre: ¿qué es eso? ¿esa monja tiene dos cuerpos? y mi madre me dijo: No; lo que ves es su espíritu, como ves el mío; esta noche, madre, dormiré muy bien porque me habéis mirado, y se quedó dormido diciendo: Hasta luego, madre, hasta luego,

»—¡Ay! madre, ¿se morirá este niño? preguntó Angélica.

»—No, no; no se morirá, es que irá muy lejos, también nosotras podemos ir con él.

»—Yo no quiero ir, yo quiero soñar con el hombre de anoche.

»—No, esta noche irás con el niño y conmigo, y los tres iremos juntos, ya lo verás.

»Angélica se acostó á la hora de costumbre, y me dijo sobresaltada: ¡el niño está aquí!

»—Pues ese niño es el hombre de tus

sueños; y oí la voz del niño que me decía: —¿No os dormís, madre? hay que aprovechar los instantes.

»—No te impacientes, que el tiempo es un reloj que no sufre retrasos ni adelantos, Dios es su relojero y su obra es perfecta como todas las suyas.

»Arreglé mis papeles pero tuve que dejar mi trabajo, porque una mano invisible los cambiaba de lugar; miré á las estrellas, me acosté, y me dormí enseguida, y entonces ví á Angélica y al niño que la acariciaba; ella decía: Yo no quiero estas caricias. Súbitamente me sentí impulsada, miré fijamente á Angélica, y ésta se volvió niña, y los dos niños se besaban con la mayor ternura, parecían hermanos, después los cubrió una nube y oí que él le decía: Yo seré tu esperanza, yo seré tu amor, yo responderé á tu alma, tus votos se romperán cuando muera la Superiora, entonces yo seré un gran filósofo. Yo quise entonces alejarme, pero el niño me detuvo diciéndome: No, no; esta noche estaremos juntos los tres, y habló el niño admirablemente sobre filosofías y misterios religiosos. Angélica le escuchaba extasiada, y se acercaba más y más á él, y el niño le decía:— Así, así, alma mía, te quiero, así; muy junto á mí. Yo seré tu esperanza, tu feli-

cidad, por tí he venido á la tierra, por tus amores, yo recogeré tu último suspiro y para mí serán todos tus deseos divinos y humanos.

»Blancas nubes envolvieron á los dos espíritus, y yo me desperté contenta y tranquila. Después de aquella noche, Angélica volvió á su estado normal; no pensaba más que en sus niños y en sus enfermos. Mi amigo el sacerdote me visitaba diariamente, pero como su visita era obligada, no le satisfacía, le humillaba la obediencia que tenía que tener, y yo para no mortificarle, procuraba alejarle, ó bien le hablaba de la Comunidad teniéndole al corriente de todo cuanto ocurría.

»Angélica cada día quería más al niño de los ojos de fuego; lo besaba con delirio y me decía: ¡Ay, madre! yo me vuelvo loca; él me pide un beso, y yo le doy ciento.

»—Cuidado, cuidado con tus exageraciones, que vas á despertar los celos de los demás.

»—No lo creáis, todos los niños le quieren tanto que se desviven por él; ¡si les dice unas cosas!... parece un hombre, y un hombre muy sabio.

»Me llamaba la atención que Angélica no volvió á hablar de salidas, yo sí le hablé,

y entonces ella me dijo: Si pudiéramos ir á la fuente y llevarnos el niño.

»—Sería cometer una injusticia, ó salen todos los niños ó no sale ninguno.

»—Es verdad, tenéis razón, pues que salgan todos, los sanos y los enfermos que puedan andar, y quizá bebiendo de aquella agua se pondrán buenos.

»—Tenemos que pedir consejo á nuestro amigo; éste llegó muy displicente, y Angélica le habló del proyectado paseo que se haría procesionalmente, saliendo toda la Comunidad; él se irritó y dijo:

»—¡Qué locura! la Comunidad no puede salir de aquí.

»—Pues saldremos la Superiora y yo.

»—La Superiora saldrá si le place, vos no.

»—Decís bien, nuestra religión tiene manga ancha para unos, y estrecha para otros.

»—Vamos, padre, dije yo, venid con nosotras y arregladlo de manera que los niños puedan ir á la fuente y nosotros oraremos en el monte.

»—¿Pero qué motivo tiene esta salida? allí no hay ninguna imagen á quien adorar... si se fuera á poner una piedra!

»—Se puede ir á bendecir aquel manantial, dijo Angélica resueltamente.

»—Pero si aquel manantial está bendito, si allí se obró un verdadero milagro. ¿No pusisteis el dedo en la roca y el agua brotó?

»—Yo no veo en esto ningún milagro.

»—Tenéis razón, allí el agua brota, porque á su tiempo tenía que brotar, esto lo cree el hombre, pero no debe creerlo el sacerdote en esta ocasión; y mirando á Angélica como miran los hombres á las mujeres que aman, la dijo con voz muy conmovida:—Se hará la procesión, se bendecirá el agua, y los niños saldrán porque vos lo queréis.

»Como cuando un hombre quiere, realiza milagros, mi amigo el sacerdote hizo prodigios, y en poco tiempo se organizó una verdadera peregrinación, en la que iban representadas todas las clases sociales, todas, músicos religiosos, músicos populares, coros de niñas, coros de niños, típicos danzantes, ¡qué se yo! era una romería poética, porque todos los niños llevaban ramos de flores. Salió toda la Comunidad, pero á las monjas no se les veía mas que los ojos, ¡pobres mujeres! llevaban un largo capuz. Angélica me decía:—¡Ay, madre! ¡esto es hermoso! ¡qué movimiento! ¡qué vida! pero yo me ahogo aquí dentro, parecemos espectros que hemos dejado la fosa.

»Calla, calla, le decía yo; lleguemos hasta el fin. Se celebró la misa en la misma roca donde brotaba el agua, y uno de los mejores oradores de aquella época, no mi amigo el sacerdote, otro muy renombrado, pronunció un sermón alusivo al manantial, y nunca orador sagrado dijo más disparates; ¡qué tormento! en su entusiasmo exclamó: Esta agua, es la única fuente que Dios mismo ha puesto en el mundo, y ningún hombre agotará este manantial; podrá Dios en su cólera divina destruir la tierra, pero sobre sus escombros caerán eternamente las gotas cristalinas de esta agua milagrosa; y como si los hechos quisieran desmentir las palabras del sacerdote, el agua comenzó á disminuir de un modo visible; la blanca espuma que formaba, al chocar sobre las rocas desapareció, porque sólo gota á gota brotaba y descendía por entre las yerbecillas adheridas á las piedras. Esto quizá acontecía periódicamente, y que nadie había visto, por ser aquel lugar muy poco frecuentado; fué un mentís que dió la naturaleza á la mentira religiosa, con verdadera oportunidad, y produjo tal efecto, que no es posible describir el tumulto que se originó; allí una vez más levantó su bandera victoriosa la ignorancia del pueblo, allí se dijo: que el Diablo había destruído la obra de

Dios, y que había triunfado porque monjas herejes le habían ayudado con sus conjuros, y hubo mujeres desmayadas, niños atropellados, hombres contusos, heridos y aún muertos, ¡qué fin tan desastroso! todos corrían como locos huyendo del Diablo; y aquel lugar apacible y tranquilo donde yo ví al amor de mis amores, apareció ante el vulgo como un sitio maldito donde el Diablo le había dicho á Dios: ¡Yo puedo más que tú!.. ¡qué de absurdos!.. ¡qué de barbaridades! ¡qué de atrocidades se dijeron!.. los mismos religiosos eran los que más disparataban.

»Llegamos al Convento dispersos, maltrechos, Angélica desesperada porque muchos niños habían desaparecido; mi amigo el sacerdote irritadísimo me dijo:—¿qué habéis hecho?

»—¡Yo!.. pobre de mí, nada sé, volved mañana y hablaremos. Angélica al acostarse me decía:—¡Ay, madre! yo estoy aterrada, ¡qué jornada! ¡qué jornada! ¿si no manará más el agua? si no mana más el agua nos perseguirán como á herejes, lo que es ahora, no nos escapamos de la hoguera.

»Al día siguiente me dijo una de *las flores del cielo*:—No hagas más procesiones.

»—Pero, ¿no manará más el agua?

»—El agua te la dieron á tí, porque de ella harías un raudal de vida estudiando sus propiedades, haciendo experimentos para ver cuando era más útil su aplicación, si cuando brotaba buscando la altura, ó cuando descendía por entre las yerbecillas recogiendo de éstas, substancias beneficiosas, ó aplicando las mismas yerbecillas mojadas sobre tumores endurecidos é incurables; el agua te la dieron á tí para auxiliarte en tus curaciones; no brotó el agua para aumentar las mentiras religiosas.

»—¿Pero sigue manando el agua?

»—Sigue y seguirá. En esto llegó el sacerdote muy abatido, se dejó caer en mi sillón, que era su sillón favorito, y yo le dije:—¿Qué tenéis que decirme?

»—No me habléis, ayer estábamos todos locos, el agua sigue corriendo.

»—¿Y hubo muchos heridos?

»—El agua no ha cesado de correr, el guarda de aquel punto, que es un hombre incapaz de mentir, me ha jurado que el agua no cesó de correr, y que él ha notado que unas veces saltan los chorros á gran distancia, y otras caen perpendiculares fecundando las plantas trepadoras que cada día están más lozanas.

»Entró Angélica y le dijo al sacerdote:— ¡Qué día el de ayer! ¡qué día! ¡tengo más

niños enfermos! ¡qué religión la vuestra!
¡Qué religión! ¿de qué sirve si no sabe pre-
caver los tumultos?

»—Cuidado con lo que decís, que os vais
volviendo muy insolente.

»Angélica se fué llorando, y él dijo fuera
de sí: El orgullo de esa mujer yo lo aplacaré
algún día».





LXXXIX

Nos quedamos solos, mi amigo el sacerdote y yo, hablamos largamente sobre lo sucedido en la fuente, que llamaban milagrosa; él estuvo muy expansivo, muy comunicativo, y me aconsejó la línea de conducta que había de seguir, diciéndome en conclusión:

»—Yo no quiero para vos ningún perjuicio, no os amo, hay que hablar claro para que nos entendamos mejor, no os amo, no, no puedo amaros; pero en cambio, os venero con tan profundo respeto, que se puede confundir mi veneración con la adoración que los creyentes sienten por sus santos preferidos; para mí sois algo que ya no pertenece á este mundo, así es, que mis consejos no pueden ser más puros y más desinteresados; y yo os digo:—No metáis ruido, estad tranquila, dedicaos á escribir cuánto queráis, y del modo que mejor os cuadre, porque ya nadie examinará vues-

tros escritos ni profanará vuestros secretos; la época de la persecución ya pasó; escribid cuantos pensamientos broten en vuestra mente, y dejad vuestras escandalosas salidas, no abandonéis las paredes de vuestro Convento, que aquí tenéis todo lo necesario para una vida tranquila y regalada, y si salís, decídmelo antes.

»En aquellos momentos, le escuchaba con la mejor voluntad y al mismo tiempo con la mayor amargura, porque ¡había tanta hipocresía en sus consejos!... tanta... tanta, que le dije:

»—Hablemos claro, la libertad que me concedéis para escribir me es completamente inútil, porque sé lo mismo que vos, que de mis escritos, cuando yo me muera, la Iglesia hará tiras y capirotas, y de mis endechas, de mis plegarias, de mis lamentaciones, no quedará ni la sombra más leve, por eso ya no tengo afán de escribir. ¿Para qué? sé que lo mezquino del dogmatismo religioso profanará las expansiones de mi alma, y perderé un tiempo precioso, que puedo emplear en algo más útil para la humanidad y para mí; por eso ya no quiero escribir. Me impedís que salga, y al querer impedírmelo, demostráis que no me conocéis, no. Ya no os amo, pero quiero vuestro talento, quiero vuestras energías, lo

que no quiero, lo que detesto, es la capa que os envuelve de hipocresía religiosa. Me impedís que me mueva, y yo reniego de una religión que todo lo cohibe, que corta todas las alas, que convierte á todos los seres pensantes en autómatas. No me conocéis, no: queréis que mantenga la luz debajo del celemín, sois de los que no quieren seguir los consejos de Jesús, el grande entre los grandes, el héroe de los héroes, y en cambio nosotros, ¡qué vergüenza! somos más pequeños que los pigmeos. Sí, amigo mío; entre nosotros no hay más que *muertos en el espíritu*. Mientras más me dicen que esté *quieta y tranquila* más se avivan y se engrandecen mis pasiones intelectuales, pienso en los que lloran y recuerdo lo que dijo Jesús: *Bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos*, y yo uniendo mi pensamiento al de Jesús, digo: Bienaventurados los que compadecen á los que lloran, porque de ellos será el reino de la gratitud. Yo me siento atraída por los que lloran, me habéis dicho que cuando quiera salir os pida consejo, y yo os digo que saldré sea el consejo cual sea; yo saldré cuando quiera salir, porque sé que cuando salgo enjugo muchas lágrimas, y para hacer el bien no hay que pedir consejo, lo que hay que hacer es ir por

el camino más corto para llegar más pronto al lugar donde gimen las víctimas de la miseria y del dolor.

»—No me comprendéis, me juzgáis como los demás religiosos.

»—No, valéis más que todos ellos juntos, pero ocultáis la luz debajo del celemín, y sois egoísta, porque no hacéis todo el bien que pudierais hacer.

»—Eso es lo que no sabéis: pues tened entendido, que hago muchas obras de caridad, muchísimas; pero las hago en silencio, no á son de trompeta, tengo mis pobres, mis protegidos, y creed que están muy contentos de mí.

»—Pues no basta eso, no; la historia os juzgará muy favorablemente porque sois una lumbrera de la Iglesia romana; no tendrá nada de particular que os haga hasta santo, pero cuando estéis fuera de este mundo, os miraréis con horror, porque entonces conoceréis que habéis hecho el bien en la cantidad de un grano de mostaza, pudiéndolo hacer en la suma de granos de arena que pudieran caber en la tierra. Hace falta el ruido que produce el mártir, el bien esparcido á los cuatro vientos es mucho más útil que el que se prodiga en la sombra, el buen ejemplo que se da es otro bien que se hace sin el menor sacrificio, presen-

tar modelos de amor universal entre una humanidad, que se venden y se deshonoran los unos á los otros por un plato de lentejas, es hacer una obra verdaderamente humanitaria, porque se llama á las puertas de los corazones de granito, y se despiertan entendimientos que duermen en las sombras del egoísmo. A mí también me llamarán santa, probablemente, y la Iglesia hará de mi existencia una historia mentirosa, pero mi supuesta santidad será más útil que la vuestra; las generaciones se harán devotas de mi credo, las mujeres especialmente se fanatizarán con mi historia, y sea, como sea, entre abundantes mentiras y escasas verdades, yo seré útil á la humanidad, porque habré producido mucho ruido, y entre tantos seres curados y consolados por mí, algunos habrá que me recordarán eternamente; vos, en cambio, ni ahora ni después seréis útil á vuestros semejantes, y andando los siglos me diréis: ¿Por qué no me guiasteis mejor? y yo os diré entonces, lo que os digo ahora: que nunca se puede convencer á un sabio necio; un ignorante de buena fe escucha, un sabio pretencioso se hace el sordo, y no hay peor sordo que aquel que no quiere oír.

»—Terminemos la conversación, porque

veo que nunca nos entenderemos ni nos pondremos de acuerdo; yo seguiré con mi silencio, y haré el bien lo más sigilosamente que pueda.

»—Pues yo seguiré haciendo todo el ruido que me sea posible; abriré las puertas de mi Convento para todos los enfermos, para todos los lisiados, para todos los que sufren hambre y persecución de la justicia.

»—¿Y seréis capaz de hacerlo?

»—Ya lo creo que lo seré, para mí la inacción es la muerte, y yo tengo obligación de conservar mi vida hasta que Dios disponga de ella. ¿Es acaso algún delito desear vivir haciendo el bien?

»Mi amigo se levantó, me miró con amargura y salió de mi celda, le acompañé hasta la puerta de mi Convento y allí le dije:—No me guardéis rencor, y no olvidéis, que comienzo á quereros como deben querer las madres á sus hijos. Al escuchar mis últimas palabras, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y él las dejó correr sin detener su descenso, inclinó la cabeza y salió del Convento tambaleándose: el volcán de su mente hacía daño á su cuerpo, nunca he visto reunidas en un hombre tantas irradiaciones y tantas sombras.

»Me volví á mi celda y me pregunté, no sin temor: ¿He sido imprudente? No, no; no me arrepiento, el bien debe ser como el huracán, que se deja sentir en todas partes, el bien en silencio, es la mitad del bien. Dicen que quiero la popularidad, sí que la quiero; no por mi gloria, sino por la gloria que pueden alcanzar los demás que sigan mis huellas é imiten mis hechos. Yo quiero hacer mucho bien por mí misma, y por los esfuerzos de los demás, quiero ver rostros agradecidos, porque la sonrisa del agradecimiento es la sonrisa de Dios, sembrar el bien es continuar su obra, es indudable que Dios no nos ha dado la vida, con el propósito de que nos convirtiéramos en Caines, si no se muere nunca ¿nos habría creado para la eternidad del mal? no; los cielos de que nos hablan las religiones, no deben ser otra cosa que la fraternidad de los pueblos, hacer el bien por el bien mismo; amar hoy más que ayer, y mañana más que hoy, y ¡siempre más! ¡siempre más! que siempre más se van encontrando en la naturaleza las fuentes de la vida en los infinitos mundos que cada día van descubriendo los sabios.

»Sentí ruido como si retumbara el trueno allá muy lejos, miré al fondo de mi celda, que era muy grande, y ví al amor de mis

amores, deslumbrante de hermosura, pero de hermosura humana; parecía un hombre de carne y hueso, envuelto en una túnica morada muy amplia, me quedé maravillada de verle tan humanamente hermoso, con sus grandes y rasgados ojos, con su espaciosa frente, con sus blondos cabellos, con su nariz perfecta, con su boca sonriente, con su sedosa y abundante barba, con sus manos blancas y transparentes, cuyos dedos parecían hojas de azucenas. No me cansaba de mirarle y le dije:

»—¡Qué hermoso estáis, Señor! ¡quién pudiera veros siempre así! ¡¡siempre!!...

»Aquella bellísima figura se adelantó y se acercó hasta apoyar su diestra en el alto respaldo de mi sillón y me dijo:

»—No me mires humanamente, mírame de otra manera, que es cómo debes mirarme; y al decir estas palabras, quedó envuelto en una especie de nube blanquecina y luminosa, pero tan sutil, tan tenue, que le dejaba ver de cuerpo entero, pero ya no era el hombre de carne y hueso, era el Habitante de los cielos con sus ojos divinos, con su cabeza admirable, con su sonrisa celestial. Me miró con la mayor dulzura y prosiguió diciendo:—Te excedes en tus palabras porque no puedes resistir la hipocresía religiosa, que está tu alma á más al-

tura. Vengo á darte una buena nueva: ya no me separaré de tí.

»—¿Moriré pronto, Señor?

»—No; no morirás aun; quieres subir al calvario y al calvario subirás; tu martirio no será como el mío, yo sembré lo que aun los hombres no han querido recoger. Tú también sembrarás ya que quieres subir al calvario; ¿crees que ya estás en él?

»—No lo sé, Señor; sólo sé que sufro.

»—Si te quejas no eres buen discípulo, porque quieres recoger lo que no has sembrado aun; no quieras que los días lleguen antes de tiempo, que la impaciencia de los injustos deseos, no adelanta ni el resplandor de la aurora, ni la sombra del ocaso. Ya te verás respetada, no adorada.

»—¡Ah! ¡Señor! ese es mi sueño, pero aquí ¡vivo tan sola!... ¡no me aman! ¡no me aman!

»—¿Te quejas de que no te aman? ¿y acaso sabes tú lo que es amor? Amor es aquello que se quiere en lo eterno, el amor es la constitución de todas las grandezas del espíritu. Cuando conmigo estás crees que soy tu amor de los amores, y cuanto más avances, me querrás menos y me amarás más y más en esencia de mi sér.

»—¿Pero el amor de los espacios no une á dos almas?

»—Deja tan estrechos moldes, el amor es como el conjunto de los soles, éstos irradian en el Universo eternamente, también el amor irradiará á su tiempo en todas las almas.

»—No te entiendo, Señor, no te entiendo.

»—Ya me entenderás; y lentamente se fué deshaciendo la figura fluídica, pero quedó mi estancia llena de arcos luminosos, que formaban como un templete en cuyo centro estaba yo sentada en mi sillón junto á mi mesa.

»—¡Señor! ¡Señor! murmuré, ¡no me dejes! ¡me veo tan pequeñita!

»—Así, así, cuanto más pequeñita te ves, más te engrandeces.

»Me levanté maquinalmente y me acerqué á la ventana del centro donde estaban las *flores del cielo*, éstas, más lozanas que nunca, exhalaban sus más penetrantes perfumes, las avecillas que anidaban en los árboles cercanos, revoloteaban y cantaban ruidosamente delante de mi ventana; y aves y flores todo decía: ¡Vida! ¡grandeza! ¡amor! Oí una voz muy sonora que me dijo con amorosa compasión: ¡qué pequeñita te ves! pero ya crecerás».



XC

QUEDÉ fortalecida en extremo, con lo sucedido durante la videncia que tuve, la suma de fuerzas que en mí se acumularon me reanimaron de tal manera, que me sentía fuerte y animosa como en los mejores días de mi juventud, y bien considerado, con mucha más energía que en mi primera edad; porque lo que me prestaba nueva vida y nuevo aliento, era el fluído de otras almas que desde el espacio velaban por mí, y tan de cerca velaban, que puede decirse que habitaban conmigo, porque en mi celda todo vibraba, todo se movía, los muebles sin hacer el menor ruido, oscilaban, se alzaban del suelo y volvían á caer sin producir estrépito; los objetos que tenía colocados sobre mi mesa, parecía que bailaban una contradanza, y Angélica que observaba aque-

llos continuados fenómenos, me decía con cierto temor:

»—¿Qué os parece de todo esto, Madre?

»—No lo sé, tanto sé yo como tú; sólo puedo decirte que me encuentro muy fuerte, muy ágil, con una exhuberancia de vida extraordinaria; tanto, que con mis brazos levantaría un mundo, no sé en realidad qué pasa por mí, yo sí que puedo decir que he nacido de nuevo, y que mi cuerpo no me pesa ni un adarme.

»Durante muchos días, mi amigo el sacerdote sólo preguntaba por el estado de mi salud de prisa y corriendo, huía de mí á ojos vista, y de pronto se me ocurrió dormir al que sin motivo huía de hablar conmigo: y un día que se preparaba á marcharse, le supliqué que se detuviera algunos momentos, pues tenía que hablarle de asuntos importantes. Se sentó visiblemente contrariado y me dijo con bastante sequedad:—Y bien, ¿qué tenéis que decirme?

»Yo comencé á tomarle parecer sobre la enseñanza que debían recibir los niños en el Asilo, y él me miraba muy escamado, como diciéndome: ¿y á mí qué me cuentas? ¿acaso desciendo yo á semejantes pequeñeces? se veía que estaba muy molesto, pero yo no hice caso de sus movi-

mientos de impaciencia, y con mi potente voluntad hice que se durmiera muy á pesar suyo. ¿Por qué tenía yo tanto empeño en dormirle? ¿para hablarle de mi amor? No, yo no quería amarle, pero quería que me hablara dormido, quería sondear de nuevo aquella mente donde germinaban tan encontrados pensamientos, desde los más sublimes, hasta los más vulgares, desde los más puros, hasta los más groseros; al quedarse dormido perdió su semblante la expresión de disgusto que tenía al sentarse; sus hermosas facciones adquirieron de nuevo aquella expresión de suave majestad, una leve sonrisa entreabrió apenas sus labios, y permaneció en calma, yo quería que él me hablara primero, y obedeciendo dócilmente á mi voluntad, me dijo con voz muy reposada:

»—¿Qué quieres?

»—Quisiera leer en el fondo de esa alma á ver si está dispuesta á ir al cielo, ó al infierno.

»—A qué me hablas de cielos y de infiernos, si sabes que no hay más cielo que un alma sin remordimiento, ni más infierno que la consumación de los crímenes.

»—¿Por qué huyes de mí? ¿en qué te he ofendido?

»—Te diré; como hombre, y como sacerdote estoy enfadado contigo, que motivos tengo para ello; en cambio, como alma no lo estoy, como alma quisiera ir contigo.

»—Trabaja para conseguirlo.

»—No puedo, no sé qué hacer, te he visto como alma y estás adorable, te harán santa, y lo siento, porque esa santidad será una cadena que te hará sufrir.

»—Ya lo sé que me harán santa, y aunque la Iglesia no lo hiciera, santa me harán los pueblos, que santas son todas las almas que cumplen con sus deberes, y yo he tratado siempre de cumplir con los míos. Por otra parte, cadena no será para mí la santidad, porque no hay más cadena para el alma que el orgullo, y yo no soy orgullosa.

»—Es verdad, en tí el orgullo no ha tenido cabida, y eso que levantas almas y revolucionas pueblos.

»—No; no; yo no levanto más que arranques de tosca gratitud, mañana me adorarán, porque la humanidad no sabe más que levantar ídolos para su eterna desgracia, y de ese embrutecimiento tienen la culpa...

»—¿Quién tiene la culpa de eso?

»—Vosotros, los malos sacerdotes que no seguís la religión de Cristo, y empleáis

en cambio todas las malas artes, como son el engaño, la torpe lujuria, y todos los vicios que degradan al hombre.

»—Cansas mi cuerpo con un sueño tan prolongado.

»—Mientes, tu cuerpo está completamente tranquilo, fíjate en mí.

»—Me fijo.

»—¿Qué observas en mí?

»—Una fuerza ilimitada, tan potente es tu voluntad que todo lo puedes hacer.

»—Entonces te puedo mandar donde yo quiera.

»—No; no; no me separes de mi cuerpo.

»—¿No te atreves? ¿Dónde está entonces tu sabiduría? ¿te halaga la miseria de aquí?

»—¡Por Dios! despiértame.

»—Te despertaré, no pases cuidado, pero te quiero más espiritual, con más sed de infinito, ¡qué miedo tienes á separarte de tu iglesia! en cambio á mí no me espantan todas las religiones juntas.

»—También te han espantado; acuérdate cuando le temías al fuego de las hogueras de la Santa Inquisición.

»Entró Angélica en aquel momento y al pronto me contrarié, pero súbitamente cambié de parecer, la hice sentar y la dije sonriendo y señalando al sacerdote: ¿Qué te parece?

»—Veo que duerme, ya habréis hecho de las vuestras.

»—¿Quieres dormir como él?

»—No, madre, no.

»—Te gustará descansar, ya lo verás; y apoyando mi diestra en su frente, Angélica lanzó un hondo suspiro y se durmió, pero con sueño intranquilo, su cuerpo se agitaba, mas obedeciendo á mi mandato, se quedó inmovil y relativamente tranquila, diciéndome en son de amistoso reproche:

»—Madre, ¡qué cosas tenéis!

»—¿Sufres por ventura?

»—No madre, no sufro, el que sufre es el capellán, despertadle.

»—No sufre, no; y además, no te ocupes de lo de aquí, quiero que dejes tu cuerpo.

»—Pero madre, es que yo no quiero morirme.

»—Yo tampoco lo quiero, pero afloja un poco las ligaduras que unen tu alma y tu cuerpo, no tienes que desprenderte de tu envoltura corpórea, no, al contrario, has de mirarla como miras cuando estás despierta la ropa que te has de poner ó la que tienes puesta.

»—No habléis más, ya os he compren-

dido; y qué bien se está así, madre, ¡qué bien se está!

»—¿Podrías separarte sin dejar de ver tu cuerpo y trasladarte á la fuente que llaman milagrosa?

»—No tengo que moverme, madre, todo lo veo.

»—Pues contempla las chozas donde estuvimos últimamente, y mira al niño que curé á la puerta de su choza.

»—Aquel niño no está allí.

»—¿En dónde está?

»—Muy cerca de aquí.

»—¿Muy cerca?

»—Sí, muy cerca del Convento.

»—¿Y qué efecto hizo nuestra visita?

»—¡Ay, madre! aquellas gentes son gusanillos roedores: ¡qué malos son! ¡qué malos! el dinero que les disteis, ha sido motivo para nuevas riñas, se han robado los unos á los otros, se han herido sin piedad, son mucho peor que los irracionales, más dañinos, desde luego que lo son, parece increíble que sean obra de Dios.

»—No los insultes, Dios es justo en sus obras.

»—Yo no lo niego, madre, pero, ¡se ven unas cosas! ¡qué cosas, madre! ¡qué cosas!..

»—No mires más á esos desventurados,

aléjate un poquito, un poquito nada más, y dime lo que ves:

»—¡Qué lástima que aún estéis en la Tierra, madre! ¡qué lástima!

»—¿Dónde estás?

»—¡En otro mundo, qué bien se está aquí! ¡cómo me miran! Aquí nadie riñe, les parezco un ente muy raro; aquí todo es vida, trabajo, selectitud, aquí están dispuestos á trabajar siempre, no existe el cansancio ni el aburrimiento.

»—Entonces, ese lugar será el cielo.

»—No, los cielos son la indignidad de las religiones, me dicen los moradores de aquí, que no hay cielos, que no hay más que mundos donde buscan su perfección las almas.

»—¡Quién pudiera volar también!, dijo el sacerdote.

»—Vuela con ella, ¿quién te lo impide?

»—Mi inferioridad; ni puedo ir con ella, ni puedo ir contigo, somos tres átomos que nunca nos uniremos, cada uno de nosotros va en el espacio por distinto camino, en la tierra los tres pertenecemos á una misma Iglesia, pero están nuestras almas tan distintas unas de otras, que jamás nuestros destellos se confundirán; quiero despertar, ya he dormido bastante.

»—Los dos despertaréis, recordando lo que queráis recordar.

»—Yo recordaré algo para que me sirva de estudio, dijo el sacerdote.

»—Pues yo no quiero recordar nada, replicó Angélica, porque me moriría de miedo y no quiero morir.

»Los dos se despertaron y me miraron con marcado enojo; él me saludo contrariadísimo y se marchó pretextando ocupaciones urgentes; ella más franca, más sencilla, me dijo con gravedad:—Madre, no hagáis otra vez lo que habéis hecho hoy.

»—Pues ten en cuenta que el alma no debe contentarse con la vida de la Tierra, necesita ascender y relacionarse con los seres que habitan en los espacios.

»—Ya los veremos cuando nos llegue la hora, yo no encuentro esa necesidad de buscar lo que no se vé.

»Desde aquel día, Angélica me miró con miedo, hasta el punto que no entraba en mi celda, más que á la hora de acostarse, y al hacerlo me decía:—Aquí veo el ángel de mi guarda, y en realidad, me decía una mentira dominada por el miedo, y como aquella situación se iba haciendo violenta, la dije una noche muy seriamente:—No temas, no te dormiré más; tu espíritu no quiere volar, no se parece al mío. Yo

quisiera que fueras mañana lo que yo soy en la actualidad y lo que seré después, pero veo que no quieres seguirme y te lo repito, no te molestaré, duermes tranquila, no huyas de mí, recobra tu calma habitual, que como el tiempo es eterno, tu buscarás mañana lo que rechazas hoy.

»Mi amigo el sacerdote también me cobró miedo, no quería estar á mi lado ni dos minutos; me convencí que ninguno de los dos quería ser mi discípulo, y pensé en buscar en mi Comunidad alguna mujer que siguiera mis huellas, porque me parecía un crimen, que tanta luz, que tanta vida, que tanta grandeza como contemplaba mi alma, se ocultara conmigo más ó menos tarde en la cripta de un templo, y sólo quedara de mí, la farsa, la mentira, la exageración, la parte ridícula, la santidad grotesca, el absurdo inadmisibile. Yo quería iniciar á un alma en mis secretos, en mis aspiraciones, en mis videncias, en mis diálogos con Jesús, en todo lo grande, en todo lo maravilloso, en todo lo divino que me rodeaba. Quería hacer luz, ¡mu-cha luz!... y como el avaro busca con mirada ansiosa la doblilla de oro que se le ha perdido, así yo fuí mirando á las pobres mujeres que me rodeaban. ¡Pobrecitas! ninguna de ellas quería volar, no había

más que verlas y oírlas para convencerme^e que miraba en vano; cuando me fijé en una jovencita, casi niña, que amparada por la Comunidad, se encontraba dispuesta á seguir el camino que le indicaran, ¡qué alegría tan inmensa experimenté!... me refugié en mi celda para dar gracias á Dios por semejante hallazgo, y al entrar en mi estancia, la encontré iluminada por completo; sobre un fondo luminoso ví una pizarra de nácar, y sobre ella habían escrito con tinta de flores las palabras siguientes:

»Ha llegado la hora que dejes en ese mundo una sucesora digna de tí, Dios es justo, y tú sabrás cumplir sus leyes».





XCI

PASADOS algunos días más, Angélica recobró su tranquilidad habitual, cesó su miedo y por la noche me miraba al acostarse como si yo fuera el ángel de su guarda y me decía:—¡Qué buena sois, madre! ¡qué buena sois! ¡qué energía tenéis para hacer el bien! Hasta siento no haberme querido dormir y haber seguido vuestras huellas en el espacio.

»—Pues no te preocupes por seguirme *allá*, me basta y me doy por muy contenta con que me sigas *aquí*, y te advierto por centésima vez, que no te dormiré nunca más.

»Angélica cuando estaba tranquila de espíritu, era una de las mujeres más activas y más trabajadoras que yo he conocido; jamás se cansaba de su continuo trabajo, era el alma del Asilo benéfico, así es, que pasábamos los días enteros sin vernos, y sólo nos reuníamos para comer y dormir; yo

por mi parte, aprovechaba mi tiempo en escribir, bien sabía que mis escritos eran reos condenados á muerte, y á muerte horrorosa, ó quemados ó descuartizados, pero... ¡me gustaba tanto escribir! yo era dichosa cuando me sentaba junto á mi mesa y cogía la pluma y el papel, miraba el tintero, y de su negro fondo me parecía que salían figuras luminosas que cruzaban la Tierra, anunciando á los pueblos días de redención. ¡Qué bueno es Dios! decía yo sumamente conmovida, me da una pluma y con ella tiendo mi vuelo, me da papel y tinta y trazo en el papel la carta geográfica del universo: carta que estudian las almas que me rodean, yo no escribo para los terrenales, no; yo escribo para las almas, un escrito es la esencia del pensamiento, las almas me hablan, me alientan, me comprenden, y con ellas hablo yo; la tinta es el mar rojo que bautiza á los pueblos. ¡Cuánto bien se puede hacer, con una pluma, papel y tinta, manejados hábilmente por una buena voluntad! Y yo escribía con verdadero deleite; era feliz escribiendo. Una mañana me encontré tan bien, que dije entusiasmada: ¡Qué bueno es tener una conciencia tranquila! desde que ví la última vez al amor de mis amores, soy dichosa, pero en la Tierra no tiene uno de-

recho á ser feliz, habiendo tantos seres desgraciados; la dicha es sinónimo de egoísmo, y yo no quiero ser egoísta; aquí se viene á luchar, á vibrar, á sufrir, á pelear sin tregua ni descanso, y oí una voz que me decía:—No te impacientes, mujer, no te impacientes, tú buscas penas, ya las hallarás, ellas son las plantas trepadoras que se enlazan en los muros de los palacios y se enredan en los tejadillos de las chozas.

»—Y... ¿quién eres tú que así me hablas?

»—Quien soy y quien puede.

»—Sé más explícito

»—Soy la representación del tiempo, de la historia, del trabajo, de la lucha, de la inteligencia universal.

»—¿Pero no eres una personalidad?

»—No; no soy una personalidad.

»—¿No eres tú el alma de mis amores?

»—¡Qué pobres son tus amores!

»—¿Pobres mis amores cuando amo á Jesús?

»—Sí, pobres, porque amas á Jesús únicamente, y le amas porque es hermoso, porque lo ves con todos los atractivos y todos los encantos humanos y divinos; y el amor de las almas es otra cosa; amar á un alma es muy poco, es lo menos que se puede amar, cuando hay tantas y tantas almas

que están esperando un beso de amor. Pedías hace poco nuevos azares; pues prepárate para nuevas campañas, para batallas y luchas, en las cuales tuya será la victoria. Yo no me separo de tí, yo te doy aliento y vida para que tú prodigues esa vida entre los necesitados; no puedo separarme de tí porque soy la imagen de los amores universales; y tú ya no debes pecar amando á uno sólo, tienes que amar á los buenos, porque merecen ser amados, y á los malos, porque necesitan la medicina del amor.

»Aun resonaba la voz del sér invisible en mis oídos, cuando entró Angélica en mi celda muy azorada diciéndome:—Madre, madre, tenemos el Convento rodeado de fuerza armada, pero vienen con bandera blanca, porque sirven de escolta á varias carrozas donde vienen damas y caballeros, que han echado pie á tierra y piden entrar para veros y pediros la salud.

»—Mucho pedir es; se hará lo que se pueda; hazles entrar en la Sala Capitular, que allá voy yo. Sin perder momento, sin preparar mi espíritu con ninguna plegaria, me dirigí á la Sala Capitular, y allí encontré damas de palacio, y cortesanos, presididos puede decirse por un anciano muy respetable, que yo recordaba haber visto en casa de mi protector, lo mismo que la

mayoría de sus acompañantes. En cuanto entré en la Sala, el anciano salió á mi encuentro y me besó la mano, los demás hicieron lo mismo, y yo les dejé hacer como si mi cuerpo no me perteneciera. Me senté al fin, los miré á todos, y no recordando lo que me había dicho Angélica, me pregunté con extrañeza:—¿Qué querrán?—El anciano leyó en mi pensamiento y me dijo cortésmente:

»—Venimos á conoceros, porque la fama de vuestras virtudes es universal, y luego venimos á curarnos, porque unos y otros estamos enfermos.

»Yo escuchaba en silencio, porque el anciano siguió prodigándome alabanzas, y aunque yo era enemiga de elogios inmerecidos, en aquella ocasión no parecía que fuese yo misma, porque le dejé hablar, sin tomarme el trabajo de desmentirle; y el anciano, algo impacientado sin duda con mi obstinado silencio, recalcó las siguientes palabras:—Madre, tened en cuenta que venimos á curarnos el cuerpo y el alma.

»—Debéis partir del principio, señor mío, que yo no doy la salud, pero si tenéis deseos de curaros, quizá os curaréis, y será vuestra fe la que os curará.

»—No, no será nuestra fe, será la imposición de vuestras manos.

»—Es que mis manos no siempre dan la salud.

»—Pues yo quiero la imposición de vuestras manos, y quiso arrodillarse.

»—Señor mío; no os arrodilléis más que delante de Dios; y poniéndole mis manos sobre sus hombros, extendidas hacia las espaldas, le dije: Miradme dulcemente, como un padre mira á su hija. El anciano me miró con la mayor ternura, en sus ojos sin brillo, brilló la vida y exclamó alborozado: Tengo calor, mucho calor, y eso que siempre me muero de frío; me dáis la vida, me rejuvenecéis, ¡bendita seáis!... ¡bendita!

»—No, no os alucinéis; no soy yo la que os devuelve la juventud, es vuestra sana voluntad la que os cura.

»El anciano, más ágil y más animado, se dirigió á una dama muy altiva y muy hermosa, le habló en secreto, y la dama se acercó á mí, mirándome desdeñosamente, pero al fin se humanizó y me dijo: Estoy enferma, tengo enfermo el pecho.

»—Tenéis más enferma el alma.

»—¿El alma?

»—Sí, el alma; pero probemos, que para probar nada se pierde; y poniéndole mi diestra sobre su corazón, la dama dió un salto como una pantera herida, y dijo con el mayor desprecio: No quiero que me cu-

réis; dos hijas de la enferma, se apresuraron á decirme en voz baja y angustiada: —¡Por piedad, madre! por piedad curad á nuestra madre que no se puede vivir junto á ella; si no la curáis, moriremos todos de dolor y de rabia á la vez.

»—¡Pobres niñas! también vosotras estáis enfermas, y yo os curaré porque los ángeles son muy fáciles de curar; sólo con mi voluntad he roto las mallas de la red que os envolvía ¡benditas seáis en el nombre de Dios! Las jóvenes, sin saber lo que hacían, lloraron, rieron, se abrazaron estrechamente, se arrojaron en mis brazos, y me besaron con el mayor entusiasmo, repitiendo en mi oído: ¡Por piedad, curad á nuestra madre!... Yo entonces miré á la altiva dama y la dije con el mayor imperio:—Dormid hasta que yo os despierte; la dama se durmió muy á pesar suyo, y yo repetí: ¡Dormid! ¡dormid! tenéis muy enferma el alma, y sólo durmiendo os curaréis. La dama quiso rebelarse, trató de levantarse, pero no pudo, y al fin un sueño tranquilo quitó de su hermoso semblante la dura expresión: su pequeña boca se entreabrió y suspiró dulcemente; sus hijas asombradas se sentaron junto á ella, y por el movimiento de sus rosados labios, comprendí que oraban, eran dos ángeles aque-

llas hermosas niñas, mejor dicho eran dos santas, y santas mártires.

»Todos me fueron contando sus cuitas y á todos fuí sanando sin el menor esfuerzo, no me sentía el peso de mi cuerpo, y cuando imponía mis manos sobre algún paciente, me encontraba más ligera aun. Llegó Angélica, y como la puerta de la Sala estaba entornada, me dijo:—Madre, ¿se puede entrar?

»—No entres.

»—Es que es muy entrada la noche y no habéis comido.

»—No hay noche para el alma que trabaja; y pasé el resto de la noche curando á mis hermanos enfermos y nadie me pidió de comer, había en aquel recinto una atmósfera refrigerante, algunos se durmieron en sus sillones con la mayor tranquilidad; yo no me dormí, yo vigilaba á todos, al fin amaneció, la aurora extendió su manto de rojizas nubes y yo grité: Hermanos míos, despertad, que una salida de Sol es una sonrisa de Dios! ¡Moveos! ¡vivid! y bendecid la misericordia de Dios! y acercándome á la dama dormida la dije:

»—¿Has visto la salida de Sol?

»—Sí; y rompió á llorar amargamente.

»—¿Quieres ver otra salida de Sol?

»—Sí; la quiero ver.

»—Pues cambia de conducta.

»—Haz que se retiren todos y me confesaré contigo.

»—No, confiésate con Dios en el retiro de tu estancia, que es el único confesor que debe tener la humanidad.

»—¿Quedaré curada nuestra madre?

»—No, hijas mías, del todo no; sed para ella ángeles de amor.

»—¡Nos ha hecho sufrir tanto!...

»—Lo sé, hijas mías, lo sé; hasta os ha puesto las manos encima. Compadecedla, que la madre que castiga á sus hijos, está muy lejos de reconocer la grandeza y el amor de Dios; y dirigiéndome á la dama la dije:

»—¿Quieres despertar?

»—No, no quiero, estoy muy bien así.

»—Pues yo te despertaré y te haré cambiar de rumbo.

»—No es posible.

»—Sí es posible, porque yo lo quiero; no tienes derecho á ser la desgracia de tus hijas.

»—Pues que se mueran; ¡si tú supieras lo que esas hijas representan!...

»—Señores, todos estáis curados, menos esta señora porque su alma no quiere curarse. Despierta, mujer, y despierta con dulce sonrisa.

»Se despertó, se restregó los ojos, se sonrió mirando á sus hijas y dijo:—¿Dónde he dormido?

»—Aquí, señora; aquí hemos pasado todos la noche; no olvidéis nunca la salida de Sol que habéis visto hoy. Ahora id todos á descansar, después de tomar los alimentos necesarios, que mi segunda os servirá en unión de otras monjas con la mejor voluntad; y mañana id todos á beber en la fuente milagrosa, que aquella agua es agua de vida. Salí de la Sala, dí ordenes necesarias á Angélica y me retiré á mi celda, me dejé caer en mi sillón, y allí estuve sin pensar en nada hasta que entró Angélica llorando amargamente, creyendo que yo la había desairado no dejándola entrar en la Sala Capitular. La abracé con el mayor cariño, la besé, la acaricié como á una niña mimada y la dije:—No llores más, hazte cargo que cuando estoy en esos momentos, soy yo, y no soy yo; que cuando recibo tantas corrientes de salud, que cuando me dan tantos manantiales de vida, no puedo distraerme, no puedo romper la red que me envuelve, podría morirme en el acto, porque no puedes comprender el estado de mi alma y el estado de mi cuerpo; éste no me pesa, no lo siento, me parece que me sostengo en el aire, que mis pies no tienen

punto de apoyo, no siento ninguna necesidad orgánica, la sed no me atormenta, el hambre no me atosiga, y ya que tantos bienes recibo, yo quiero prodigarlos sin tasa, déjame cuando me veas practicando el bien, que el bien es el maná que Dios envía á las almas; obsérvalo; el asesino suele comer tranquilamente ante el cadáver de su víctima; el libertador de un naufrago no necesita en aquellos momentos más cordial que el dulcísimo recuerdo de la buena obra que ha llevado á cabo. Ahora, que soy yo, solamente yo, iré contigo al Refectorio, y efectivamente apoyada en el brazo de Angélica, llegué á donde estaba reunida la Comunidad, comí poco y de prisa y me fuí con Angélica al huerto del Convento, y allí junto á una fuentecita me senté, y le dije á mi compañera: Déjame aquí reposar un ratito y vuelve por mí. Se marchó Angélica y yo cerré los ojos, pero no dormí; ví en cambio, cuadros admirables y paisajes encantadores, ví pasar innumerables generaciones que pasaban y me decían:—Te recordaremos.—No me recordéis como á un ídolo, les decía yo, recordad mi trabajo y proseguid mi obra, ¡mueran los ídolos! ¡y renazcan los trabajadores de buena voluntad! Pasaron después muchos hombres muy respetables, de

luengas barbas, revestidos con negras togas y mucetas blancas, todos me miraban intencionadamente, y yo les dije:

»—¿Quiénes sois?

»—Sacerdotes de una religión á la que tú has pertenecido y tus obras deshonoraron, y como hoy te muestras tan ufana venimos á recordarte tu pasado.

»—Pues si el caído se levanta por su propio esfuerzo, ufano debe estar de su victoria, como yo lo estoy adorando á Jesús.

»—¿Y crees tú servirle?

»—Sí, porque en su nombre practico buenas obras; y aquellos hombres, se transformaron en otras figuras más hermosas, más resplandecientes, todos llevaban amplias túnicas blancas, todos me miraban bondadosamente, y uno de ellos me dijo:—Seguimos tus huellas y seremos sacerdotes de Cristo; extendió uno de ellos su diestra, plegó sus dedos y sólo dejó extendido el índice, seguí la dirección de su mano y aquel dedo se alargó volviéndose luminoso, se prolongó hasta descansar en la cumbre de una montaña, donde ví la hermosísima figura de Jesús que me dijo: Vosotros sois mi iglesia, mis fieles son los que nunca se cansan de trabajar, los que no dejan tras de sí ni odios, ni rencores,

ni hogueras, ni patíbulos; seguí mirando y oí la voz de Angélica que me decía:— Madre, ¿qué tenéis? ¿qué os sucede? ¿qué os pasa? ¿dormís con los ojos abiertos?

»—¿No ves lo que hay entorno nuestro?

»—Yo no veo nada.

»—Pues duerme como yo y verás; y Angélica se durmió y me dijo:

»—¡Ay, madre! ¿por qué me habéis dormido?

»—Calla y mira, ven conmigo y verás á Jesús.

»—¡Qué hermoso es, madre!...

»—Sí, sí, ¡es hermosísimo! mira sus manos, parecen fuentes de vida, de salud y de amor; y oí una voz que dijo: Basta por hoy. Nos despertamos y Angélica decía:—Cosa más particular no la he visto nunca; me dormí al llegar junto á vos.

»—¿Y qué has visto?

»—¡Le he visto, madre! ¡le he visto! ¡qué hermoso! ¡qué hermoso es!

»Vino después mi amigo el sacerdote, y le dije:—Tengo que pedir os un favor.

»—¿Y qué es ello?

»—Qué acompañéis á los nobles enfermos que aquí se albergan á la fuente milagrosa mañana á primera hora.

»—Yo no voy; no suceda lo que el otro día sucedió.

»—No temáis, yo no iré y habrá tranquilidad.

»—¿Completa?

»—Es decir; alguno de los enfermos, al beber el agua le parecerá que bebe fuego.

»—¿Por qué me enredáis en vuestras obras? ¿no sabéis que yo no quiero escándalos?

»—Hoy necesito de vos, como tal vez mañana necesitaréis de mí.

»Obedeció mi mandato, se unió á los enfermos, comprendió la importancia del papel que representaba y marchó contento y satisfecho, porque al fin, iba con los suyos, con los nobles por sus pergaminos, no por sus virtudes.

»En la tarde del día que se marcharon los enfermos vinieron algunos frailes, capitaneados por uno que pidió á Angélica el verme cuanto antes.—Bueno, la dije, hazle entrar á él sólo y no te separes de mí. Cuando entró el fraile me llamó su reina, su ángel, su madre, su cielo, su salvación, ¡su todo! era aquel pobre fraile el que algunos años antes había hecho mi retrato, era un alma agradecida y recordaba que hice por él cuanto pude para salvarle de sus opresores. Fué franco, me dijo:—Madre, yo no estoy enfermo, he hecho el papel que lo estaba para venir con ellos y

veros, y hablaros, y bendeciros; mis compañeros quieren la salud esperando que con la imposición de vuestras manos sanarán del cuerpo.

»—¿Y del alma?

»—No sé si la tienen, madre. Pasamos á la Sala Capitular y allí ordené que comparecieran todos los frailes y todos entraron con su sayal ceniciento y sus capuchas caladas, que apenas se les veía la cara. Angélica estaba junto á mí, mirándome con mucho azoramiento; la miré de un modo significativo y se tranquilizó á medias: Yo miré á los encapuchados y les dije:

»—¿Todos estáis enfermos? y todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Hablad, repliqué con impaciencia, que el silencio en algunas ocasiones nada dice; hablad claro, levantad la frente y miradme cara á cara, que los topos son los que miran al suelo, los hombres están en pie para estar más cerca de los cielos.

»—No venimos á buscar predicaciones, venimos á buscar la salud, dijo un fraile con tono muy desagradable.

»—Es que la salud también se recibe con la palabra, si el que escucha quiere oír.

»—Poned manos á la obra que será lo mejor.

»—Aceptado, y tú Angélica puedes ayudarme.

»—¡Yo!... ¿y qué he de hacer?

»—Lo que yo haga, ponte tú á la izquierda y yo á la derecha, y demos comienzo á imponer nuestras manos sobre los hombros de estos enfermos y á pedir á Dios la salud de sus cuerpos y la salvación de sus almas.

»Dimos comienzo á nuestra humanitaria tarea, y el primer fraile que quise curar, al sentir mis manos sobre sus hombros, dió un salto hacia atrás y dijo como si estuviera alocado:

»—No quiero la salud si proviene de esta casa.

»—Pues salid, que aquí sobráis.

»—Sobraremos todos, replicó otro, no queremos brujerías.

»—Sois todos unos desagradecidos, y aunque rechazáis la salud del cuerpo, perdida por vuestros abusos, yo os la doy sin imposición de manos, y sólo por la fuerza de mi voluntad, sano tendréis el cuerpo, ¡yo lo quiero! en cuanto á la salud del alma, vais más enfermos que cuando llegasteis. ¡Dios tenga misericordia de vosotros!»



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
LXXVIII.	5
LXXIX.	20
LXXX.	34
LXXXI.	47
LXXXII.	62
LXXXIII.	78
LXXXIV.	88
LXXXV.. . . .	101
LXXXVI.	117
LXXXVII.	132
LXXXVIII.. . . .	148
LXXXIX.	164
XC.	174
XCI.	185





Ramos de violetas

por

Amalia Domingo Soler

Recopilación en tomos, tamaño 11 × 18, de casi todos los artículos y poesías de esta insigne escritora. Se han publicado el I, II, III y IV tomos.

Cada tomo, en rústica, 1 peseta.

En tela y tapas especiales, 2 pesetas.



EDICIÓN MONUMENTAL

DE LAS

OBRAS COMPLETAS

DE

ALLAN KADEC

Se compone esta edición de SIETE tomos en 4.º mayor, impresos en papel superior y estampación esmeradísima, encuadernados en tela con planchas en color y oro, regalándose á los compradores de esta edición una lámina de gran tamaño, con un retrato alegórico del Maestro, impreso en seis colores.

Precio: 35 pesetas la obra completa

Esta edición, esmeradamente corregida é impresa con tipos nuevos, consta también de SIETE tomos, que se venden separadamente, en rústica, al precio de **2 pesetas ejemplar**, y encuadernados en tela y planchas, á **3'50 pesetas**.

OBRAS DE MR. LEÓN DENÍS

CRISTIANISMO
Y
ESPIRITISMO

traducción de **ELISA**

Dos voluminosos tomos en 4.º, cada tomo,
en rústica, **1'50 pesetas.**

Los dos en uno solo, encuadernado en tela
y oro, **4'50 pesetas.**

EN LO INVISIBLE

traducción de **ELISA**

Un tomo en 4.º, rústica, **3 pesetas.**

En tela y oro, **4'50 pesetas.**

CASA EDITORIAL

DE

CARBONELL Y ESTEVA

Rambla de Cataluña, 118. - BARCELONA

MISTERIOS DEL ALMA

En rústica. . 1 pta. = En tela y plancha. 2 ptas.

La Psicología de las Religiones

En rústica. . 1 pta. = En tela y plancha. 2 ptas.

Guía práctica del Espiritista

En rústica. . 0'75 ptas. = En cartóné. . 1 pta.

La misericordia es la justicia

en su más elevado concepto

Interesante folleto. 0'25 ptas.

LA CIENCIA DE LA VIDA Ó LA CARIDAD EN ACCIÓN

En rústica. . 2 ptas. = En tela. . . 3'50 ptas.

REPRESENTANTES DE LA CASA:

REPÚBLICA CUBANA: Sres. Claret y C.^a S. en C., **Cienfuegos**.—
D. Adolfo García, Real, 10, **Manzanillo**.

MÉJICO: D. Sixto Valderrama, 2.^a Benito Juárez, 205, **Córdoba**.—
D. David Sanguinetti, calle 49, 488, **Mérida de Yucatán**.